

CARLOS MATO
ESCRITOS FILOSÓFICOS

© 2004 Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.923
F.E.P.A.I.
Fundación para el Estudio del Pensamiento Argentino e Iberoamericano
Marcelo T. de Alvear 1640, 1- E- Buenos Aires
E. mail: fundacionfepai@yahoo.com.ar
ISBN: 950-9262-24-2

CARLOS MATO

ESCRITOS FILOSÓFICOS

Selección y estudio preliminar
Celina A. Lértora y Mario López

Prólogo
Enrique Puchet

Buenos Aires
Ediciones F.E.P.A.I.

PRÓLOGO

Aunque nos mueva el buen recuerdo de nuestro amigo, aunque en el fondo de estas palabras de evocación se encuentra el vínculo estrecho que se mantuvo durante cerca de medio siglo, a quien evocamos es al intelectual. Pensamos en el docente y ensayista, animador de múltiples iniciativas (¿acaso no intentó -intentamos- una Cooperativa para el estudio filosófico?) en las que estuvo presente un Carlos Mato que sabía desvelar a los interlocutores con los que convivía en el aula, en la sala de conferencias, en la intimidad del medio doméstico (no son, no, para olvidar los años de interlocución durante la dictadura).

*Queremos decir: representaba un estilo de trabajo intelectual que ha venido desdibujándose en las décadas recientes. El modo de pensar que **desafía** (llamémosle: provocativo), tal vez característico de las generaciones en torno al tercer cuarto del siglo. Ahora, cuando se trata no del panegírico sino del reconocimiento, cabe recordar cómo tenía Mato la virtud de mantener “en vilo” a oyentes y a lectores. Hoy se ha puesto de moda hablar de “jugarse” a los planteos que se sostienen: en Mato sí estamos seguros de que el componente de riesgo, de aventura intelectual, se daba siempre junto al componente de “saber”, en sentido amplio, que toda labor de este orden supone. Partícipes de esta tarea incansable, corroboramos lo que otros pueden asimismo testimoniar: pocos individuos han conseguido llevar adelante, con tanto denuedo, **las consecuencias** de las ideas que sustentaba, viejas y nuevas, en un continuo reexamen que sólo concluiría con el desenlace que lo acalló. Así, no es extraño -ni asunto puramente emocional- que un vacío se haya abierto en el seno de lo que, décadas atrás, se hubiera llamado, sin escozor, **espíritu**: sede de convicciones y de búsquedas.*

* * *

Los trabajos de Mato, sumados a su vivaz oralidad, sirven para comprobar esos rasgos. Quedan, en la memoria y en la lectura, como referencias de un esfuerzo que abarcó, seguramente, cuatro decenios, y aún más. (Para fijar algunos hechos, en el mundo y aquí: omnipresencia y desvanecimiento de la “guerra fría”; descolonización; implantación y término incierto de las nuevas dictaduras en Latinoamérica; y lo más reciente: ubicuidad de la globalización, con el protagonismo de un poder mundial herido y amenazante). Sucede que con todo ello se debatió nuestro amigo: caso infrecuente de simultánea atención al incidente diario y a la tradición cultural a la que pertenecemos.

*Y -cosa significativa- la tradición era doble, puesto que se trataba, a la vez, de la consabida herencia “universal” -entre nosotros, casi invariablemente, euro-occidental- y de la cálida integración en la trayectoria intelectual de Latinoamérica y de nuestro país. La coexistencia merece ser acentuada, porque también en esto la personalidad de Mato como estudioso ofreció rasgos singulares. Se lo veía entirise uruguayo cuando hablaba de cultura mundial, y cosmopolita, cuando se ocupaba de compatriotas; alternancia que se tiene la tentación de colocar bajo el signo ilustre de un gran rioplatense, Sarmiento. Filokantiano y vazferreireano (ninguna de las dos filiaciones como seguidor indefectible): de Kant recibía -es nuestra impresión- el racionalismo ético y el pensamiento ilustrado; del compatriota, el sentido de la **complejidad** de las cuestiones -de las cuestiones humanas en general-, lección que le permitió captar con naturalidad los aspectos de apertura y de diálogo que conoció luego de Edgar Morin, cuya obra contribuyó eficazmente a difundir entre nosotros.*

Para precisar, acerca de este interés por lo autóctono (otros llegamos más tarde a reconocer lo nuestro): de Vaz Ferreira habló, no una sino al menos dos veces, bien separadas en el tiempo: en el ensayo “Vaz Ferreira: limitaciones y escamoteos de una filosofía” (en el N° 1 de la revista Praxis, diciembre de 1967; reeditado en el tomo II de Pensamiento uruguayo, Montevideo, 1992), y, 25 años después, en “La época de Vaz Ferreira, de 1991.

¿Qué se encuentra, pertinente para nuestra evocación, en el primero de esos trabajos, crítico ya desde su título? A pesar de los disentimientos, que eran entonces profundos, había una valoración equilibrada el Maestro de Conferencias, balanceando fortalezas y timideces. Retenemos este pasaje:

“...Es difícil ponderar cuánto cuesta despegarse de la tierra [“la tierra es aquí los preconceptos académicos: E.P.], e igualmente de las inercias varias que atan en toda formación cultural. Pero después del impulso, logrados algunos de los objetivos intermedios, se pierde en la imposibilidad de concluir; porque un salto no es una mediación, porque un abandono e lo criticado no es una sustitución efectiva donde se logre la reconstrucción enriquecedora”.

*Luego, en la década final del siglo, encontramos una delicada percepción de lo que constituye la originalidad de aquel pensamiento que se da, ejemplarmente, en *Lógica viva* (1910). Advierte Mato lo peculiar de este magisterio hecho de cautelas, desconfiado e las fórmulas que encerrarían respuestas con que arrastrar sin vacilaciones. Escribirá: “... comprendemos que **ya ha elegido**, y que su preferencia por los seres humanos **de más pensamiento** (y acción ‘suavizada’ por el escepticismo ‘crítico’) le aleja diametralmente de las filosofías de la acción y de la praxis”.*

Se vería reflejado a sí mismo cuando enunciaba esta síntesis que puede quedar como l perfil del Maestro dibujado por quien, allí mismo, se calificaba de “discípulo” (lo era por razones generacionales y de común consagración al bienestar del país, singularmente a su educación);

“No filosofía de la vida sino de ‘lo vivo’, y de ‘lo vivido personalmente’. No lógica, ni formal, ni sistemática, ni de principios lógicos, ni de las necesidades apodícticas, ni de las probabilidades medibles en los hechos y sus consecuencias; sino de los juicios problemáticos, del filosofar por problemas, y de las posibilidades de doble espectro: evitar los falseamientos y coadyuvar a la comunicación de las mejores ideas y de los mejores modos de pensamiento”.

En la prudencia al parecer inofensiva de estas palabras se esconde algo sustancial, todavía válido: la conciencia de que entre las amenazas y las frustraciones de este momento -de esta hora que de nada necesita menos que de ortodoxias- la dirección justa apunta a un recomienzo acogedor cuya fuerza ha de provenir de la acción concertada, no de los exclusivismos.

Precisamente en busca de concordancias o, mejor, de convivencia, dio un paso más en materia de hacer justicia a lo que en estas tierras se lleva intentado a título -legítimo- de reflexión original. Para esta visión abarcadora, Arturo Ardao y Juan Luis Segundo representaban la posibilidad de hacer converger la tradición liberal y la tradición confesional, de las que países como los nuestros tienen que reconocerse herederos, deudores.

* * *

*Testimonio de una generación, lo característico en Mato fue la decisión de traspasar barreras, y hacerlo en nombre de la perspectiva que nunca abandonó: la del futuro, promesa incancelable de logros. De algún escrito kantiano extrajo una observación que hizo suya justo al término de su existencia: los obligados a argumentar son los que **descreen** del progreso. Y porque su fe de agnóstico era afirmar el avance incesante, aquí hemos querido dejar constancia de nuestra estimación por una persona y una tarea ciertamente inolvidables.*

Enrique Puchet

ESTUDIO PRELIMINAR

Presentamos en esta publicación una selección de los escritos inéditos de Carlos Mato, como un merecido homenaje a quien durante tantos años dedicó al pensar filosófico y a sus alumnos, las horas más fecundas de su vida. Justo es reconocer que siempre tuvo a su lado a Marta, su esposa y compañera, quien ha contribuido decisivamente para que este libro viera a la luz. A ella debemos el cuidado y ordenamiento de su biblioteca y sus escritos, y muchas valiosas informaciones que nos han permitido situar el contexto vital en que estas reflexiones fueron escritas. Como ellas hablan por sí mismas y proporcionan una clara idea de los intereses filosóficos y la altura intelectual y moral de Carlos, en este estudio nos limitaremos a trazar en breves párrafos su trayectoria intelectual y a señalar algunos de los aspectos más salientes de su producción filosófica global, como un marco a la colección seleccionada.

Síntesis bio-bibliográfica

Carlos Mato recibió su primera formación filosófica en la Facultad de Humanidades y Ciencias y en el Instituto de Profesores “Artigas”, culminando sus estudios en 1954. Al año siguiente ingresó al cargo de Profesor de Filosofía en Enseñanza Secundaria, al ser declarado “ganador” en el Concurso de Oposición Libre de carácter nacional.

Se inicia así una larga carrera en la docencia filosófica, que constituyó uno de los ejes de su vida intelectual. En 1958 resulta ganador de un segundo concurso. En este momento comienza su actuación en Montevideo, en el Instituto Vásquez Acevedo y 6º Año preuniversitario. En 1968 fue nombrado profesor de “Nivel Terciario”, en la cátedra de Historia de las Ideas en América y Ética, en el Instituto de Profesores “Artigas”.

La producción escrita comienza en la misma época y debemos señalar que en la obra de Carlos la docencia y el pensar filosófico van indisolublemente unidos. Todo lo que pensaba y escribía en los medios publicados, lo había

pensado y discutido antes en clase y, a la inversa, muchas de las ideas germinales de escritos posteriores se deben a notas redactadas para su enseñanza. El tema de la docencia fue por eso, una de sus inquietudes permanentes. Y tempranamente, en 1959, escribe con su amigo Roque Faraone, el ensayo *Condiciones y fines de una reforma de la enseñanza*, que mereció el primer premio en el concurso del Semanario *Marcha*. Este mismo año obtiene una beca para asistir a los 25 años de la Escuela Internacional de Verano en Santiago, Universidad de Chile, Ciclo del CIR: “Presencia de la juventud en Latinoamérica”, con la intervención en el acto de clausura en nombre de los alumnos extranjeros.

En la década del 60 ya se perfilan los dos intereses filosóficos que estarán presentes a lo largo de su vida intelectual: el pensamiento uruguayo en su matriz latinoamericana y los problemas del mundo actual. Es así que en 1965 escribe una importante Nota Bibliográfica sobre las *Obras Completas de Carlos Vaz Ferreira*, publicado en el Semanario *Marcha* y en 1967 un ensayo publicado en la Revista *Praxis*: “Vaz Ferreira: Limitaciones y escamoteos de una filosofía”.

En 1968 es invitado a integrar el panel “El mundo actual a través de las Ciencias Humanas en los cursos del Centro Interuniversitario Regional”, organizado por la Universidad de la República, y por la Inspección de Filosofía para dictar un cursillo para profesores sobre Historia de las Ideas y el Pensamiento Latinoamericano en el Departamento de Rivera. En 1969 dicta una conferencia en el Ciclo inaugural de la Casa Universitaria de Paysandú sobre el tema “Las ideas en el mundo actual”.

En 1971, por una iniciativa propia, gestiona y funda la Cátedra “Historia de las Ideas” en el Ciclo Básico de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, cargo que ocupó hasta que la Dictadura lo destituyó en 1973. A esta época corresponden diversas fichas de trabajo sobre el plan de estudios de la cátedra, temas que luego se irán incorporando en parte en otros escritos. El retorno a la democracia permitió que retomara sus cátedras en 1985, si bien nunca dejó de dar clases en forma particular a sus discípulos.

En 1977 (es decir, durante su injusta cesantía), con la Beca otorgada por el

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) dirigió la investigación: “Tres ideologías del naciente estado uruguayo, la línea cultural: Larrañaga, Berro, Varela, y sus mutaciones ideológicas”, dedicándose él especialmente al estudio de Larrañaga.

La década del 80 es de gran productividad intelectual y de crecimiento y afianzamiento de sus contactos internacionales, en especial latinoamericanos, a partir de su participación en el Congreso Internacional de Filosofía de Montreal (1983). Participa en las Jornadas de Pensamiento Latinoamericano de Salto, en el IX Congreso Interamericano de Filosofía, en diversas Jornadas de Filosofía e Historia de la Ciencia de FEPAI, en cuyas Actas y Boletines se publicaron sus presentaciones. Destacamos especialmente las siguientes producciones: “Historia de la cultura en la Banda Oriental. El Presbítero Dámaso Antonio Larrañaga” (*Boletín de Filosofía*, FEPAI, 1987), “La filosofía en el Uruguay” (*Actas, II Jornadas de pensamiento filosófico argentino*, FEPAI, 1987), “Cultos, cultivos y culturas”, (*Revista Programa*, ns. 1-2), “Sarmiento y Varela” (*Actas, IV Jornadas de historia del pensamiento científico argentino*, FEPAI, 1989).

En la docencia alcanza su culminación con el nombramiento de Profesor titular (Grado 5) en Filosofía de la Práctica en la Facultad de Humanidades y Ciencias (1985-1986). De esta época data su mayor vinculación con los temas jurídicos. En 1985 es miembro asociado del Instituto de Filosofía y Teoría General del Derecho y en 1989 resulta ganador de la efectividad en el cargo de Profesor Titular (Grado 5) en Historia de las Ideas de la Facultad de Derecho mediante Concurso con Tribunal Internacional. Fue reelecto sucesivamente hasta su retiro, el año 2001, ejerciendo la dirección del Instituto de Historia de las Ideas. Su actividad en este ámbito fue muy intensa. Además de las clases, las conferencias especiales con invitados y los seminarios, estudió temas específicos a los que dedicó escritos y cursos. En 1988, en las Jornadas de Filosofía Jurídica, pronunció su disertación: “Filosofar sobre la democracia uruguaya”; en 1990 dictó dos cursos especiales para graduados de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales: “Historia de las Ideas” y “De Foucault a Vaz Ferreira y Perelman”.

En esta época fue también varios años Coordinador del área “Pensamiento Uruguayo e Integración Latinoamericana en la Biblioteca Nacional, ciclos de conferencias y diálogos con profesores argentinos, brasileños, alemanes y uruguayos, entre ellos Juan Luis Segundo.

Además de la cátedra, las reuniones académicas le permitieron expresar y discutir sus ideas. Lo vemos participar como ponente e invitado en diversos congresos de Filosofía e Historia: Congreso Mundial en Dusseldorf, XVII Congreso Mundial de la FISP en Montreal y Toronto; Tercer Congreso Internacional de Filosofía Latinoamericana en la Universidad Santo Tomás de Bogotá (1984) y también en Buga -Colombia (1992); en Argentina, entre otros Buenos Aires, Córdoba, Mendoza, Morón, La Plata y Mar del Plata; Brasil, São Leopoldo, Porto Alegre, Pelotas y Río Grande; Conferenciante invitado al Segundo Congreso Internacional de Filosofía Latinoamericana en San Juan de Puerto Rico (1993) y Cuba (Santa Clara, 1994).

La última década activa de su vida, coincidente con la última del milenio, incorporó otras inquietudes: la epistemología de Popper y luego el pensamiento complejo de Morin. En 1998 fue especialmente invitado al Primer Congreso realizado en Río de Janeiro organizado por la UNESCO y la Universidad “Cándido Méndes” sobre el “Pensamiento Complejo” de Edgar Morin, en ese mismo año 1998 invita a Edgar Morin a Montevideo quien ofrece dos conferencias en el Paraninfo de la Universidad.

Como fruto de su madurez filosófica, es también en esta década que publica tres contribuciones decisivas a sus ideas, en forma de libros de poco volumen pero mucha densidad. Su inquietud por la filosofía uruguaya en su marco latinoamericano, que originó reflexiones vertidas en diversos artículos anteriores, se condensa en los tres volúmenes: *Pensamiento Uruguayo*, publicados en Montevideo, cuyo primer tomo, *La época de Carlos Vaz Ferreira*, en su primera edición de 1991, apareció en una segunda versión revisada en 1995, con el trabajo de Celina Lértora “Vaz Ferreira en Argentina”, constituyendo en realidad un libro nuevo. El segundo tomo apareció en 1992: *La época actual: A. Ardao y J. L. Segundo*.

Su último libro, *Antropocentrismo / Humanismo. Descartes - Kant - Morin - A. Ardao y J. L. Segundo*, apareció en Montevideo en 1995. Dos años antes había publicado en *Anales de Enseñanza Secundaria* un trabajo titulado “Pensamiento uruguayo después de Vaz Ferreira”, en conmemoración al 120 aniversario del nacimiento del filósofo, algunas de cuyas ideas retoma en este libro.

Sus últimos años estuvieron signados por una larga y dolorosa enfermedad, falleciendo el 2 de julio de 2003. Como homenaje póstumo, en la Revista *Multiversidad*, se publicaron como homenaje a Carlos Mato dos sentidas notas de sus amigos y colegas Mabel Quintela y Mauricio Langón e incluyeron el último texto que Carlos escribiera para UNESCO en ocasión del festejo por los 80 años de su amigo Edgar Morin, titulado “Morin El Bueno”.

Trazos de su perfil filosófico

No es fácil caracterizar en pocas líneas el pensamiento de Carlos, porque él era imprevisible, su ritmo de ideas no respondía a un molde o a un esquema rígido, se dejaba seducir (esa es la palabra) por muchas ideaciones y puntos de vista, sin darles a priori especiales preferencias. Pero sí podemos mencionar algunos rasgos que parecen centrales, decisivos, los que lo han perfilado como un maestro de varias generaciones de filósofos uruguayos.

En primer lugar su compromiso con su verdad: transitó del kantismo al marxismo, luego al pensamiento crítico (incorporando a Popper) y al pensamiento complejo (con Morin, Teilhard de Chardin)

En segundo lugar su diálogo permanente con los filósofos del pasado y del presente, como si todos fuesen contemporáneos. Le gustaba citarlos por extenso, no para hacer exégesis histórico crítica (descuartizándolos) sino para mostrar la coherencia y la correlación entre ellos su propio pensamiento.

Este gusto por la cita textual tal vez es consecuencia de lo que sería la tercera característica central de su modo de filosofar: un pensar “concreto”, a la

vez universal y situado, porque lo que hay son los “problemas”, los “temas”, las “inquietudes” (esa es su mayor vinculación con Faz, lo del “fermento”).

Lo latinoamericano, lo uruguayo y lo rioplatense eran su “situación concreta”, por eso dialogaba por igual con los nuestros y los europeos. No fue un historiador ni un ideólogo del pensamiento filosófico latinoamericano, fue un filósofo que trató al pensamiento latinoamericano con la misma (no más ni menos) atención crítica que dedicaba a los maestros de la filosofía clásica y a los filósofos contemporáneos transatlánticos.

El suyo fue siempre un pensar “in fieri” nunca cristalizó en sistema y ni siquiera en posiciones “definitivas”. Pensó y cambió de modo de pensar hasta el final. Por eso, quizás, es tan interesante.

Su preocupación por comprender la historia de la cultura le impulsó a ocuparse de la cuestión metodológica. Un texto clave nos lo revela: *Nuestro propósito consiste en comprender la historia de la cultura en la Banda Oriental; la historia de la cultura letrada, desde sus inicios en la mitad del siglo XVIII.*

La metodología científica exige la definición previa del objeto de estudio.

En este caso, la puesta en marcha del método nos enfrenta a las primeras dificultades, muy singulares y propias del tema propuesto. No se percibe, en esta sociedad vagamente caracterizada por su simple unidad temporal y espacial fines del siglo XVIII en la Banda al Este del Río Uruguay, o del Paraná o de Buenos Aires, simplemente) ninguna de las grandes categorías socioculturales, como ser: la tradición, la nacionalidad, la independencia política, el Estado, las instituciones, etc. Todo es nuevo, todo está en embrión en la mañana de estas tierras; nada ha madurado aún lo suficiente como para mostrar perfiles definidos en su ser histórico.

Sin embargo, el Viejo Mundo apura el “gran siglo”, revoluciona todos los sistemas de ideas y pasa de una concepción del mundo a la otra.

*Como se ve, las diferencias espaciales y diacrónicas entre el aquí y el allá son abismantes. Pero aun así, debemos evitar el desenfoque que genera la pretensión de una historia local aislada de la historia mundial. De manera que trataremos con dos tipos de conformaciones: las macro-estructuras de la historia universal encabezada por Europa y las micro-estructuras correspondientes a aquel nuestro “aquí y ahora” antes señalado (“Historia de la Cultura en la Banda Oriental: el presbítero Dámaso Antonio de Larrañaga. Primera Parte”, *Boletín de Filosofía* 7, n. 14, 1987: 33-70, texto en pp. 33-34)*

Sobre el proyecto latinoamericano tenía, como uruguayo, algunas ideas un tanto diferentes de otros pensadores del continente quienes reivindican una “herencia” filosófica que Carlos no encuentra en el pasado de su país. Por tanto, si no hay “herencia”, proyectar e integrarse. Su idea era crear una tradición, pero ya en la integración, el Mercosur del pensamiento, como lo expone en su artículo “A falta de herencia. Proyectar e integrarse” (*Boletín de Filosofía*, 14, n. 28, 1995: 12-15): *Tomaré la idea de herencia (no biológica sino social y cultural, educacional y simbólica) con la siguiente significación: transmisión de caracteres, de generación en generación, mediante la cual se van conformando los rasgos propios de una comunidad.*

Sobre los pensadores modélicos latinoamericanos, la cuestión relativa a Vaz Ferreira como “maestro” y en qué sentido debe ser “superado” fue un tema recurrente de su pensar. No en vano caracteriza con el nombre del filósofo toda la primera época del pensamiento contemporáneo uruguayo. En 1995, en Buenos Aires presentó una ponencia titulada “Nuestro filosofar práctico deberá abrir el futuro”, donde resume en un breve párrafo su diálogo intelectual con el “maestro de conferencias” (*Actas. VII Jornadas de pensamiento filosófico argentino. Logos y cultura Planetaria*, Bs. As. ed. FEPAI, 1995, p. 29): *En cuanto a tomarlo o abandonarlo, yo también he tomado a Vaz y también lo he abandonado; retomado como profesor de “lógica viva”, que había aprendido a ser yo, por la transmisión de mis conductores: la primera generación de vazferreiranos. Lo denuncié (1967) en un ensayo crítico que llevó por título “Limitaciones y escamoteos de una filosofía”, publicado cuando hacía casi diez años de su muerte, cuando las inercias de quienes repetían las autovaloraciones oficializadas en vida real del Maestro, amenazaban a que su legado se pudriera totalmente, sin revisión ni recuperación de su herencia. Y finalmente, he presentado esta segunda edición revisada de la época de Vaz.*

Sus últimos diálogos acercaban a filósofos y no filósofos, y a filósofos de distinta tradición, en una búsqueda de extrañas y asombrantes coincidencias. Según Carlos, Popper retoma el pensamiento de Sócrates y Segundo el de Jesús; allí hay un diálogo que trasciende el tiempo y los torna a todos contemporáneos. Esta idea sirve de marco precisamente a la comparación de ambos pensadores actuales-Popper y Segundo- por otra parte tan diferentes en sus propias posturas filosóficas. Finalmente, el pensamiento complejo, sobre cuya importancia ha construido Morin todo su sistema filosófico, le permitieron, en la etapa final de su pensamiento, superar lo que él consideraría todavía ciertas “rigideces” o “aristas” teóricas remanentes. Puede así abarcar en una sola mirada al hombre y al cosmos, con sus respectivas y únicas historias: *Puede apreciarse que ese enorme giro cósmico [la aparición de la noosfera] nos lleva desde la materia inanimada hasta la vida inteligente de los seres humanos conscientes*

de que su producción noosférica ha transformado sus propias culturas, y además de ello: la base estructural de materia, vida y relaciones sociales que componen lo esencial y realmente humano (Antropocentrismo / Humanismo, Montevideo, 1995, p. 25).

* * *

CARLOS MATO

Hemos querido dar una pequeña reseña de los aportes que recibimos de Carlos Mato, quien se ha mostrado siempre, en las palabras y en los hechos, un filósofo rioplatense, que se sentía en su casa en ambas orillas. Por eso ahora, en su homenaje, hemos trabajado gustosamente dos amigos de ambas márgenes, donde ha dejado un “fermentario” del cual todos podemos ser partícipes.

*Celina A. Lértora Mendoza
Mario López*

DE LAS IDEAS A LAS PRÁCTICAS•

Las meditaciones de los filósofos metafísicos alcanzaban el conocimiento de lo Absoluto, el Bien, la Verdad, las Causas Primeras y los Principios de todas las cosas, o pretendían conocerlos.

Mientras que las meditaciones respecto a nuestras vidas, nuestras existencias y nuestros quehaceres, no culminan en ninguna idea definitiva; no encuentran reposo ni en símbolos ni en sueños.

El filosofar que nace de las urgencias de vida puede elevarse a las esferas más altas de los pensamientos, pero ha de regresar a las polvaredas de las luchas en la Tierra.

Quien esto escribe ha disfrutado siempre del trabajo con el cual se gana la vida: no es escritor sino que es profesor de Filosofía.

Recibí la herencia pedagógica kantiana: “No se puede aprender la Filosofía, sólo se puede aprender a filosofar” transmitida y ejemplificada por mis maestros uruguayos. Consecuentemente sigo tratando de aproximarme a ese *desideratum* de la interacción enseñanza y aprendizaje, la que en mi trabajo comparto alegremente con mis alumnos, aprendiendo yo a filosofar y procurando que ellos puedan aprenderlo.

Escribir sobre esta actividad del filosofar, es una sentida exigencia en este hoy de la cultura uruguaya: porque significa retomar los hilos de las formas de libre pensamiento, las más soterradas por la represión dictatorial, e implica documentar cuál es el estado de las mejores tradiciones, para que sea comprensible esta situación (a los de afuera y a los de adentro) y para que podamos discernir qué nuevos proyectos serán posibles y cuáles no.

En la medida en la cual enseñamos Filosofía, tenemos nuestro punto de partida en las Ideas, en el Mundo de las Ideas o -por lo menos- en la Logosfera,

y nos vamos arrimando al mundo de las prácticas, navegando en nuestro filosofar, sin puerto de recalada ni en la Utopía ni en la Realidad.

La filosofía práctica

La esfera del pensar filosófico es divisible en dos hemisferios rápidamente determinables (si prescindimos de distinciones más precisas o más sutiles): la Filosofía Teórica y la Filosofía de la Práctica. Nos ocuparemos del segundo de los campos del filosofar.

El sentido inmediato de “filosofía de la práctica” reducida a la expresión común: filosofía práctica, parece ser el de una manera de pensar alejada de toda teoría, y que -gracias a ello- resultaría más fácil de aplicar a las situaciones de la vida, más sencilla, más certera y más útil.

Una ilustración frecuente de ese uso de “filosofía práctica” serían los casos de este tipo: un profano que oye hablar de la Filosofía con mayúscula, respecto a la cual tiene anticipadamente una profunda adversión (tanto porque nadie se la aproximó como porque en las pocas ocasiones que tuvo de conocerla vio solamente una imagen pedante y despreciativa) y responde: “Ignoro y rechazo todas las filosofías; eso sí, yo tengo mi filosofía de la vida, que es práctica y es muy buena”.

Por otra parte, los practicantes auténticos de la filosofía, los que aspiran a esa sabiduría declaradamente, ven la cuestión mucho más complicada: conciben infinitos grados y mediaciones entre las teorías y las prácticas y también reconocen que esta es una de las cuestiones más inquietantes, pero evitan caer en los extremos de reducir la una a la otra, o de confundir a las prácticas con cualquier esfuerzo del pensamiento.

Yo estoy obligado a definirme con claridad sobre práctica y filosofía en esa expresión de “filosofía práctica”. Pues bien: retomo la vía histórica del racionalismo crítico que plantea las interrogaciones clásicas de los filósofos;

extraigo y separo aquellas preguntas que dieron motivo a las grandes y máximas construcciones teóricas de la Filosofía Primera, de la Metafísica y de la Ontología, a las síntesis sobre el por qué y el qué del Ser y de los seres; y escojo estos otros dos cuestionamientos: **¿Para qué revisamos nuestras creencias?** y **¿Para qué hacemos lo que estamos haciendo?**

Las respuestas que procuramos tienen que darnos soluciones prácticas.

Estimamos el valor del filosofar, justamente, porque esperanza tenemos respecto a que al filosofar se produzcan las mejores conductas prácticas.

El filosofar

Intentamos actuar con sabiduría, encontrarle una significación a nuestra vida y a nuestra existencia dentro de la inmensa multiplicidad que nos rodea, hacer algo valioso que le otorgue sentido al acto de un día, a la cotidianidad de la vida y de la muerte; aspiramos a conocer lo máximo posible y las realidades últimas y las finalidades fundamentales, para comprender cómo, por qué y para qué la vida merece ser vivida.

Filosofar es ante todo una manera de actuar. Es una conducción de las vidas humanas que se objetiva en un estilo, en una modalidad de hacer, pensar, y del decir, regulados por coordinaciones de medios a fines, propias del actor personal, aunque esos elementos de la conducta puedan estar implícitos o sean tardíamente explicitados para la toma de conciencia de los protagonistas.

Es el modo observable de las conductas de un grupo humano, orientadas a operar sobre una realidad presente, más o menos determinada.

La unidad del filosofar depende de la convergencia en los comportamientos de todos los individuos agentes, se integra vectorializando series de medios y de fines hasta las finalidades más distantes, y es siempre más una proyección armoniosa de los objetivos que un logro definitivo.

En todos los lenguajes hay muchas formas de preguntar que son expresiones de la inquietud filosófica y ya hemos recordado las reflexiones que se expresan en un ¿por qué? o en un ¿cómo? pero de todas las interrogaciones, la más característica de la Filosofía práctica y del filosofar humano es la pregunta respecto del “para qué”.

Dijimos anteriormente que la Filosofía recoge todos los juicios de conocimiento y las estimaciones de valor; además tiene en cuenta las urgencias prácticas, las decisiones dramáticas y nuestras vivencias de lo trágico; entonces, si hay lugar a alguna pregunta en esas situaciones, indudablemente aparecerá la pregunta del “para qué”. Si nació esa interrogación en medio de la tragedia, quiere decir que estamos reclamando algo más que las respuestas teóricas de conocimiento, quiere decir que aspiramos a adoptar reales resoluciones morales, con sus proyecciones de futuro.

La marcha histórica de todas esas aspiraciones es lo que llamamos el filosofar que ha hecho a la Filosofía sistemática. **Filosofar que es el saber hacer y actuar racionalmente**, poner en práctica una sabiduría.

La historia de la filosofía escrita

Los textos filosóficos nos servirán para conocer las creencias y las prácticas morales y políticas de los antiguos, de los modernos y de los contemporáneos con los cuales compartimos el universo de la filosofía y de las ciencias recientemente planetarizadas.

Atravesaremos la red lógica de las Ideas y de los Sistemas teóricos, para aproximarnos a reconstruir lo que hacían prácticamente los hombres que de tal manera se expresaban en teorías.

Un libro, toda la obra de un autor, representarán de alguna forma a la cultura de su sociedad, o la cultura de una clase social, o de un grupo de hombres. Con ese criterio escogeremos los documentos escritos que nos servirán para filoso-

far sobre las vidas prácticas de los hombres.

Por ver directamente al árbol no dejaremos de revistarlo en el bosque donde levanta su copa, aunque sea el árbol más alto de todos.

Decimos que intentaremos comprender las creencias, las Ideas vividas y usadas por esos hombres, es decir: las ideas puestas en circulación en medio de la vida social, las ideas producidas y propuestas por unos y las mismas ideas recibidas, vividas y practicadas por los unos y los otros.

Las más altas expresiones de las teorías metafísicas, teológicas, etc, nos han acostumbrado a presuponer que las Ideas están en el Mundo Inteligible de las Esencias, o en el Verbo divino (el Logos del principio, según San Juan) o que son las Ideas innatas. De cualquier forma o manera, las Ideas corresponderían a las Realidades esenciales que son objeto del conocimiento correspondientes a Categorías y Conceptos, desvinculados, desconectables, independientes del devenir de las cosas y de las transformaciones sociales, de las revoluciones históricas y de sus prácticas.

La filosofía de la práctica

Aquí la reflexión filosófica hurga el movedizo campo de la “praxis” para encontrar estructuras y leyes que pueden ser los objetos del saber racional.

La noción de práctica es sustantiva y no adjetiva como en el caso de “filosofía práctica”. Las nociones de Práctica o de Praxis, tomadas en toda su extensión común y como sinónimas, comprenden a todas las actividades de los hombres viviendo en sociedad. Si decimos que nos interesa todo lo que los seres humanos **hacen**, más que lo que ellos piensan; si nos involucramos en ese actuar y hacer, mediante la pregunta: ¿para qué hacemos lo que estamos haciendo? entonces, nuestra filosofía abarca el área de todas las prácticas sociales.

El campo de investigación que corresponde a la Filosofía de la Práctica

incluye por lo menos: **las actividades de producción, las actividades de comunicación simbólica, la moralidad y la política.**

Sabido es que las construcciones de los mayores sistemas de ideas puras se pueden explicar como una respuesta a los conflictos insolubles que los hombres de esa época vivían en la práctica cotidiana. Pero una vez elaboradas las teorías, ellas adquieren su autonomía y sus funciones especiales en los sistemas del conocimiento, es decir: del conocimiento científico. En las ciencias, los principios y las ideas puras son imprescindibles, y es en razón de ello que se produce naturalmente el olvido del origen empírico de los esquematismos y de los conceptos.

No nos corresponde invadir el otro hemisferio, el de la filosofía teórica, ni pretendemos dar respuestas a sus problemas. Menos derecho hay en la exigencia planteada por algunos ideólogos de la “praxis”, de que se rindan aquellos teóricos a la evidencia del primado de la práctica.

La tensión entre realismo e idealidad, entre teóricos y prácticos, y entre materialismo e idealismo sigue siendo el nervio que anima al filosofar.

Sin pretender resolver tales cuestiones por anticipado, dejaremos constancia ya de que hay profundidades e intensidades prácticas, de la acción, que no alcanzan a ser abordadas por los análisis racionales y el pensamiento conceptual de nuestro filosofar.

La filosofía y el filosofar

La Filosofía es el producto escrito del filosofar. Conservamos la literatura filosófica desde los siglos VII y VI antes de nuestra era. Para distinguirla de las restantes formas de escrituras, tomaremos el modelo aristotélico donde se la caracteriza como el nuevo saber que comenzó con Tales de Mileto. Es ese saber racional, o saber del Logos de los griegos Pitágoras, Heráclito, Parménides o Platón.

El desarrollo histórico de esa racionalidad engendró sucesivos sistemas de conocimientos que han sido figurados como las ramas nacidas del tronco común del saber conceptual. Mientras los sistemas de las ciencias parcelarias delimitan su objeto o su campo de investigación, definen su metodología y adoptan un conjunto determinado de axiomas, de principios o de postulados, el pensamiento filosófico trabaja sobre esos límites buscando (más allá de la multiplicidad de las ciencias y de la experiencia) a las Totalidades.

Ese modo de operar de la Filosofía, superando crítica y reflexivamente las limitaciones de lo experimentado, de lo conocido y de los pensamientos ya pensados, para concebir y construir totalizaciones nuevas, es lo que mejor diferencia a la Filosofía de las ciencias particulares. Si nos tomáramos el trabajo de confrontar la mayoría de las caracterizaciones de la Filosofía, mostraríamos que están de acuerdo respecto al **carácter totalizador del pensamiento filosófico**.

La historia de la Filosofía que por su origen o comienzo ha dado en llamarse: la Filosofía “occidental” estuvo dominada por la forma de totalización que Platón llamó Teología, y Aristóteles: Filosofía Primera, y que en el pensamiento escolástico se subdividía en Teología Revelada y Teología Natural, y Filosofía o Metafísica. Yo entiendo que la crítica kantiana derogó definitivamente a la Metafísica clásica, y en consecuencia, me intereso por estas totalizaciones: la Historia de las Ciencias o la Filosofía de las Ciencias, la Historia de las Concepciones del Mundo o de las Ideologías.

Los sistemas de Filosofía son una cristalización y una fijación por escrito de los conceptos, de las nociones, categorías e ideas, los que se han pergeñado en el intento de responder a las cuestiones de la existencia humana. Además de recoger a los juicios de conocimiento y a las estimaciones de valor, la Filosofía tiene en cuenta a las urgencias prácticas, nuestras dramáticas decisiones y lo trágico de la Vida y de la Muerte.

La filosofía: pensamiento conceptual, “universalizante” y comprometido

La enseñanza de la filosofía se institucionalizó y adquirió presencia corpórea con la Academia de Platón, y con el Liceo de Aristóteles, pero también se comprometió definitivamente con las prácticas sociales, políticas y morales, tal como lo muestra la retahíla de persecuciones sufridas por Anaxágoras, Sócrates, Platón, Aristóteles y muchos más que estuvieron en riesgo de cautiverio, ostracismo y muerte.

No queremos confundir al filosofar y a la filosofía con cualquiera de las variadas formas del pensar humano, y nos ceñiremos siempre al discurso que sea la expresión del pensar **por conceptos**.

Menos aún deseáramos la mala interpretación de lo anteriormente dicho, como si pretendiéramos que no haya otras formas de pensar y de actuar, tanto o más comprometidas que aquellas de los filósofos clásicos.

Las dos aclaraciones que debemos establecer nítidamente son las siguientes: primero, que la leyenda platónica por la que se sostiene que el platonismo es la exclusiva tendencia a huir de las cosas del mundo, está desmentida desde que contabilizamos más de dos oportunidades en las que Platón arriesgóse a viajes temerarios, con el afán de poner en práctica su modelo de República; segundo, que cuando el saber racional logra superar mediante la reflexión crítica a la opinión vulgar, es el momento en el cual pasan al primer plano las grandes concepciones teóricas y los panoramas contemplativos de vastas realidades, es decir: es el momento de la Teoría de las Ideas, sin la cual no puede haber ni ciencias ni filosofía. Simultánea y recíprocamente, el lanzamiento del momento teórico impide el cumplimiento habitual de las funciones prácticas, que han quedado inhibidas, que han sido puestas en suspenso. La razón de este paréntesis sobre las conductas y acciones, reside en que **la intención del esfuerzo teórico especulativo será resolver** tarde o temprano aquello que resultaba ya insoportable en la práctica, en la experiencia y en la vida.

La oportunidad para hacer el giro reflexivo que suspende a la práctica, no se determina ni “a priori” ni por un decreto caprichoso. Es la fuerza de las cosas, la fuerza de las circunstancias, la que hace emerger del conflicto real el pensamiento irrealizante que juzgará lo que no es todavía (no tiene realidad) pero que “deberá ser realizado”.

El sacrificio de la continuidad de las prácticas, y de las oportunidades inmediatas que se pierden sin ningún provecho, sólo se justifica cuando la filosofía y las ciencias culminan retornando a la acción para fecundarla y mejorarla. Es una aventura comprometida a la cual estamos apostando.

El enfoque histórico de la filosofía de la práctica

Nosotros tendremos que adoptar la vía empírica e inductiva de las ciencias sociales y de la ciencia de las costumbres, la explicación genética, histórica y relativista (como precaución metodológica) si es que realmente queremos comprender la vida de los hombres en su medio real, en las culturas en las cuales produjeron y expresaron los valores de los que somos interesados herederos.

Ya hemos reconocido el valor de los sistemas teóricos. Nosotros nos ocupamos de la Filosofía de las Prácticas y ellas exigen de procedimientos adecuados para poder describirlas, explicarlas y comprenderlas. Las prácticas están antes y después de la Teoría. Por lo tanto, hemos adelantado la advertencia respecto a que oteamos horizontes de las prácticas sociales, de las conductas de los hombres, que parecen ser inalcanzables al análisis del conocimiento.

Porque la acción y las creaciones de los hombres están antes y están después de las teorías, y cuando hay vida cultural hay trabajo de hombres creadores, recordamos a Goethe en aquellas famosas frases: “Al principio era la acción”, “Gris es toda teoría y verde es el árbol de la Vida”.

Claro está que la vida y la acción creadora no están en su plenitud en la clase, dentro del aula de filosofía, por más que ella sea la filosofía más práctica

de todas. En el aula intentamos llegar a algunas conclusiones de conocimiento y sabemos que el conocer viene “post-factum”. Este filosofar que nos entusiasma no debe ser confundido con la acción.

La acción y la creación están también después de toda teoría y de todo conocer especulativo, especialmente cuando los hombres viven a las Ideas, no como Esencias ni estructuras del pensamiento lógico, sino como **normas de su actuar moral y político, social y religioso**. Lo mismo: cuando los hombres desean, quieren e intentan realizar lo que nunca fue ni es siquiera conocido, **los proyectos de transformación** de una realidad vivida y reconocida como insoportable, o la revolución o la utopía.

A esas normas axiológicas y a esos proyectos transformadores de la realidad, solamente los podremos hallar en la vida misma de una sociedad histórica, es decir: los hallaremos enraizados en su medio cultural.

Si la Filosofía de la práctica se ocupa de las prácticas sociales, no en su aspecto natural sino en su dimensión cultural; si necesita mejorar el conocimiento histórico de aquellas culturas a las que heredamos los hombres de hoy, y no se satisface con explicar lo que los hombres han hecho cultivando la naturaleza y cultivándose a sí mismos, sino que debe comprender los valores del pasado para estimar los conflictos actuales y poder resolverlos; entonces, filosofar sobre las prácticas en su dimensión histórica-axiológica es también filosofar sobre las culturas.

Un grupo de amigos interesados en los dramas de la deshumanización de nuestras culturas nos hemos encontrado perseguidos y acallados durante la dictadura, por motivo de esa humanista preocupación. Debimos abstenernos de publicar nada dentro de fronteras. Nuestros pensamientos se verían deformados si los maquilláramos tanto como para atravesar la imprevisible frontera ideológica de la censura.

Buscamos los posibles lectores y auditores críticos del exterior, especialmente: los Congresos Mundiales de Filosofía y los que tenían lugar en

Latinoamérica. Yo me dediqué al área de la Filosofía de las Culturas y de las Ciencias Normativas, desde el momento en que escribí sendas ponencias para los Congresos de la FISP (Federación Internacional de Sociedades de Filosofía) con los títulos: La posibilidad de fundar científicamente las normas, y La filosofía de las culturas. Fue muy importante comprobar que muchos pensadores del mundo se empeñan en superar las barreras ideológicas y políticas, y especialmente también que muchos americanos (aquí no “peores” sino mejores americanos) se esfuerzan por lograr el diálogo entre las culturas. Diríamos que la Filosofía Antropológica, o simplemente, la apertura de conciencia humanista, busca los valores humanos en las plurales humanizaciones que han logrado las distintas culturas ya sean culturas regionales o grupales, y no espera encontrar al Hombre universal en ningún lado. Habida cuenta que nuestra cultura occidental es la que ha expandido por el planeta los medios lógicos y tecnológicos de circulación “universal” en el mercado mundial, los que son mercancías de equivalente valor pragmático para cualquier tipo de grupo cultural, se ha evidenciado que los valores específicos de las culturas históricas tienen que ser muy distintos al valor de lo útil. A lo que se suma el hecho de que hoy no pueden ignorarse las culturas entre sí, y que enfrentadas exigen que no se las trate como “naturaleza” o como “bárbaros” sino que se las comprenda en lo que valen por su singularidad “personal”.

Las prácticas que debemos estudiar nosotros, para tomar conocimiento lo más científico posible de ellas, son varias: Por un lado podemos distinguir: prácticas repetidoras, transformadoras y propiamente creadoras; por otro, ya habíamos mencionado a las actividades de Producción como el Trabajo y no debemos olvidar a la reproducción sexual que es una “conducta” fundamental. También recordamos a las conductas morales, las conductas políticas, las de comunicación interhumana y las conductas religiosas. Repasamos esta enumeración de variedades de conducta y no podemos dejar de asociarlas con: **“personal” evolución**, que caracteriza a cada una de las culturas. Es obvio que las cualidades y los valores de las conductas de los hombres no son iguales si vamos de una civilización a otras, y aún, de una clase social a otras.

Si estamos filosofando para proponer un tipo humano mejor, lo primero que

corresponde es realizar una profunda autocrítica. Pero no solamente introspectiva, sino una crítica de la civilización en la que hemos despertado al ser arrojados al mundo. Procuremos superar nuestro provincianismo cultural, y lograr la ayuda de Otros quienes hayan pergeñado modos de lo humano estimables para Nosotros. De la autocrítica personal y comunitaria surge la mejor disposición para la simpatía y la comprensión hacia los demás.

La **Filosofía de las prácticas** estudia a estas conductas vivas en la unidad estructural, orgánica, de cada una de las culturas singulares. La vida y la conducta global de una sociedad expresan sus procesos de auto-creación y de crecimiento, y se comunican con las otras culturas mediante imágenes y símbolos que transmite un lenguaje particular; un idioma singular por más que sea la proposición de valores estimados como universales. No existe históricamente la Civilización universal, no es más que una abstracción.

Desde los hechos prácticos hacia las normas

Una cultura es un organismo supraindividual, un macroorganismo social o una organización voluntariamente integrada por muchas personas. Actúa sobre la Naturaleza, ya que ella (la cultura, obviamente) es ante todo un agente trabajador, enérgico, intencionado y poderoso. Una cultura viva despliega sus actividades como conductas intencionadas y conscientes, produciendo: **bienes, valores, ideales y normas**.

Las actividades que ya enumeramos como la serie de las prácticas sociales, generalizables para todas las culturas, las hemos inducido de la observación de los **hechos prácticos** vividos directamente en nuestra propia vida cultural, y mediante el conocimiento de cómo otros analistas (de estas prácticas, de otros lugares y otros tiempos) tomaron conciencia teórica de las prácticas peculiares de su entorno y también las generalizaron.

Observamos entonces cuál es la posición intermediaria de las funciones re-

flexivas, en nuestros estudios de la filosofía de las prácticas: en uno de los frentes, conocemos a los **hechos culturales** empíricamente y extraemos las conclusiones que cualquier ciencia fáctica puede alcanzar; por otro lado, entramos a considerar los juicios de valor y las normas con las cuales se han guiado los agentes prácticos. El camino de nuestros análisis tiene que ser de ida y vuelta, y asimismo, de ida y vuelta en la dimensión del tiempo que es la esencial a todas las prácticas. Esto quiere decir: nuestro pensamiento va de los hechos a las normas y de los principios o normas fundamentales a los hechos; y también va recorriendo la serie de los actos, de los medios y de los fines, en sentido retrospectivo y en sentido teleológico-prospectivo.

Las normas prácticas suponen un cierto conocimiento de los hechos objetivos, pero no esperan que haya una solución perfecta de la cuestión, para **resolverse a la puesta en acto del proyecto práctico**; de los hechos a las normas y la respuesta decidida desde las normas hacia los actos, éste es el camino que sintetizamos al reflexionar sobre las prácticas sociales en su dimensión axiológica-cultural.

Otra distancia (y mayor) es la que debemos cubrir cuando pretendemos fundamentar a las **ciencias normativas**, para completar el conocimiento de los hechos.

Desde las normas hacia los actos

Imaginemos cuán largo es el camino desde las nieves eternas de las **ideas** puras hasta los sinuosos cursos en los cuales navegamos los agentes prácticos, cada vez que nos “embarcamos” en la acción.

Decíamos que nuestra conciencia reflexiva se ubica en el medio de ambos extremos distantes: primero, porque ya no aspiramos a conocer los pretendidos principios Metafísicos, desde los cuales se deducirían las reglas de la Moral Universal, que también sería la Cultura Universal; segundo, porque la conciencia práctica, si bien no tolera actuar a ciegas (despersonalizándose en el instinto

animal) tampoco admite esperar la ratificación de todo lo que necesita conocer, por parte de las ciencias (despersonalizándose así en “el sujeto cualquiera” que es el sujeto epistémico “universal”).

Una característica esencial de las funciones conscientes atentas a la acción es, precisamente, el sentido de: la Urgencia y la Ambigüedad de la situación concreta, donde la Persona debe resolver el *impasse*, disolver el atrancamiento.

La Filosofía de las Prácticas ha de tener en cuenta siempre al hombre “agente y sujeto” y a su situación. No es correcto distinguir la conciencia cognoscente y la conciencia axiológica. El acto práctico es una realización sintética que incluye: datos de las condiciones objetivas y subjetivas, inteligencia respecto a esa información ambigua, y respecto a las futuras posibles acciones que resuelvan el problema; y -además- la apreciación de los medios y de los fines, los juicios de valor que componen la Norma de acción.

Nuestro filosofar toma cierta distancia del actuar mismo y mira hacia las abstracciones de las Teorías, luego aspira a fundamentar las ciencias Normativas y Axiológicas (en tanto que son sistemas de conocimiento con su valor propio) pero nunca olvidamos que **las urgencias comunitarias nos reclaman crear una Sabiduría práctica.**

“Nosotros”

Cualquiera de Nosotros (invito a compartir estas reflexiones) podría decir, al igual que el filósofo Heráclito de Éfeso: “Me he investigado a mí mismo...” Y al comentar la introspección ya estamos convocando un Nosotros.

Yo también lo digo y advierto algo muy interesante: la investigación no culmina con el hallazgo de algo inmediato como serían los supuestos “datos” de la conciencia, sino que la marcha de búsqueda incansable me lleva a pasar por innumerables mediaciones de “tú”, de “nosotros” y de Otros, y no termina nunca devolviéndome la “Mismidad” que se podía suponer.

Sobre la marcha, saco algunas conclusiones que propongo a vuestra consideración: afirmo que cuando cada uno se busca a sí mismo, termina encontrando un Nosotros. Asevero varias cosas juntas y luego pasaré a desarrollarlas.

Varios “yo” eslabonados en mi existencia personal; la experiencia fundamental de **la intersubjetividad**; en medio del mundo donde “estamos...” el cual no puede ser otra cosa que **mundo humano colectivo** (a excepción de que alguno se considere “niño lobo”, quien aún no ha sido hallado).

Autoanalizándome como persona humana que soy, hallo mi existencia integrada a y por varias áreas personalizadas. Por lo mínimo, señalaremos dos o tres constituyentes personales de mi Yo, y el número tres es el tradicional en todas las descripciones de las almas y los espíritus personales, por lo que se presta como el esquema fácil para empezar a entendernos.

Primero, un Nosotros que ha modelado la realidad cultural en la que cada uno está inmerso, que en mi caso coincide con la de mi nacimiento, mi cultura nacional, donde mi pensar está situado. Ese Nosotros es el legado histórico que nos constituye, nuestro pasado-presente, en parte asumido y negado.

Segundo, otro Nosotros del que carecemos, deseado, propuesto o postulado, más o menos impuesto, aceptado, o libremente escogido, quien ilumina el camino e invita a andar. Ese Nosotros significa claramente que la teleología de nuestro desear y de nuestro querer, es la del hacer juntos “nos” con otros.

La convivencia, los trabajos y la creatividad sólo tienen sentido finalista cuando son **un hacer conjunto y solidario**, participativo y altruista.

Tercero, mi personalidad individual, diríamos: el eslabón central que unifica a los Nosotros de las áreas ya mencionadas, se presenta igualmente como un resultado complejo de los trabajos cultivantes que han moldeado mi cuerpo y mi carácter. La apariencia primera de nuestras personalidades no tiene nada de silvestre sino que armoniza con el contexto cultural real en el cual se

desarrolla nuestra vida.

En conclusión: hemos hallado la realidad en la que vivimos, es la realidad de la vida cultural, del mundo históricamente cultivado, donde podemos decir que “nos encontramos arrojados” y nos **re encontramos con varios Nosotros** con los cuales se hace necesariamente la con-vivencia de los hombres.

Podríamos repetir con Descartes: “Je suis, j’existe”. Ese enunciado seguirá siendo una evidencia endógena para quien lo diga. El “j’existe” o el “existo” significan presencia y patencia, evidentes para quien se percate de ellas, tanto como para quien las vive; pero también es cierto que las existencias se “dan” sin depender de ningún comentario acertado, ni por parte de extraños ni, siquiera, por parte del mismo agente o sujeto que existe, quien vive concretamente esa existencia, aunque no diga nada al respecto.

Las realidades de la Naturaleza: el terremoto, llueve, etc; las realidades de la Vida natural: nacer, crecer, enfermarse y morir; las existencias de todos los seres que son, en ese modo de “estar-siendo y no-siendo”, **todas esas existencias son las realidades**. No conocemos ninguna que se dé fuera de las cuatro dimensiones tempo-espaciales. La convivencia de los seres humanos existentes, la **vida gregaria animal transformada en vida social** de los hombres en colectividad, ese hecho: **configura una realidad primera**, anterior, más objetiva y obvia que cualquier forma del pensamiento reflexivo y que cualquier evidencia inmanente al “*Cogito*”.

Por lo anterior, sustituimos al “yo” cartesiano por el “existo” o, mejor dicho, “se existe”, antes que nada ... sin comentarios...

En lugar de reiterar el prejuicio de un Logos individual (que vociferaría opiniones subjetivas) tal como lo hace comúnmente la charlatanería que aparenta estar dialogando, restituiremos a la Racionalidad en el orden “natural” de las cosas: Desde las piedras que no “sienten” hasta la Logoesfera.

En la base están las realidades minerales, vegetales y animales, las físicas

realidades de masa-energías que se despliegan en el espacio-tiempo, las vidas zoológicas y botánicas que se desarrollan, las especies vegetales y animales que evolucionan, junto con las transformaciones del planeta. Los seres humanos formamos parte de esa naturaleza en transformación y evolución, y compartimos los procesos de evolución e involución de la *natura-naturante* y la *natura-naturata*. Básicamente, los hombres somos *natura-naturata* pero con un ritmo de evolución natural que está alterado por factores exógenos.

La vida naturalmente animal de los hombres pasa a transformarse en los modos de su reproducción biológica y evolución específica, mediante la creación de medios artificiales de reproducción de sus propios medios de vida. Por esos medios de los trabajos y de las comunicaciones colectivas (supra-individuales, intersubjetivas) los hombres van haciendo la Vida social, su vida cultivante y cultivada, sus Culturas.

En pocas palabras: somos *natura-naturata*, cultivada, cultivante, cultivadora. **Entre la base de nuestra Vida natural** y la esfera más amplia de las creaciones de **la Vida cultural**, están las radicales **existencias singulares**, aportando las savias de sus vidas, de sus fuerzas de trabajo y de sus energías espirituales, a la comunidad de los hombres-personas, al **medio cultural integral** (desde donde habíamos partido). Existimos de a uno, pensamos en común.

“Nosotros” en las ciencias de la cultura

Habíamos comenzado por las totalidades culturales en medio de las cuales transcurren realmente nuestras existencias, nuestras vidas.

En esos “mundos” esencialmente humanos que son las sociedades históricamente cultivadas, habíamos subrayado (en lugar de las clásicas categorías del Individuo, la Persona y la Familia) las complejas y dinámicas estructuras de los Nosotros; de las Personas que, en cuanto tales, se desarrollan integradas a varios nosotros; y de los Nosotros que integran a los agentes prácticos y a los sujetos que, en tanto unidades de acción y pasión, son -idénticamente- personas

humanas.

Intentaremos pulir esta categoría de Nosotros y hacer de ella un instrumento eficaz para el análisis en las ciencias de la cultura.

Interpretamos a las realidades culturales en el más amplio y abarcador género, donde quepan las labores especiales de los hombres, tanto la caza y la recolección cuanto las producciones más teóricas y simbólicas.

El paso de la idea de cultura a la idea de naturaleza, lo podríamos efectuar desde una proposición del filósofo peruano A. Salazar Bondy, quien ha dejado la enseñanza de una profunda vocación latinoamericanista:

“**Cultura y naturaleza.** Puede entenderse la palabra “cultura” en el sentido del conjunto de productos de la acción humana, es decir, de todo aquello que no ha preexistido a la operación intencional del hombre sobre el mundo natural” (de *Educación y cultura*, ediciones Búsqueda, Argentina, 1979).

Quiere decir que definiendo a las culturas por la negativa, resta extraer, desde la próxima esfera de la vida cultural, aquella base (más honda y más distante) de la Naturaleza, de nuestras vidas naturales antes de ser trabajadas, todo lo mineral, vegetal y animal que preexistiera a “la operación intencional” de los hombres.

Esa línea de nuestras reflexiones nos ha hecho circular, previamente, por los niveles de las estructuras creadas en la **Vida cultivada** de las prácticas sociales.

Más tarde, esas meditaciones descienden hasta las existencias personales y hasta la **Vida biológica**, la de nuestro cuerpo “inmediatamente vivido” (lo que es muy distinto al error de creer que sea: “inmediatamente conocido”).

Al cuerpo, a nuestro singular organismo, individuo fisiológico o ser psicosomático, lo vivimos y lo sentimos íntimamente, “subjetivamente”, en razón de que no somos sujetos distanciados que podamos tener un conocimien-

to objetivo de esa “nuestra interioridad”. Y -a la inversa- en la misma proporción en la cual conocemos a nuestro propio cuerpo-vivo, por reflejo, “visto” objetivamente y mediante analogías con los otros seres vivos y existentes, en esa misma medida, es que hemos trascendido a la “vivencia bruta” y a la mera existencia personal. Algunos preferirán decir que trascendemos “desde” la existencia individual hacia los demás existentes y hacia el mundo.

Yo prefiero invertir la orientación del pensamiento: partimos de la génesis biológica de nuestra especie y de las vivencias “intersubjetivas” de la comunidad, para luego trascenderlas mediante los pensamientos reflexivos.

La conciencia reflexiva nos instala en la Logoesfera. La voltereta reflexiva nos hace tomar conciencia de la **pre-conciencia colectiva**, espontánea, la que, en la misma cultura, todos vivimos como **nuestro consenso tácito**.

Una aproximación a las ciencias de la cultura

Los hombres vamos existiendo, caminamos hacia horizontes nunca alcanzados. Somos cultivadores de todas las cosas que nos rodean y que nos resisten.

Encarnamos esas mismas resistencias inhumanas, por lo que también necesitamos trabajar sobre nuestra arcilla y cultivarnos a nosotros mismos.

Los hombres rendimos culto a prototipos sobrehumanos, trascendentes, sagrados, consagrados entre el grupo de los hombres, como aquello que es más que humano y de lo que nosotros “participamos”, pero no podemos realizar por nosotros mismos.

Sin embargo, aquí nos limitaremos a **las posibilidades** de todo aquello que **los hombres podamos esperar hacer** por nosotros, para y contra nosotros, con lo cual quedaremos circulando en las esferas, progresivamente ampliadas, de las preocupaciones del “Humanismo”.

Hallamos a los hombres ocupando un lugar en el planeta; el grupo humano que ocupa un determinado país para probarlo y cultivarlo adquiere la denominación de: “Colonia”, y da ese mismo nombre al territorio silvestre sobre el cual trabaja.

La familia de palabras: colonizar, colonización, colonia (en el doble sentido del país y del grupo, del territorio y la gente) colono y colonialismo, refiere siempre al proceso de ocupación de espacios naturales por parte de sociedades cultivadas.

Se percibe claramente un común origen semántico de esta familia y la de las palabras: culto, cultivo y cultura. Estos términos, provenientes de las más arcaicas lenguas indoeuropeas, aludían a ciertos comportamientos básicos de la colectividad, a saber:

- a) la idea de movimiento y girar alrededor...
- b) la idea de ocupar y ocuparse de... habitar y cultivar...

A los cultos los tendremos en cuenta sólo parcialmente, es decir, no por sus objetos y objetivos, sino solamente por sus sujetos (agentes, practicantes) ya que son los hombres de nuestro estudio “humanístico” quienes rinden sus cultos a alguien o a algo. Nos interesa todo lo que los hombres hacen; no estamos en condiciones de desbordarnos hasta las infinitas polémicas de sus aspiraciones de trascendencias (metafísicas y religiosas).

La palabra “cultivos” denominaba las labores que se aplicaban a las plantas para obtener su crecimiento, fructificación y reproducción. Igualmente, aludía al ocuparse de los trabajos en general.

Respecto a “culturas” digamos que dejaremos de lado el significado de uso corriente que se limita a los individuos, tanto como cultivo del cuerpo cuanto como cultura de las facultades del espíritu.

La idea de cultura

Esta idea es tan omnicomprendiva que, por ello mismo, es imposible determinarla o definir un concepto cerrado, respecto a los contenidos dinámicos de las culturas.

Brotamos todos nosotros, hombres y mujeres, dentro de una cultura. Esto nos otorga la perspectiva inmanentista que se impone, previamente, al conocimiento y al esfuerzo de comprensión pluralista, de cualesquiera otras.

Esa sola cultura en la que hemos sido arrojados sin opción, tendrá que ser reconocida y asumida, antes que estemos capacitados para hacer estimaciones críticas a su respecto y habilitados a transformarla o revolucionarla.

Después de reconocer nuestra situación, será conveniente repensarla desde las perspectivas transituacionales y universalizantes, las cuales nos serán proporcionadas, concretamente, por otras culturas dominantes en nuestras áreas.

El tercer momento, la síntesis deseada, será cuando estemos en condiciones de comprender suficientemente nuestro pasado, o -tal vez sea más sugerente expresarlo así- ¿cómo y cuánto nos han hecho? y proyectarnos decididamente a realizar los proyectos de nuestro futuro, del Porvenir de un Nosotros, con la pobre arcilla que tengamos entre manos.

Para Nosotros, la persona cultural colectiva, hay un momento de Vida cultivada e **inmediatamente vivida**; otra etapa, de perspectivas centrífugas, para la **revisión objetivadora**, de lo que en realidad seamos Nosotros; y, la faz proyectada a **la construcción** de un mundo que valga la pena, que es la respuesta y la solución finalista al drama de Vivir “sin para qué”.

Aportaremos una caracterización general de la idea de cultura, a efectos de poseer un instrumento conceptual adecuado, para el momento de la revisión autocrítica de nuestra circunstancia cultural.

La **cultura** es la modalidad integradora por la cual la sociedad humana vive y perdura: 1) produciendo objetos-cosas y formas objetivas, gracias a la síntesis Naturaleza-viviente-cultivada y cultivante, y 2) autocreándose por la elección de los valores comprometidos en su propia acción.

En esta caracterización abierta, hablamos de la sociedad humana en general, lo que representa una abstracción adecuada al caso. Pero en verdad, lo humano es siempre real y concretamente, múltiple y plural. Consecuentemente, nos hemos impuesto no usar términos como: el Hombre o la Humanidad esencial. Si se piensa, como es costumbre, en los individuos cual si fueran las unidades atómicas que se suman por miles de millones para formar la Humanidad total, entonces se pierde toda idea de lo humano, porque se pulveriza en la infinita variedad singularizada. Dado ese error, también se acostumbra a pasar confusamente desde el individuo a una supuesta representatividad general de cualquier persona, como si ella fuera la encarnación esencial de la Única humanidad, lo que es igualmente inaceptable.

La simple observación nos muestra a los hombres constituyendo distintas etnias según las regiones y el transcurso de la evolución de la especie. A lo que se suma la inmensa complejidad de las conformaciones históricas en las que los hombres existen: grupos, generaciones, culturas y civilizaciones.

Los pensamientos realizados por los trabajadores que han efectuado esa acción cultivadora sobre la naturaleza, también integran las múltiples realidades cultivadas. (Si dejamos atrás al monismo realista, no será para recaer en el dualismo de las sustancias cartesianas: cuerpo y almas).

Las múltiples energías intencionadas, desplegadas en las laboriosas intervenciones de los hombres en el seno de la naturaleza, estaban dirigidas por el pensamiento, eran pensamientos. **Gracias a esas funciones psíquicas**, conscientes y espirituales de la humanidad, es que **han resultado dirigidos teleológicamente sus propios trabajos** y que han quedado creados los objetos culturales.

Estos objetos ostentan la huella de los pensamientos que los determinaron. Mientras los frutos naturales y silvestres representan la maduración botánica, mientras las crías animales representan la maduración zoológica, los productos culturales humanos muestran la interferencia premeditada e instrumentada de los grupos de trabajo sobre las leyes causales naturales.

Por ello, caracterizaremos inicialmente al pensar humano, así: el pensamiento es un manipuleo de sentidos-cualidades.

Esos sentidos-cualidades, componentes de las cosas reales “recortadas” y solidificadas como cosas en medio del “océano de lo real”, acarrear consigo la huella de las acciones intencionales, y es por ello que cualquier hombre consciente puede percibir el signo, los signos de los agentes trabajadores, signos compartibles entre los hombres por ser igualmente capaces de semejantes producciones.

Las estructuras significativas, elaboradas por los hombres y que tienen esas significaciones, intersubjetivamente, van componiendo el mundo intrincado de la Naturaleza y la Cultura, el cual es el real y verdadero mundo de la vida de los hombres, que es siempre vida cultural.

El cosmos de la vida espiritual objetiva, no alcanza a ser explicado ni comprendido si se lo concibe en sus meros aspectos formales e ideales, y sólo como eso: esfera de las ideas, ideas representativas de aquellas distantes realidades de las cuales sólo nos resta una noción abstracta e indirecta, sistema de ideas deformadas, ideologías.

El **cosmos de la vida cultural integral, a la vez material y espiritual**, solamente se entiende si interpretamos su genética histórica, más que con los métodos de las historias de las ideas, sobrepasándolos, con el esfuerzo omnicomprendivo de la Historia total.

Pluralidad de las culturas

Aplicaremos los criterios generales, ya anticipados, a cada una de las conformaciones culturales particulares:

1º Los hombres son primordialmente (“esencialmente”) los que hacen los cultivos, son los cultivadores de todas las realidades cultivadas (que podamos conocer).

2º Los hombres transforman primariamente la Naturaleza que integran y que en parte los compone; luego, transforman e intercambian los productos de sus trabajos (culturas-cultivos) e intercomunican las formas objetivas, significativas y simbólicas, emergentes de aquellos trabajos (culturas-simbólicas).

3º La plena realidad de los hombres se halla, concretamente, en cada una de las Culturas vivas (que podamos estudiar).

Se deduce de lo anterior que cada Nosotros se reconocerá viviendo una Vida cultural propia, y participando -a su vez- de otras esferas culturales.

No podemos concebir un humano viviente y “existente” que no participe de la cultura, en el sentido amplio e integral que hemos explicado. Tal individuo, animal solitario, sería solamente “naturaleza-viviente-inculta”.

Por otro lado, en el polo opuesto, tampoco hay sujeto desculturizado, ajeno a todas y cada una de las reales culturas históricas, y que pretenda juzgarlas con imparcialidad sobrehumana y eterna.

La observación que los estudiosos efectúen sobre una Cultura que hayan tomado por objeto, obviamente, será una perspectiva relativa, será el reconocimiento de la presencia real y objetiva de una cultura singular, desde diversos ángulos de observación propios de otras culturas.

Es concebible sí, una cultura mundial donde se vayan entretejiendo los aportes universalizantes de cada una de las culturas originales, mediante los acuerdos, los diálogos y el entendimiento comprensivo respecto a los valores comunes y a las diferencias.

Pero es evidente que ese proyecto comunitario de las culturas nacionales (en cuyo esbozo ya están trabajando las organizaciones internacionales, desde la post-guerra) no tiene que ser confundido con la existencia de algún Sujeto, de alguna Subjetividad cognoscente y evaluadora de los Principios, de las Verdades y de los Fines.

Porque es cierto que las proposiciones-mensajes, que intercambian unas Personas, unas Culturas con las otras, son siempre **propuestas universalizantes** (aspiran a ser convalidadas por todos) por lo mismo, se invierte en ser un contrasentido, la pretensión de hablar como el Oráculo, pretendiendo que un Sujeto conoce la Verdad Absoluta y que es Juez del Valor Universal.

La antedicha pretensión de que los Otros convaliden nuestros mensajes, debe implicar: la “alteridad” de aquellos y posibilidades de que Nosotros demos validez a sus respuestas, mensajes originales y contra-mensajes.

Somos individuos y personas “existentes”, sin lugar a dudas.

Complementariamente a esa dimensión de la existencia de los hombres, estudiaremos las conformaciones colectivas y orgánicas en las cuales esos individuos y personas viven social e históricamente.

Somos sujetos pensantes y, en cuanto tales, pensamos ideas, definimos conceptos, razonamos y juzgamos, compartiendo con otros sujetos nuestro Logos común.

Pero también pensamos **desrealizando imágenes**, sumergidos en los sueños, en las fantasías de nuestro capricho y en las que se nos imponen inconscientemente.

Ya sea porque cavamos profundamente en nuestro “jardín interior”, ya sea porque nos dejamos caer en el torrente de nuestras pulsiones, lo cierto es que los hombres vivimos la experiencia de la subjetividad individual. Esa vivencia

conlleva la evasión del individuo respecto a todas las realidades, y la puesta entre paréntesis del mundo que lo rodea, tanto la Naturaleza como las personas, y de sí mismo (en el sentido de que “mí mismo” se autodefine en reciprocidad con los otros, quienes quedaron desrealizados por el paréntesis).

Hemos presentado la dimensión de la Subjetividad individual hasta el extremo en el cual esa subjetividad amenazaba ya al Logos cartesiano del “Je pense”, en caer hacia el solipsismo y la enajenación.

La dirección de nuestras investigaciones será la inversa. Tratemos a las realidades culturales con la mayor objetividad que nos sea posible. Pongámonos en el punto de vista de los otros, cuando se refieren a nosotros, en la consideración exterior a nuestra propia determinación cultural, en la óptica de los posibles sujetos cualesquiera, que hicieran un estudio científico de las realidades culturales, nuestras y ajenas. Observemos con imparcialidad la **tendencia de cada una de las culturas a proyectarse en el cielo** de los valores más altos, y - paralelamente- a representar la “validez universal”.

Centraremos nuestra atención en el **aspecto real de aquello que los hombres hacen en comunidad**, el acento puesto -más que en los individuos existentes o en los sujetos reflexivos que idealizan sus propios reflejos- el acento y la atención, sobre los aspectos pragmáticos y prácticos, sociales.

Los hombres reales son los hacedores de cada una de las culturas vivas que constituyen los objetos de las ciencias de la cultura. Recíprocamente, la mejor manera de avanzar en la inteligencia sobre cómo son los seres humanos y de aproximarse a su comprensión, está en observarlos y experimentarlos en ese su contexto cultural, si se nos permite decirlo así: en su propia salsa, en su propia tinta y con su aroma.

La última instancia del conocimiento objetivo de una cultura que no haya sido abstraída de su contexto real, consistirá en que dejemos de observarla “como si miráramos desde el cielo” y convivamos con ella.

Las culturas se conocen y comprenden, cuando llegan a “mirarse a los ojos”.

La subjetividad trascendental

La categoría de la “subjetividad trascendental” se impuso con el “giro copernicano” de la filosofía de Kant, al sustituir históricamente (a mi juicio, definitivamente) todas las otras categorizaciones metafísicas y ontológicas.

La subjetividad trascendental es lo más propio de las culturas.

Los hacedores de una cultura son sus hombres, agentes colectivos, grupos, clases sociales, las sociedades que colectivamente viven y se dan esa su peculiar manera de ser.

Tanto el grupo dominante cuanto los grupos dominados, y ascendentes, todos deben ser entendidos como sujetos **sintetizadores de conocimientos** y como **agentes productores** de todas las síntesis materiales y formales de sus culturas.

Los agentes prácticos producen los medios de vida y de reproducción de la Vida cultural (para otros o “para sí”) de acuerdo a los principios, las reglas y las normas **inmanentes** a su vida social (por más que un juicio posterior denuncie la inautenticidad y la imposición externa de tales normas).

Los sujetos cognoscentes elaboran los **conocimientos adecuados** para su cultura, aplicando conceptos “trascendentes” y esquematismos, al mundo material de los contenidos fenoménicos (por más que se hagan la ilusión de conocer intuitivamente ideas Trascendentes).

En fin, los grupos “personalizados”, los Nosotros, las clases con conciencia “para sí”, configuran lo humano integral, viviendo en un ámbito cultural determinado. La Persona (individual o colectiva) suma: al agente productor y consumidor de los bienes de subsistencia; y al agente moral responsable de la convi-

vencia comunitaria; más el sujeto cognoscente (también colectivo) elaborador del conocimiento teórico y de su aplicación tecnológica.

En verdad, el Sujeto trascendental de la teoría del conocimiento, el Sujeto epistemológico que también se llamara “Yo trascendental”, no tiene la menor realidad, no es fenoménico, ni será objeto ni existirá.

Sólo porque las ciencias van tejiendo el acuerdo universalizante (del mundo de los sabios) de la legalidad, del determinismo (incluso el Principio de Indeterminación) de la inteligibilidad relativa de zonas bien exploradas de las realidades, y sólo por todo eso, hay la imagen simplista de “un sujeto lógico del pensamiento” que ratificaría las verdades y los valores, por encima del trabajo-consenso que van construyendo los hombres de diversas culturas.

La idea de lo Trascendental (en lugar de la Trascendencia ilimitada) nos remite al **dominio de la experiencia posible**. Aquí la extendemos a los agentes humanos tanto en sus potencialidades pragmáticas, morales o prácticas, como a las posibilidades de conocimiento verificable, ciencia-tecnología.

El dominio de lo posible pudo ser un horizonte estrecho para algunos pensadores que prefirieron lo Imposible. Sin embargo, la dependencia de unas culturas con otras se ha intensificado tanto, que hoy **las posibilidades de una cultura obligan a tomar cuidado de las posibilidades de la Humanidad**.

Historicidad de las culturas

Las culturas son humanas y no pueden ser comprendidas fuera de la historia. Nosotros estamos sumergidos en ellas. Ellas moldean nuestras existencias comunitarias y el mundo en el cual nos situamos.

Únicamente podremos reflexionar sobre ellas o respecto a los aspectos universales de la cultura humana, si partimos de su propio seno y vamos ascendiendo -en la escala de sucesivos pasos críticos- hacia las zonas intersubjetivas

y suprapersonales de las luces del entendimiento; desde la subjetividad práctica y teórica de la cultura que vivimos, hasta las áreas de la racionalidad universalizante.

Vivimos naturalmente nuestra vida animal, nuestra animalidad específica. Pero las potencias activas de los hombres, que nos han precedido, han transformado, progresiva y aceleradamente, nuestros medios ecológicos y nuestro planeta. Innúmeras generaciones han producido sus mundos mediante el trabajo. Nos han legado este mundo de hoy, donde vivimos la única vida real que conocemos, y ésta no puede ser entendida de otra manera que: la Vida cultural en el mundo cultivado.

Descontamos que todos aquellos que participen de este discurso, ya sean interlocutores o contradictores, compartan con nosotros los andariveles por los que estamos discurriendo: vivimos en el seno de un mundo ya cultivado y -por lo tanto- nuestras vidas, aún las más inmediatamente vividas, no son primitivas ni instintivas, sino que ya son vidas culturales, con su retroalimentación cultivada y cultivante.

Analogías entre la Vida biológica y la Vida cultural son las más fáciles de encontrar, como por ejemplo la organicidad de ambas. Así como no hay vida animal fuera del complejo estructural y funcional clasificado como organismo, sea una célula, sea un cuerpo humano, tampoco hay animación cultural si no es en el organismo grupal, allí donde las personas intercambian y se comunican, actualizando y reviviendo la síntesis de su común Vida cultivada. Precisamente, la “fisiología” de estos macro-organismos sociales, que integran a las individualidades en comunidades, es semejante a la fisiología del sistema nervioso y -a la inversa- el funcionamiento de una red de comunicaciones telefónicas es una imagen recurrente para ilustrar la fisiología nerviosa en el cuerpo humano.

Las diferencias son más significativas. Es interesante distinguir la herencia biológica de la herencia histórico-cultural; y diferenciar los niveles por los cuales se expanden las energías biológicas (fuerzas naturales) las energías del traba-

jo (fuerza de trabajo) las energías psíquicas (conciencia social) y el pensar simbólico y conceptual.

Estas estructuras complejísimas que llamamos Culturas, se distinguen por constituir una verdadera síntesis de todas las formas de vida: la vida vegetal, la vida animal, más la vida socio-histórica por la que se singulariza la especie humana. Esta trino-unidad representa la integral vida de los hombres históricos y actuales; merece ser denominada: Vida cultural.

Las unidades menores que integran los organismos sociales culturales, sus células, diríamos, son los Nosotros, esto quiere decir; son agentes, actores, y sujetos, esencialmente “personalizados”, grupos con unidad de acción que se relacionan, por rechazo o por afinidades, con Otros grupos-personas.

En la dimensión estructural, afirmamos que cada Persona, cada clase y cada sociedad actualiza la vida cultural a su modo y la expresa. Las relaciones entre los diversos grupos serán entonces de rechazo, conflicto, información, diálogo o armonía creadora.

En la dimensión temporal (porque no olvidaremos que las estructuras se integran en el tiempo-espacio) describimos al proceso cultural en el pasaje de unas generaciones a otras. A eso lo concebimos como la “herencia cultural” que se superpone a la herencia biológica y debe ser distinguida de ella.

Hemos dejado afirmada la organicidad dinámica de las culturas. Pasemos a analizar las diferenciaciones internas. Por ejemplo: la importante distinción entre la herencia biológica y la herencia de los bienes culturales.

Tengamos en cuenta que mientras los procesos biológicos constituyen circuitos intraorgánicos o entre los organismos y su medio ambiente, en los procesos de la vida intracultural hay la reproducción de los medios, la reproducción **intencionada** de tales medios para tener por efecto **nuevos** resultados.

Se comprende entonces que mientras el circuito biológico alcanza a cerrarse

sobre sí mismo, otra cosa es lo que pasa en la vida inter-culturas. Porque no es posible pensar en relaciones intraculturales que al mismo tiempo no sean también relaciones inter-culturales, entre personas, entre comunidades, entre sociedades y entre Civilizaciones.

La reproducción social produce algo más que lo que corresponde a un circuito de retroalimentación y amplía las fuerzas vitales y las energías pensantes del organismo social, cuantitativa y cualitativamente.

Si para los cuerpos vivos alcanzaría con la ley de conservación: por lo menos conservar la vida, para las culturas vivas eso es insuficiente, no alcanzaría a dar **la razón de la vida**. Y una vida sin razones no merece ser vivida. Las realidades culturales viven creciendo, desbordándose, trascendiendo y dándose a otras Personas, a otras culturas. No logran conservarse si se autoprotegen, si quieren permanecer incomunicadas y “en sí” (ensimismadas) entonces, no permanecen sino que involucionan y mueren.

Asimismo, los Imperios también mueren por vaciamiento del sentido ético de la vida, pero -muy lamentablemente- entierran muchas vidas valiosas con su propia muerte.

Dialécticamente, hemos pasado a descubrir que las razones animadoras de nuestros periplos culturales no son autosuficientes. Hoy sólo tienen sentido nuestros esfuerzos de superación cuando están simpática y amorosamente comprometidos con los Otros.

Está claro que la herencia biológica causa la permanencia y la continuidad de un mismo tipo específico y familiar.

Por otro lado, la herencia cultural deriva en múltiples variaciones, que van revelando las posibilidades experienciales y creadoras de cada cultura.

Los trabajos de los hombres producen ese plus-producto que en parte será consumido y asimilado a la vida social. Otra parte será conservada. Se la conservará de acuerdo a las conductas selectivas del grupo que la manipula, y en

consonancia con su conciencia estimativa de los valores de aquellos productos, los que ya están transformados en bienes sociales.

Por lo tanto, cuando aparece la “capitalización” de los bienes, ya se está desplegando la memoria colectiva que extiende las dimensiones del tiempo y del espacio. Eso es lo que no hace ninguna especie animal con su medio ambiente real. La conciencia grupal se desarrolla hacia el pasado y hacia adelante, emprende la previsión y la aventura sobre el porvenir.

Dicho mundo cultural, de hábitos, costumbres, conservación de los bienes (sedimentación, acumulación, capitalización, etc.) y de planes y proyectos, es el que acoge a las nuevas generaciones.

La herencia cultural no se transmite por genes sino por bienes. Comienza a tallar sus paradigmas y sus prototipos sobre las criaturas, mediante la enseñanza natural e institucionalizada y por la educación. Finalmente, cualquiera de esas formas culturales (cultura familiar, de clase, comunitaria) se les ofrece (a la generación reciente) dispuestas a ser asumidas y continuadas por ella.

La generación joven será o simplemente repetidora, o innovadora, parcialmente parricida, recreadora o revolucionaria.

Resulta muy difícil dar una idea suficientemente precisa de lo que estamos considerando como la serie de las generaciones en la historia de las culturas. Pero se aceptará incluir a esta unidad colectiva que también se comporta como sujeto, agente productor y actor, en los distintos tiempos y épocas que hacen a las historias de los hombres. Diremos que son **generaciones integradas**.

Nos interesa destacar cómo los jóvenes que se integran en una generación bien caracterizada, personalizada, son los portadores de la tradición cultural y los críticos reconstructores de la herencia viva de cada cultura. Si sumamos el Nosotros generacional a los demás Nosotros estudiados anteriormente, estamos habilitados para extraer las siguientes conclusiones.

Hay unidades conscientes supraindividuales a través de las cuales se procesan los cambios en todos los niveles de la Vida cultural. Al observar los profundos cambios en los mecanismos de la infraestructura social, la sociología científica descubrió la presencia de las clases sociales. Además de esas estructuras de larga duración agregaremos la sucesión de estas unidades menores (por su tiempo y por su número) que son las generaciones integradas como agentes efectivos de los cambios.

Existen, pues: ciertas unidades encargadas de recepcionar el flujo de todos los bienes materiales y simbólicos de una cultura viva, para procesarlos y transformarlos en nuevas modalidades de una sociedad que, si bien es más “antigua”, también es más madura e igualmente, es más joven gracias a la creación de auténticos nuevos valores.

Filosofar sobre las culturas

Hallaremos a los hombres viviendo en su **comunidad primordial**, que siempre es una cultura orgánica a la que están relativamente integrados.

La Antropología comienza por las ciencias de la cultura, y la Filosofía que proponemos no pretende más que ser un filosofar respecto a las culturas, sus vidas, luchas, guerras y amores, conflictos y diálogos, **en pro** de construir armonías entre los hombres, concretamente, entre Nosotros...Otros.

Ya hemos visto cómo cada una de las personas, por más “individualista” que sea su ideología, está integrada a varias esferas de Nosotros. Observaremos el comportamiento de las colectividades y veremos que se comportan de manera semejante a las personas. Los grupos, las clases, los Nosotros que comparten las mismas esferas de acción conjunta, de comunicación recíproca, viven la dialéctica de: la necesaria autoconservación y de **la imprescindible apertura a la vida y al mundo de los otros**.

El esfuerzo dirigido a las comunicaciones más plenas, corre el riesgo de

agotarse entre los Nosotros más próximos, entre aquellos donde el acuerdo o el consenso está facilitado por el mismo lenguaje, los códigos y las escalas de valores. Así es cómo ciertas esferas culturales degeneran en el sectarismo, en el nacionalismo, en el fanatismo religioso, en el egocentrismo elitista o “del espíritu del pueblo”; hasta el extremo de involucrar hacia la guerra destructora y esterilizadora de las otras culturas, especialmente, de aquellas crecientes y creadoras.

Grande error, confundir las tendencias biológicas que reunimos bajo el nombre tradicional de “instinto de conservación”, con la ley, absolutamente diferente, del **desarrollo creciente de la vida cultural**.

Antes las culturas vivieron aisladas. Las especies evolucionan juntas.

Los encuentros con grupos desconocidos no pudieron más que ser guerras en las cuales unos canibalizaban a los otros. En el siglo XX todavía hay ejemplos.

Continúa habiendo múltiples maneras de esclavitud, servidumbre, explotación, dominación, discriminación, “apartheid”, represión, prepotencia, desprecio, desconocimiento activo, ignorancia, incomprensión y miseria espiritual. Pero hoy todas las culturas son dependientes las unas respecto de las otras. Si quisieran aislarse, no podrían, si pretendieran evitar la contaminación de “su biosfera” no podrían tampoco.

Las grandes civilizaciones co-existentes ya no pueden ignorar a las Otras.

Unas practican la “guerra santa”, la Guerra que siempre es muerte y destrucción, que no de ningún ideal más o menos discutible, sino de los hombres, destrucción y muerte que cortan el crecimiento de todos los valores de la Vida plena, que ciegan las fuentes creadoras de las culturas, que enneguecen las luces del entendimiento entre los hombres.

Otras extorsionan al resto de la Humanidad con el riesgo de aniquilamiento

mediante la tecnología de la muerte, para imponerle a los demás una cultura tecnocrática que sólo es buena para ellos.

En la selva enmarañada del mundo actual, los países “en vías de desarrollo” afluyen al desarrollo expansionista del Imperialismo, inevitablemente. Lo otro que deberíamos hacer, sería crecer como los árboles, juntos y hacia las alturas.

Las clases sociales ascendentes y las generaciones “integradas” constituyen los fundamentales factores emergentes en las transformaciones sociales. Representan a la vez el motor y la cabeza cibernética de una sociedad cultivada, porque son ambas (no se excluyen) conjuntamente, la intensificación cualitativa de las fuerzas del trabajo y la conciencia prospectiva de lo que hay que hacer, para renovar la Vida cultural. Para una cultura: “Renovarse es vivir”.

La concepción del mundo

Estamos en procura de una Concepción del Mundo. Sin ella se vive igual, es cierto, pero “Nosotros” constituimos ese grupo de hombres que gustan pensar mediante conceptos filosóficos y que culminan su vuelo de esta manera: 1º abarcando unas ideas por otras, 2º totalizando su buen saber y entender, y 3º abismados frente a tantos horizontes imposibles de alcanzar.

La información científica recibida y el diálogo con polémica, compartidos entre nosotros, van trazando una imagen cósmica. Poco a poco elucidamos el modelo abierto y dinámico (aunque también abstracto y teórico) del Mundo al que pertenecemos, en el cual participamos y al que debemos estar, de algún modo, destruyendo o reconstruyendo y creando, con nuestra presencia activa.

Paralelo al esfuerzo por captar -con la mayor objetividad- al Cosmos lejano y ajeno a nuestra humanidad, vamos definiendo -recíprocamente- los ideales, o dicho de otra manera: lo que queremos hacer realizando valores, con el sentido positivo de lo bueno o lo mejor para nosotros y los demás.

Habitamos un primer mundo reconocible entre aquellos otros posibles que decíamos eran ajenos y lejanos. Esa esfera cuyos límites tratamos de alcanzar con nuestros pensamientos, tanto en el hemisferio de la biosfera como en el hemisferio de la “logosfera”, esa será el área en la cual estableceremos un primer balance de los conceptos comunes y de las opiniones diferentes.

Cada sociedad se reconoce en esta imagen reflejada y reflectante de su propio quehacer histórico. Así como cada persona debe verse (lo más objetivamente posible) entre las reales personas que hacen su medio humano, así también conviene que lo haga cada sociedad para asumir su concepción del mundo vigente, entender qué ha de ser mañana mismo y decidir los proyectos de su porvenir.

Los pensadores contemporáneos han divulgado denominaciones tales como: Cosmovisión y Concepción del Mundo, de las que elegimos la segunda, en razón de que “visión” alude a un conocimiento pasivo o contemplativo, mientras que, muy por el contrario, ahora nos estamos refiriendo al despliegue abarcador del pensar humano, inmerso en ese Mundo del cual intenta formar una Idea o una constelación de Ideas.

Venimos de ver la manera por la cual nuestro pensamiento percibe un mundo ambiente del que va tejiendo su esbozo mediante imágenes e ideas. Esa Cosmovisión se construye por la acción refleja y -simultáneamente- por la acción proyectante, de nuestro pensar y actuar colectivo.

Resulta obvio hacer notar cómo la Idea reguladora de una Concepción del Mundo no cerrará nunca la imagen del conjunto que está componiendo. Cuando la lanzadera del pensamiento no teja más en esa inmensa red de relaciones y coberturas que representa una “cosmovisión” particular, ella perderá vigencia histórica y será sustituida por otra.

Cada una de ellas es la síntesis viva y teórica de la actividad de los hombres reunidos en ese todo que se concibe como Mundo o Universo compartido. Como se observa claramente, el agente real que trabaja en esa construcción y el

sujeto histórico de ese conocer mundano ha de ser siempre un Nosotros o varios Nosotros ideológicamente plurales.

Las Concepciones del Mundo desplegadas en las Civilizaciones y en las Culturas humanas, son totalizaciones abarcadoras que contienen sistemas de ideas y constelaciones ideológicas menores.

Las ciencias de la cultura indagan en cada grupo humano, en cada sociedad y en las civilizaciones, la estructura total de sus Vidas históricas. Esa complejidad orgánica de todos los elementos culturales que enumeraríamos así: las técnicas, las prácticas habituales, los modos de sentir, las costumbres, los principios racionales, las hipótesis, los juicios de valor y -finalmente- las conductas creadoras, todo ello traducido más o menos explícitamente en términos conceptuales, constituye lo que hemos preferido llamar “concepción del mundo”.

Estas concepciones son, entonces, el producto racional y conceptualizado **de y por** las mismas culturas vivas que **se reencuentran** en ellas, reflejadas en lo que han vivido y proyectadas hacia mejores horizontes.

La motivación del reencuentro entre los uruguayos merece que realicemos la vasta tarea de cuestionarnos radicalmente sobre lo que pasó y prometimos que “nunca más”, y asimismo, que decidamos con el mayor rigor crítico: cuál es nuestra Concepción del mundo; nuestras ideologías, nuestros proyectos, y para qué estamos haciendo lo que hacemos.

Analicemos pues a la Cultura uruguaya.

Las realidades

Antes de tratar de comprender una cultura particular, es mejor que comencemos por discernir a las realidades culturales entre las otras.

Veamos a las realidades en general y a las Realidades Últimas, en primer término.

Por más que estemos interesados en filosofar sobre las culturas y la antropología, lo mismo tendremos que partir de una previa caracterización de las realidades múltiples, dentro de las cuales los hombres son una minúscula variedad **cuya diferencia específica consiste en poseer intenciones**. Es decir: conciencia intencional y conductas intencionadas, movimientos de causas y efectos naturales, pero que además producen bienes culturales.

Yo he observado que, aún en los campos especializados de estudio, los investigadores tienen la necesidad de tomar distancia respecto a su dominio y ubicarse de alguna manera ante las omnipresentes categorías de lo real, determinando la posición que les quepa a sus objetos con referencia a ellas. Cuando esa toma de posición está ausente, los métodos y los puntos de vista de los científicos giran descentrados, su terminología pierde precisión y caen en ambigüedades extracientíficas o en la presunción de omnisciencia, en razón de que no advierten la parcelación del conocimiento y no sufren la presión de las otras ciencias (Así es que todavía hoy podemos oír que la Psicología subsume a todas las ciencias humanas).

Comencemos por las “Últimas” realidades, entendiendo por ellas a las capas de la realidad, tan alejadas del tiempo de los hombres y tan distantes en el espacio, que merecerían ser consideradas sin mácula de espíritu o de voluntades o de humanas intenciones.

Las profundidades impenetrables de la naturaleza sin cultivos, prístinas y silvestres, Caos-Cosmos sin humanos. La dimensión inagotable de las potencias materiales o -si se prefiere- las densidades ontológicas (“en sí”) eternamente ajenas a todo y más allá, mucho más allá del alcance de todos los sentidos.

Nunca se puede comprender un polo sin el opuesto. Por su contradictorio digámoslo así: la otra cara oscura e inefable, con respecto a los seres pensantes, las realidades últimas versus los pensamientos.

Si retornamos a considerar las realidades abisales, profundas, sin fondo, ni nombres ni definiciones, comprenderemos que ellas no han sido iluminadas por

ninguna energía pensante, por ninguna luz del entendimiento, y por ello se acostumbra a decir que son “inefables”. No obstante, parece que con esta adjetivación nos estuviéramos refiriendo a ellas mediante algún conocimiento adquirido, y esto nos plantea una flagrante contradicción.

Precisamente, en la dimensión según la cual ellas son la otra cara de nuestros horizontes, de los huidizos límites de la expansión racional del pensar humano, están a tal lejanía que no podemos siquiera calificarlas de “inefables”. Salvo que al aceptar dicho adjetivo subrayemos la extrema debilidad de su significación y la relatividad lingüística de esa palabra.

En los lenguajes existen siempre varias palabras indicadoras de sus propios límites semánticos y pragmáticos. Se advierte que este es el caso de la palabra “inefable”, la cual solamente vale para nosotros pero no tiene nada que ver ni que la vincule con aquellas realidades de más allá, ajenas a todo verbo y a cualquier inspección de los espíritus lógicos.

Invirtiendo los términos diríamos que partiendo de los pensamientos inefables no se llegará a ningún lado; mientras que -sin embargo- todos los pensamientos intencionales deben dar por admitido que existen las realidades y las áreas desconocidas de las realidades, puesto que en caso contrario no tendría sentido la búsqueda de los conocimientos científicos.

La suposición básica de cualquier esfuerzo pensante que no se agote en pensarse a sí mismo, ha de ser la hipótesis realista que podríamos enunciar de este modo: hay presencias reales y potencias actuales, actuantes y creadoras de nuevos efectos posibles.

Es que el pensamiento mismo no podría justificar su propia existencia, no podría cumplir su virtud intencional, su intencionalidad, sin suponer, sin presuponer que: hay realidades no pensantes y desconocidas y aún impensadas.

Para los hombres que van desarrollando las exploraciones de las ciencias no puede haber otra orientación que esa búsqueda de lo desconocido, la cual no se

detiene ante ninguna leyenda: lo “Incognoscible”.

El desarrollo anterior consistió justamente en reubicar la correcta relación entre los dos polos: las Realidades y los Pensamientos.

El entendimiento post-crítico ya aprendió a no confundir sus propios límites pensantes (sus “incognoscibles e imposibles”, sus ignorancias y sus fracasos) con ningún tipo de seres o de propiedades ocultas. Nosotros ya hemos aprendido cómo lo inefable no es un ser sino un término (y relativamente terminal) de nuestras lenguas, de los sonidos, signos, significaciones y expresiones, que sólo valen para nosotros en tanto somos seres parlantes. Claro está que mediante el lenguaje expresamos los pensamientos que se refieren a las realidades y también los que se refieren a las irrealidades. Por eso mismo, se comprende que haya términos desvinculados de cualquier tipo de realidades, pero que invitan a incurrir en las falsas trascendentalizaciones de la metafísica tradicional.

Creemos que hay que evitar la alucinación de la “cosa en sí” como bien lo enseña Immanuel Kant cuando resolvió el conflicto de la Metafísica con las ciencias y con la fe; creemos en el progreso del criticismo, que ha superado ese afán desesperado por conocer las cosas sin hacer ninguna experiencia, ese afán por ontologizar las sombras de ausencias.

Sería inútil pretender una definición que encerrara en la clasificación, a ese punto de vista arriba planteado. Si lo denomináramos “idealismo trascendental” no podríamos dejar de recordar que era sinónimo de “realismo empírico”. Es suficiente sostener que consiste en una posición filosófica referente a la realidad o a las realidades y por ello no cabe asombrarse de que sea, en términos generales, realista.

Nosotros proponemos que recortemos áreas conceptuales dentro de las cuales podamos reencontrar puntos de acuerdo entre las posiciones filosóficas que procuran esbozar una Concepción del Hombre y del Mundo. La primera ganancia para los participantes resultaría del impedir que nuestro trabajo vuelva siempre al principio, como un legendario tejido de Penélope. Si estamos discutiendo,

ha de ser porque no conservamos las distancias paralelas, sino porque conflui-
mos hacia zonas de nuestros cuestionamientos, a la vez: comunes, opuestos y
solidarios, hacia los mismos horizontes, quiérase o no.

Es cierto que respecto a esos horizontes comunes nos hemos formado y, tal
vez, nos sigamos formando ideas diferentes. Por ejemplo: para el conocimiento
científico tales horizontes son los límites de penumbras donde comienzan las
realidades todavía no analizadas, y aún desconocidas; para la reflexión
epistemológica esas penumbras sugieren la posibilidad de nuevas penetraciones
críticas; y para la fe de los hombres que no se contenten con el conocimiento de
las ciencias y la filosofía científica, entonces, esas lejanías serán ocasión de
vivencias místicas, de nuevos vínculos y de trascendencias.

Las diferencias entre las personas, por sus opiniones, por sus particularismos
ideológicos y por singularidades (los principios de cada uno y las conclusiones
de cada uno) intransferibles, hacen que las perspectivas morales de los hombres
sean tan plurales e infinitas como ellos mismos.

Lo anterior no obsta a que nos empeñemos en dibujar de común acuerdo
aquellos círculos de cuestiones para el diálogo y la discusión, donde quepa
discriminar las discrepancias y construir las concordancias de valor
suprasubjetivo, suprapersonal y objetivo.

Por modo de ilustración: Una de las tantas veces que hemos dialogado con
creyentes católicos, compañeros nuestros, sobre los límites de las realidades y
las trascendencias. Luego del despliegue de las consideraciones que los lectores
se puedan imaginar, llegamos a acordar y a admitir que en cualquier sistema de
conocimientos científicos se habrá de hallar “puntos ciegos”, zonas de no-cono-
cimiento. A partir de allí, unos y otros fuimos desarrollando nuestras propias
interpretaciones divergentes. Finalmente, descubrimos que entre tantos desvíos
había un nuevo punto de acuerdo, y de reencuentro, que se daba en un ideal
común: la salvación es solidaria y no meramente individual.

Hay límites primerísimos o últimos, de estricta incumbencia personal; aparte

de ellos, hay aproximaciones del saber de los hombres respecto a las realidades que comparten y al “deber ser” de su convivencia, que son la problemática común, la cual sólo puede ser resuelta entre todos.

Invitamos a ir recortando “La concepción del mundo” en la que nos reconocamos reflejados y la teoría de las Realidades naturales y culturales en la que nos reencontremos como agentes cultivadores de la naturaleza y agentes prácticos de nuestro “saber-hacer” moral, político y social.

Teoría de los sentidos reales

Las realidades naturales y las realidades culturales.

Estamos en condiciones de teorizar respecto a “todas las cosas que son”. Así lo habrían dicho los pre-socráticos.

Tenemos la ventaja, sobre ellos, de poder situarnos por encima del prejuicio idealista a causa del cual confundían mágicamente el nombre con la cosa nombrada o el verbo Ser con la plena Realidad (más tarde se constituyó el Realismo de las Ideas, especialmente de las ideas en “trascendentalizaciones matemáticas”, y este modelo platónico determinó durante siglos a los metafísicos, y hasta el pasado reciente se ha pretendido sustituir al mundo de las existencias reales, por las representaciones mentales).

Desde nuestros puntos de vista post-kantianos, podemos rendirle homenaje al viejo Anaximandro. Permítasenos, con humildad, hacer un paralelo entre aquellas realidades arcaicas e “*in limite*”, de las cuales venimos de hacer referencias generales (sin encasillarnos en posiciones doctrinarias) y aquella envolvente matriz caótica, indefinida e “infinita” a la cual el filósofo griego denominó “lo Apeiron”. Son de alguna manera lo mismo, aunque el contexto polémico al cual corresponden cada una de estas ideas sea completamente distinto.

Aspiramos a esbozar el proceso genético del Cosmos a partir del Caos, y confiamos en progresar críticamente superando los falsos problemas teóricos

que los pensadores decimonónicos levantaron ante la elaboración de la Cosmología y la Antropología filosófico-científicas.

Hemos partido desde las realidades carentes de cualidades y venimos hacia la esfera donde nacen los sentidos reales, con todo su devenir cualitativo; donde surgen las realidades con sentido para nosotros los sentidores, cultivadores y conocedores humanos.

Son los sentidos naturales los que afectan la sensibilidad de los hombres, y, entre ambos, las impresiones naturales y las respuestas humanas naturales, hacen nacer los frutos conjuntos: los nuevos sentidos cultivados, los nuevos sentidos de naturaleza histórica.

Desde lo “Apeiron” surgían las diferencias cualitativas, en la Cosmología y Cosmogénesis de Anaximandro.

Nosotros hemos agregado la idea moderna de que esas diferencias, cuantitativas y cualitativas, se han engendrado mediante la laboriosidad de los hombres, trabajando sobre su medio ambiente y sobre sí mismos.

En un principio, las realidades todas, no eran ni idénticas ni diferentes, ni continuas ni discontinuas, ni secas ni frías o húmedas o calientes, ni eran las “maderas” ni las materias, ni los soplos ni los espíritus. Mas los trabajos de los hombres las fragmentaron y las dividieron, multiplicándolas...y los trabajos continuaron provocando profundas transformaciones en esas realidades naturales y humanas.

Luego, los griegos comenzaron a describirlas con el nuevo Logos filosófico y concibieron (especulativamente) cantidad de parejas opuestas, múltiples dualidades; por ejemplo, recordemos una de tales antinomias: lo lleno y lo vacío; y dialogaron y discutieron brillantemente sobre la continuidad (concepto de la geometría) y la discontinuidad (concepto de la aritmética) también, sobre lo par y lo impar, lo uno...el número cuadrado y el cuadrado sin raíz numérica.

Sabemos bien -en la actualidad- que estas diferenciaciones e identificaciones, analíticas y dialécticas, mediante las cuales encontramos un Mundo recordado en cosas, seres y procesos fenoménicos, son el aporte de la laboriosidad empírica y racional, ejercida por la especie humana.

Únicamente, por las modalidades en las que se ha dado su explotación y su exploración, es que: del infinito “mundo caótico” original ha resultado hecho, confeccionado, el Cosmos. Y este mismo ratifica ser un Cosmos de hechos, de seres, de actos y de personas, pensado y legislado progresivamente, por y para los hombres. Así de simple: hay que asumirlo o dejarlo.

Por mi parte, entiendo que hay que asumirlo con la conciencia fraterna de un Nosotros que no tiene límites sino amplios horizontes, en su afán de interpretar el mundo y transformarlo; y también dejarlo a los Otros, porque es infinito y ajeno y escapa a nuestras manos.

Proponemos clasificar los sentidos-cualidades (que son los componentes de todo lo real) de la siguiente forma: 1) los sentidos sustantivados, estructurados y consistentes; 2) los de movimientos rápidos, transitorios y evanescentes; 3) las relaciones causales (causa-efecto o cualesquiera de ese tipo) y las funciones racionales (razón-consecuente). Necesariamente hemos de suponer que tales elementos se encuentran entre las cosas y son: **reales y objetivos**.

Las realidades son constelaciones de tales elementos, o manojos de cualidades y sentidos; y...en marcha.

El devenir se despliega en ellas y en ellos, tejiendo los tiempos y los espacios, que se llenan de cosas, porque todas las realidades son concreciones tempoespaciales.

Aunque estemos familiarizados con sólo una parte de estas relaciones cualitativas y con estos sentidos interrelacionados, dado que en ocasión de nuestras experiencias ellos se transforman en objetos para nuestras abstracciones pensantes, igualmente hemos de admitir los otros infinitos integrantes del mundo

que son los sentidos-cualidades que se nos escapan. Ni siquiera tenemos razones que nos obliguen a negar aquél memorable fondo de lo que no tiene sentido, y todo lo que esté más allá de la interpretación razonable.

Todo es acción e interacción de sentidos cualitativos y cuantitativos.

No tenemos que suponer a estas “*quale*” a la manera de los idealistas; no hemos de reducirlas a cualidades secundarias ni a cualidades primarias, no hay por qué discriminarlas en accidentales y esenciales o despreciarlas presuponiendo que son apariencias sin sustancialidad.

La inmensidad de los fenómenos naturales, sumados a los procesos fácticos culturales (los que también son fenoménicos) corresponde a la totalidad de las realidades, lo que en un esquema sencillo formulamos así: cada acontecer va siendo sucesivos desarrollos y enrollos, de sus diversas cualidades y sentidos tempo-espaciales.

Asumiremos la elección de un modelo teórico de cosmovisión. Si bien ha de estar inspirado en el estado actual del conocimiento científico, consistirá en un conjunto de hipótesis, lo más simples posibles, y aptas para orientar las decisiones de la Filosofía práctica. Al fin y al cabo, no aspiramos a ser individuos sabios, no podríamos, pero sí aspiramos a ser personas simplemente buenas.

La simple sensatez no nos permite admitir que pueda concebirse entes que carezcan de movilidad, de potencia, de energía, etc. Cuando pensamos en aquellas cosas reales (“res”) y seres (“entes”) y queremos expresar sus aspectos relativamente estáticos e idénticos conjuntamente a los cambiantes y dinámicos, nos alcanza con la dupla verbal que pulió Spinoza en el s. XVII: *Natura-naturata* y *natura-naturante*. Esa es la temprana idea de la naturaleza agente.

Esa brillante anticipación fue complementada con esta otra gran evidencia, por la biología del s. XIX: **La vida proteica ha evolucionado.**

Hoy en día la bioquímica es capaz de leer los códigos genéticos e intervenir

en las cadenas de las reproducciones vivas.

Si en los campos vivos de la naturaleza “*naturante*”, los organismos desarrollan órdenes cada vez más complejos e integrados, en medios antagónicos, azarosos y mutantes, y se dan los cambios imprevisibles que solamente permiten la medición estadística, esto representa la permanencia del Caos.

Sobre el fango inestable de los “campos físico-químicos”, de las ondas y las partículas que cambian de órbita y que alteran las estructuras en las cuales se mueven, se han establecido los seres vivos.

Hemos llegado a desentrañar con bastante aproximación cómo las realidades cósmicas han engendrado la vida en el planeta Tierra.

Los animales han evolucionado por los homínidos hasta llegar a constituirse en “*faber y sapiens*”. De regreso, los “*faber y sapiens*” han proyectado la luz y las luces de sus ideas y de sus pensamientos prácticos, hacia las realidades aún no humanizadas.

La gran proeza histórica reside en el progresivo dominio técnico y teórico, logrados por la humanidad sobre una parcela del Universo, ésta mínima región de la naturaleza que la dió a luz.

Tras una profunda reflexión sobre cómo ha ido creciendo esa segunda naturaleza cultivada por ellos mismos, los hombres van comprendiendo cuál es la parte relativa a sus trabajos, cuál es la correspondiente a sus planificaciones racionales, y cuánto les falta aún para llegar a ser dueños y rectores de la naturaleza toda.

Ese es el circuito de las fuerzas naturales y de las energías corpóreas y mentales, que están levantando el mundo social e histórico, encima de la tierra silvestre.

Desde hace unos tres millones de años, la evolución fue dando lugar a la aparición del género *Homo*.

Estos recién llegados progresaron y se distinguieron por conservar y hacer el fuego; asimismo, por hacer los utensilios (medios de subsistencia que se hacen útiles cuando se los conserva con alguna previsión de su uso posterior).

Todas esas conductas se revelaron como un **salto sobre la inmediatez**, salto por sobre las condiciones inmediatas del espacio y del tiempo.

El mundo humano comenzó a ser un tejido complejo de mediaciones de todas las formas y calibres.

Somos seres inaptos para sobrevivir y perdurar en nuestra naturaleza animal.

Somos seres animados y altamente desarrollados, provenimos de la historia natural de las especies, derivamos de las fuerzas genéticas de nuestra especie y somos los agentes vivos de su reproducción y de sus transformaciones progresivas.

Las fuerzas naturales del medio ecológico y las fuerzas animales de los hombres, con su variabilidad adaptativa y su ductilidad creadora, van generando nuevas modalidades en las tendencias humanas.

Esto acontece con la actividad instintiva. Por más que en los hombres siga estando sujeta al determinismo de la herencia biológica y a las condiciones somáticas inmediatas, ello no obsta para que los efectos de la vida instintiva, junto con sus repercusiones afectivas, se vayan complicando cada vez más mezclándose con los aportes de la vida civilizada.

De manera que nuestras actividades no puedan ser nunca reducidas a simples mecanismos ni a meros tropismos vegetativos, porque son siempre y en todos sus aspectos: **conductas de seres sociales** (más que gregarios) y **que continúan socializándose**.

Toda la vida de los hombres está signada por los sentidos naturales más los sentidos culturales. Ambas series de sentidos, organizadas en estructuraciones sintetizadoras de lo heredado, tanto por ley biológica como por herencia cultural, componen la Vida laboral-cultural, única. Nuestra vida de trabajo es -en cualesquiera de sus niveles- permanente síntesis de materias y de formas.

Nuestros comportamientos **pragmáticos** reproducen los medios de vida, producen medios de producción y mercancías; nuestros comportamientos **prácticos** sintetizan actos valiosos y objetos valiosos, los cuales son estimados socialmente como bienes.

Nuestros conocimientos **teóricos** también son síntesis: esquematismos, experiencias, descripción, explicación y “comprensión”, de las interacciones de los sujetos epistémicos humanos con los **campos reales**, sometidos a la investigación experimental.

Los trabajos de las culturas de subsistencia son productores de síntesis; y las elaboraciones de la cultura simbólica, también lo son. Filosofar, en lo referente a los trabajos de la comunidad, y a sus producciones teóricas y simbólicas, nos ha de llevar, lógicamente, a buscar la unidad de la cultura material con la cultura espiritual, y la síntesis de la Vida cultural y simbólicamente ideal (“simbólicamente ideal” significa que: en la cultura teórica y simbólica, se está mentando lo que pueda ser “objetos de pensamientos” que no se han realizado, objetivos del ideal, del “deber ser”, posibles pero inactuales).

Vemos, entonces, cómo el pensamiento filosófico está a la busca de sus síntesis. Las cuales serán siempre totalizaciones, mezclas de los fenómenos reales ya conocidos, de las ideas teóricas formadas a distancia de los acontecimientos, y de las prospectivas que los hombres prácticos (morales) proyectan en las decisiones sobre su futuro.

El complejo mundo entretejido por los procesos de las realidades naturales y las culturales, es el mundo de los Nosotros, los hombres.

Nosotros somos los seres pensantes y capaces de conciencia reflexiva, por lo que también soñamos, nos introspeccionamos y nos evadimos de ese mismo mundo real y complejo, del cual formamos parte ineluctablemente.

Las Meditaciones Metafísicas de Descartes han enseñado a la humanidad a reflexionar sobre las imágenes y las ideas que los hombres vivimos directamente, cuando soñamos. Su coetáneo Calderón de la Barca escribió “La vida es sueño”. En 1900, Freud formula por primera vez su teoría psicoanalítica en “La interpretación de los sueños”.

Resulta evidente que los hombres vivimos psíquicamente esta enorme dimensión de la subjetividad. Pero Nosotros no nos vamos a internar en ella, ahora.

La intención de los presentes estudios sobre las culturas, se dirige por la orientación opuesta a la de la subjetividad. Consideraremos siempre a los pensamientos (conscientes, pre-conscientes o inconscientes) en la **objetividad real de las culturas integrales**; no supuestas ni soñadas por Nosotros, sino culturas vividas y realizadas por hombres reales, con respecto a las cuales toma distancia el “sujeto epistemológico” cuando las estudia científicamente; con respecto a los cuales hombres, “Nosotros” mismos dejaremos toda subjetividad y nos pondremos en el punto de vista del “sujeto cualquiera”. Vale la pena hacer este esfuerzo por lograr la mayor aproximación posible a la objetividad científica, ya que las realidades culturales a conocer nos ayudarán en las decisiones sobre Nosotros, sobre las responsabilidades conscientes respecto a nuestro futuro.

Génesis de las estructuras significativas

Fue el trabajo humano el introductor de las destrucciones (desrealizaciones) las diversidades, diferencias y discontinuidades, y -similarmen- fueron los trabajos de los hombres los que condicionaron la emergencia de los pensamientos y de las **abstracciones irrealizantes**.

(Hemos dejado señalado, más arriba, el cruce de las orientaciones pensantes, las que pueden recorrer sin fin tanto la dimensión de la subjetividad como la dimensión de la objetividad).

Después de dividida la plenitud de lo real, parece haber sido una continuidad, pero eso es lo que suponemos por oposición con las fragmentaciones y las diferenciaciones que hemos ido introduciendo.

Las labores por las cuales se recorta, separa y abstrae, desde el continuo empírico-material, a los objetos de la vida cotidiana, producen efectos reales de dos tipos: Unos efectos relativamente inmediatos y otros, mediatos, esencialmente mediatos según se verá.

Estos últimos dichos efectos, o consecuencias o resultados, mediatos son los que nos interesan ahora porque se hallan distanciados y se destacan tardíamente respecto de aquellas acciones y sus inmediatos efectos.

Cuando los sucesos reales afectan la sensibilidad, la imaginación y el entendimiento de los hombres, estos responden produciendo objetos sintéticos, los cuales tendrán su sentido y su significación, en cuanto son productos culturales. **Los productos que poseen una significación para otros** hombres de cultura afín, **podemos llamarlos Signos.**

En los productos del trabajo social vamos a encontrar siempre estos aspectos: 1°. es posible considerar a la cosa natural o artificial, básicamente neutra, con la mínima significación de su existencia “dada”; 2°. se puede destacar su carácter de **estructura significativa**, es decir, con sentidos culturales impresos en la realidad, mediante los trabajos de los cultivadores humanos, sobre alguna materialidad natural; 3°. y puede recibirse un mensaje desde esas mismas estructuras significativas, lo que quiere decir que cualquier obra de las artes o de las industrias humanas **puede cumplir una función doblemente significativa: la función simbólica.**

Los hombres utilizamos aquellos resultados ni útiles ni inmediatos, aquellos

efectos secundarios desprendidos de nuestras conductas primarias, los que gustaríamos decir: “ecos” de nuestras acciones primitivas y elementales; los usamos como mediadores entre los comportamientos de unos y otros.

Brotan así las palabras, los pensamientos transmitidos por esas palabras, el Logo racional de los teóricos, los lenguajes articulados, la gramática, los mensajes escritos y los lenguajes simbólicos, ademanes, gestos, mímicas e imágenes en general, los sistemas de símbolos que hacen la otra faz imprescindible de la Vida social, esto es: **las comunicaciones** entre los hombres.

Si permaneciéramos en el primer punto de vista, estaríamos en un realismo ingenuo y pre-científico. En los dos siguientes numerales, por supuesto que se exige examinar las funciones de comunicación inteligente entre los hombres, el conocimiento en todas sus formas: significantes y simbólicas.

Utilizaremos la imagen que en el mencionado siglo XVII servía para la discusión entre dos sabios de la misma cultura: Descartes y Gassendi. Respondía el primero de esta manera a las “Objeciones” del segundo:

“Pero os pregunto, de pasada, por cuál argumento vos podéis probar que ‘nada actúa sobre sí mismo’... Vos probáis esto por el ejemplo...del ojo que no se puede ver a sí mismo, de no ser en un espejo, a lo que es muy fácil responder que no es de ninguna manera el ojo el que se ve, ni el espejo, sino más bien el espíritu, el cual conoce al espejo, al ojo y a sí mismo”.

Aprovechemos de la riqueza sugerente en cuanto a los niveles de realidad y de sus interconexiones, en esta imagen tan adecuada para la meditación.

El ojo aparente (cosa sensible) el ojo fisiológico (recientemente estudiado por la medicina) el espejo material (mejor conocido por el artesano constructor y el científico que estudió la Dióptrica) el espejo sensible y visible (tan incapaz de conocer como el ojo) y el espíritu que es el único que efectúa las **funciones de conocimiento**, entre todos esos objetos y uno de los cuales es el espíritu mismo. Espíritu que cumple las funciones de las luces que transitan entre los

dos polos objetivos, reflejando las imágenes visibles de los objetos-cosas, y energías lumínicas que comunican los signos de las estructuras más profundas de lo real (físicas y biológicas). Hoy diríamos, energías que son las transportadoras significativas de mensajes informativos para la inteligencia de los hombres.

Si ahora transcribiéramos esos elementos en una descripción más desarrollada y genética, diríamos así: los hombres artesanos y científicos, atentos a lo que hacían y a lo que se daba fenoménicamente en los campos de su percepción e intelección, pasaron del reflejo natural (por ejemplo, de sus ojos en las quietas aguas de los lagos) a construir sus artificios, mediante los cuales ampliaron su saber y a los que también les pusieron nombres y los “cosificaron” (como por ejemplo, sus espejos y sus ojos).

Modelaron sus piedras, sus metales, sus vidrios y sus cristales; por reflejo mediato también modelaron sus manos, sus ojos y sus pensamientos.

En verdad, ahora estamos analizando una serie de marchas del espíritu, de cursos de los pensamientos que en la historia brotaron como chispas luminosas desde la fragua de los trabajos ordinarios.

En estas nuevas estructuras de relaciones (significativas y pensadas) aparecen los vacíos, las distancias temporales y espaciales, y saltan los eslabones de lo que antes parecía ser una cadena continua, plegada sobre sí misma y sin fin; la cadena forzosa del imperio de las cosas.

Emergen entonces las discontinuidades en medio de los determinismos naturales, y se construye el mundo de los objetos conocidos y de las acciones premeditadas por los sujetos hacedores de la síntesis. Es el mundo del espíritu objetivo, el de nuestra realidad **cultivada y cultivante**.

Síntesis sobre las realidades

Las realidades serían algo así como: estructuras micro y macroscópicas,

configuraciones de acciones y reacciones entre sentidos que se vinculan y se desvinculan.

Tendremos que admitir que entre “las cosas” reales se hallan los parámetros, las relaciones, las dimensiones que dan lugar a la presencia de las continuidades y discontinuidades, las cuales serán medidas posteriormente mediante las reglas que aplican los humanos.

Puesto que no podemos saber nada sobre si serán medidas las cosas por algún ojo extramundano.

La totalidad ilimitada y envolvente de los “sentidos-cualidades” es mucho más vasta que el conjunto de las cualidades sensibles y de los significados, humanamente perceptibles. Estos últimos son escasamente los que llegan a constituir el campo de las vivencias y de las experiencias posibles.

Las realidades no humanas, por su parte, nunca esperaron ni esperan, no dependieron ni dependerán del nacimiento histórico de los seres pensantes.

Ellas se dan tal cual, sin consultar a nadie.

Ya hemos descrito suficientemente a esas realidades, tal como hubieran sido sin introducir entre ellas la presencia viva y laboriosa de los hombres.

Un primer modelo de Concepción del mundo sería el siguiente: se supone a las realidades, en su totalización cósmica, como un gran campo pluridimensional y continuo, como una gran esfera latente, con el pulso de la energía, de la luz, del tiempo.

Sus procesos admiten ser observados, descritos, computados y explicados bajo el punto de vista determinista de las ciencias, sea con las relaciones de causa-efecto, sea mediante las funciones Cuánticas, sea por las relaciones fisiológicas-orgánicas.

Pero ese modelo monista es demasiado simple, y tendremos que complicarlo integrándolo con la irrupción del mundo cultural humano. En medio de esa homogeneidad tendremos que admitir la emergencia de discontinuidades, entre las sucesiones de los sentidos reales surgirán fracturas, saltos cualitativos, y heterogeneidades; en las cadenas deterministas de las cosas se romperán algunos eslabones y se construirán nuevas relaciones, gracias a la enérgica acción cultural de los hombres sobre la naturaleza.

En pocas palabras: las realidades son intrincadamente realidades naturales y culturales.

- Apuntes escritos en 1986 para su curso de Filosofía de las prácticas y las culturas históricas, en el Departamento de Filosofía de la Práctica, Instituto de Filosofía de la Facultad de Humanidades y Ciencias, Universidad de la República.

LAS ROCAS DEL POLONIO•

Estaba yo desocupado (contra mi voluntad, obviamente) durante el verano y en la zona más desértica de la costa oceánica, filosofando sin obligación, por pensar nomás.

La desacostumbrada fuerza de esa estación seca, el mar, las piedras y las arenas, los médanos y el sol agobiantes, eran las realidades directas con las cuales convivía.

Pensaba que era necesario retomar las posiciones Realistas del pensar filosófico y aclarar las confusiones de nuestra cultura ideológica, tan confundida con las palabras invertidas en cualquier sentido, y las ideas refractadas e irreconocibles (por ejemplo, “las revoluciones” invocadas por todas las partes cuando no había ninguna, las calificaciones de los ciudadanos de la república y “los bien nacidos”, con los se ha dado algo parecido, y ya en lo grotesco: decir “los presos del Penal de Libertad”, y aclarar oficialmente que los cadáveres aparecidos en la costa eran irreconocibles, que parecían ser “orientales”).

Entendía que la situación contemplativa arriesgaba a que mi pensamiento se hiciera horriblemente metafísico. Por lo tanto, intenté transcribir con metáforas y no mediante los conceptos del discurso filosófico, cuál era la Realidad de las cosas naturales, de la vida y la existencia conscientes, dentro de los condicionamientos de esa mayor naturalidad posible.

Nosotros decimos “En realidad...” implicando (a la vez) a: por un lado, las Realidades, y por el otro, las verdades; presuponemos de tal manera, por el paralogismo de confusión, que las verdades van de la mano con las realidades, y caemos en uno de los fatales prejuicios del idealismo metafísico pre-kantiano. Doblemente, caeríamos también en el ontologismo de todos los valores, incluyendo sin crítica a la verdad del conocimiento (metafísico y no científico) junto a los valores prácticos, morales, los estéticos, jurídicos, económicos y los demás que quiera nombrarse.

En síntesis, no significa lo mismo: “en realidad...” y “en verdad... Tampoco valen lo mismo.

Por ello, y por todo lo anterior, desarrollaremos una Concepción del Mundo y una Teoría de las Realidades, a continuación.

Quedó presentado el universo de la vida. Grande mundo desconocido, aunque en parte, él mismo, conocido por nosotros hombres “*sapiens*”.

Son dos hemisferios que se han presentado, que nos han sido dados, algo así como para envolvernos en esa nuestra existencia arrojada.

En el seno de la cálida vida y de nuestra existencia, se va haciendo presente el resto del universo, del cual nos seguimos percatando, poco a poco.

Se ha dicho irrefutablemente que: “la realidad es tal cual es”. Pero si las cosas y los seres son tal cual, fueran como fueran, y nada más, entonces... los problemas, los cuestionamientos y propuestas de solución renovadora en nada avanzarían.

¿Para qué serviría pensar, tratando de ir más allá de lenguajes personales y de las interesadas opiniones particulares?

Por el contrario, no resuelven nada los apaciguamientos teóricos, sino que son los fracasos reales los que nos destruyen, los errores insalvables y los defectos irrecuperables con los que nos perdemos y nos suicidamos sin querer, esos son los motivos que nos duelen y nos desvelan, y por ello nos obligan a pensar los verdaderos conflictos que debemos resolver, prácticamente.

Mientras el pensamiento se ocupe de lo que es “en sí mismo”, y prescindiera de todo el resto que le es ajeno, y de los “Otros” que pudieran desconocerle o descubrirle, entonces tal ser para sí no importa absolutamente nada. Ningún ser ensimismado podrá tener cabida en la inquietud por nuestra humana historia. Seguramente no seremos siempre idénticos, ni perduraremos tanto como las

rocas. En el mejor de los casos, seguiremos cabalgando sobre las cruces del tiempo -aunque no siempre- y sin alcanzar la luz definitivamente.

Al igual que todas las cosas pasaremos cada uno con su sombra.

Gracias a aquellos que han vivido y han sido para otros, podemos confiar en que el Nosotros es colectivo aunque nuestras sombras sean individuales. Ningún actor o agonista de la comedia humana llega a ser expectable, si solamente rumia su caprichoso monólogo. Aquí nadie es nada, sin el amor con los Nos y los Otros, además de aquellos.

* * *

“En realidad...”

La roca dura e impenetrable. Esta que yace bajos las olas sucesivas, regulares y cambiantes, masajes sobre el lomo liso y brillante y huidizo, de la larga lengua de piedra. O aquella otra, levantando su perfil marino que la sintetiza, mediante el pardo alisamiento y el cuerpo fusiforme, con los lobos, sus vecinos de las tardes de sol.

Cada roca abraza su propio vientre fuertemente, extremidades a su alrededor, cual estáticos contorsionistas.

Hace milenios que vienen arreciendo sus cortezas, el paso de los soles rajantes y los embates de la marejada, para quedar aisladas, densas e impenetrables, y ensimismadas como nadie.

Desde el principio es la luz la que ilumina las sombras y las luces. Las sombras se resisten, se esconden tras las cosas, disfrazan con su niebla a los objetos, se aglomeran, ruedan, se revuelcan en multitudes que llenan todos los vacíos y agujeros, montan unas a otras y reproducen la noche sin estrellas.

Se suicidan en el remolino sin fin de sus capas de luto negro, y sólo resta -a

lo último- la profundidad muda y sin sentido.

Pacientemente la luz camina y apura a las luces que van descubriendo los resplandores del mundo y sus cosas. Estilete insidioso y revelador... de las burbujas... y las espumas con arco iris... radiante energía raída.

Seres y cosas aparecen y desaparecen dejando atrás su estela. El reflejo que nos devuelven fugazmente, en el tránsito de sus aconteceres, roza nuestra piel y nos informa.

Luego los miramos perderse lejos.

Poco a poco nos hemos ido percatando de sus presencias y ausencias. Más tarde nos percatamos de nuestras... o de nuestra existencia; nuestras huellas por delante si nos detenemos y retrocedemos al andar, a más de la persecución por toda la vida, de nuestras sombras implacables detrás.

Los hombres nos hallamos transitando en el Universo.

Estamos “arrojados”se ha dicho; pues bien, digamos que sí pero arrojados (sin suponer desde dónde) en un Mundo emergente que se levanta y nos empuja en alguna pequeña ola de su océano; integramos ese mundo proteico y lo vivimos inmersos en esa onda de las energías directamente sentidas, aquí, en nuestro pequeño mundo.

Ambos universos conforman el anverso y el revés de las potencias que -en cruzadas direcciones- atraviesan continuamente las realidades, infinitamente grandes o pequeñas, nuestras y siderales, a la vez.

He ahí los seres humanos, esos minúsculos juncos pensantes, dijo Pascal.

Cósmicamente, no configuran nada más que puntos del anudamiento ondular de las energías naturales.

Humanamente, somos seres históricos, o más bien nos vamos haciendo seres sociales, somos los consumidores y procesadores de las potencias de algún arcano cercano.

Hemos presentado así la polifacética unidad de todo lo real. Un Universo que se extiende mucho más allá de lo que la especie ha logrado vivir empíricamente. No hay comparación posible. Si bien, lo componen también nuestros cielos y nuestras lunas, e igualmente la otra cara de la luna y de las recónditas estrellas (que aún no podemos saber si tienen espaldas, o no) sin embargo, todo lo demás se nos escapa por detrás de la luz estelar, en la huída hacia la retaguardia de soles que, tal vez, ya no sean nada.

Lo que es Cosmos aún no hollado por los hombres ni sus sondas interesaciales, espacios sin navegar, lejanías sin miradas, pulpa sin morder, pieles sin palpar, pura materia virgen.

Además de la materia, la Vida...

Vivimos la vida vegetativa y sensible, las funciones anímicas básicas, inmediatamente vividas, padecidas y sentidas. Digámoslo de manera más ilustrativa: vivimos en y sobre este buen metabolismo y esta eurritmia cardiaca, inadvertidos. (Tan inadvertidos que más tarde descubrí un movimiento sincopado en lo que yo sentía eurrítmico). Metabolismo y “reloj” de nuestro cuerpo, a los cuales no observamos directamente pero que son los entusiastas sostenedores de nuestro despertar al mundo, en cada amanecer, y también en nuestras vigiliass.

Sentimos, como es ahora el caso, esta blancura del papel sobre la cual vamos claveteando las letras, y siento esto otro que era un dolor al que ha sustituido un placer. Sentimos los espacios y los momentos del tiempo, donde fenoménicamente vamos existiendo.

Sensaciones y sentimientos, diversidades y contrastes de todos los sentidos; sucesión indistinguible -más que una sucesión es torrente- y sin embargo, multiplicidad cromática, claros-oscuros, despliegue de tonos y calidades, confusio-

nes de lo lejano y lo cercano, del antes o el después.

Es el caudal de las vivencias, de todas las experiencias, junto con sus arrastres y sus limos, y las levantadas olas que nos lanzan hacia adelante penetrando en lo que no es real aún, hacia lo porvenir.

Hemos invocado así a la vida que pasa, a lo inmediatamente vivido y a la experiencia sedimentada, en nosotros, los hombres.

Esas alusiones al pasado-presente donde se agolpa todo lo vivido, solamente mentaban la existencia concreta; la intención que presidía esas descripciones, era la de mostrar las existencias antes de todo análisis, haciendo caso omiso de todo esfuerzo del pensamiento reflexivo.

Acaso las existencias concretas no admitan los análisis y las explicaciones del pensamiento especulativo; de cualquier forma, nos habíamos propuesto señalar a las «materialidades cósmicas y a las vidas existentes» como si nadie las estuviera pensando reflexivamente. En razón de que la conciencia reflexiva y sus análisis críticos, comienzan por admitir que alguna supuesta realidad puede ser negada (o confirmada) y que lo que parecía ser real puede ser juzgado irreal y desrealizarse, entonces nos habíamos empeñado en **no revisar lo que pudiera no ser**, ni considerar lo que no existiera “En realidad...”

Hemos descrito únicamente la continuidad de lo “dado”, lo que está ahí, sin más, lo presentido, lo prejudicativo, lo anterior al acto de conocer y reconocer, lo que sería materia crítica para el conocimiento propiamente dicho, y que, si no alcanza a ser conocido, sigue siendo: las realidades materiales y la vida material, en realidad...

- El Prof. Mato fue destituido por el Gobierno Militar en junio de 1973. Esta reflexión probablemente fue escrita en el verano de 1974.

GÉNESIS HISTÓRICA DE LAS ESTRUCTURAS SIGNIFICATIVAS

Fue el trabajo humano el introductor de las destrucciones (desrealizaciones) diversidades, diferencias y discontinuidades, y -similarmente- de **las abstracciones irrealizantes**.

Después de dividida la plenitud de lo real parece haber sido una continuidad, pero eso es lo que suponemos por oposición con las fragmentaciones y las diferenciaciones que hemos ido introduciendo.

Las labores por las que se recorta, separa y abstrae, desde el continuo empírico-material, a los objetos de la vida cotidiana, producen efectos reales de dos tipos: unos inmediatos y otros mediatos; los últimos son los que nos interesa destacar ahora, porque se hallan distanciados respecto de esas acciones y de sus resultados directos.

Cuando los sucesos reales afectan la sensibilidad, la imaginación y el entendimiento de los hombres, estos responden produciendo objetos sintéticos, los cuales cumplirán la función, la doble función mediadora que se denomina: **función simbólica**.

Es la misma que ya habíamos insinuado cuando la “luz natural” transitaba entre los ojos y los espejos, y cuando el espíritu conocía a los objetos: ojo, espejo y espíritu.

La relación del conocimiento es indudablemente una de estas típicas estructuras de intercambios reflejados y reflectantes.

El **pensamiento reflexivo**, altamente desarrollado en el saber filosófico y en el conocimiento científico, superpone unas estructuras cognoscentes a otras (que provisoriamente cumplen la función de los contenidos y se prestan a ser

formalmente analizadas y sintetizadas por las nuevas estructuraciones reflexivas).

De la manera antedicha, se utilizan los resultados no-inmediatos ni útiles, los efectos secundarios desprendidos de las conductas primarias, gustaríamos decir: “los ecos” de nuestras acciones primitivas y elementales, para establecer las mediaciones simbólicas entre unos comportamientos y otros; naturalmente, las mediaciones simbólicas se tejen en jerarquías ascendentes, de lo material hacia lo espiritual.

Conviene mantener las clásicas distinciones de grado entre el pensar espontáneo y el pensamiento reflexivo, igual que la de conocimiento vulgar y conocimiento científico (siempre está implícito que la determinación del carácter “científico” supone que es un “reconocimiento”).

Estos paralelismos determinan que el conocimiento vulgar y sus lenguajes sean simbólicos (pero sin saberlo) mientras que el conocimiento crítico y reflexivo, el que compone verdaderamente las ciencias, es simbólico y en grados potenciados, porque sabe cuándo se refiere a los símbolos en su función significante y cuándo se refiere a los objetos significados.

Ilustremos la función simbólica, retomando el ejemplo anterior: el ojo visto va a representar al ojo anatómico y fisiológico, para el saber de la medicina; el espejo, reflejando las figuras en perspectiva, simboliza a los cuerpos físicos en su espacio real.

Ahora bien... la dificultad mayor llega cuando tomamos en consideración a la luz y a las luces. Si son las luces blancas que llenan el vacío entre el espejo y el ojo aparentes, ya sabemos que ellas no conocen nada aunque son vistas como las ondas ópticas que corresponden a las corrientes de energía solar, y en esa medida son sus representantes simbólicas.

Si entendemos que nos estábamos refiriendo a las mismísimas corrientes energéticas, ya sabemos que ellas no son “aparentes” a la visión; sin embargo,

estarán representadas por los reales efectos físicos que esas energías produzcan, a dos puntas, tanto en el ojo como en el espejo.

Se nos escapa el espíritu, que no es otra que **la función-conocer**.

Porque la función cognoscente no es una cosa ni ningún objeto; porque es la función generadora de nuevas relaciones entre las cosas que se van descubriendo y los objetos que se van construyendo en las síntesis, a la vez teóricas y prácticas, cultivadas por los cultivadores de cultura.

Concluimos consecuentemente (superando al dualismo cartesiano) en que el “espíritu” no se sostiene por sí mismo y no hay sustancia espiritual. La función-conocer es justamente una de las funciones “espirituales” y sólo se la reconoce en la impronta que conservan sus producciones, en la “marca de fábrica” de sus productos. El espíritu no cognoscible ni objetivable, pero sí, sus creaciones.

De ahí que Kant reinterpretara a Descartes distinguiendo el “Je suis” que alude a lo individual, del “Je pense” (podría decirse algo así como: **se Piensa**).

La función del “sujeto trascendental”, “quien teje la objetividad de las cosas”, de las cosas conocidas entre las cuales nunca será objeto la mismísima función generatriz, constituye una de las funciones de lo espiritual pero no es la única.

Preferimos hablar del **pensar en general**, abarcando al espíritu, al psiquismo, etc.

Los pensamientos más primarios acompañan directamente a la acción, y allí encontraremos las elecciones, selecciones y estimaciones de las metas y los valores, antes de cualquier forma de conciencia reflexiva. Por supuesto que la comunicación intergrupala de esos comportamientos también es una función primitiva y prerreflexiva del pensar.

En otro nivel, las funciones pensantes lógicas, lingüísticas, conscientes, re-

flexivamente conscientes y teóricas, aparecen algo así como si fueran nuestro “láser” dirigido hacia lo real, para irrealizar (abstraer) y crear irrealidades o ficciones, y hacer posible de esa manera lo que aún no existía: los mediadores simbólicos, los **símbolos**.

Deducimos de los análisis precedentes que las conductas integradoras y sintetizadoras de los humanos están acompañadas siempre por las funciones pensantes. Estas últimas van eliminando presencias, desrealizando y abstrayendo (ya que se ignoran a sí mismas y no aparecen en el contexto de los objetos significados). Van -recíprocamente- estableciendo nuevas relaciones entre los sentidos ya aprehendidos y mediaciones simbólicas entre las conductas y las cosas.

La actividad del pensamiento, en la infancia de la humanidad, debe ser definida por nosotros, como el manipuleo de los sentidos.

Estas manipulaciones tienen como efecto producir nuevos comportamientos, conductas originales, que a su vez implican nuevas manipulaciones, por lo que las actitudes dejan de ser inmediatamente conductas innatas y pasan a tener la calidad de ser exclusivamente las adquisiciones del grupo, sus hábitos colectivos y sus costumbres.

Las operaciones de la caza y de la recolección, los cultivos y los cultos, conservan y reproducen la base de la vida natural, por un lado, y reaccionan sobre los reflejos de la vida animal e instintiva, para elaborar la segunda naturaleza que se llama: la Vida Cultural.

La distinción entre ese consenso, entre ese pensar pegado al hacer que se da en la primitiva conciencia colectiva, y las modalidades de pensamiento progresivamente más mediatizadas, simbólicas y reflexivas, se hará históricamente, a la par del distanciamiento entre las prácticas y las teorías.

Hemos afirmado que las funciones reflejas, complejas y a distancia son las que definen la especialidad de los hombres. Poseen el defecto, por decirlo así,

de alejarlos de la cálida inmediatez de la vida animal, pero tienen la ventaja de elevarlos a los más variados “puntos de vista” (la divina ubicuidad del pensamiento reflexivo) es decir, a las perspectivas posibles para la lúcida consideración de sus vidas y de sus muertes.

Recién hemos dejado señalado el primer pasaje **desde lo inmediatamente vivido** hacia el pensar. Era el salto que provocan los trabajos de incisión con sus efectos destructores, y con sus polarizaciones en las cuales se desprenden - por un lado- los productos construidos por esos trabajos, mientras que por el otro lado, quedan los agentes productores, los sujetos que estuvieron tanto en la destrucción como en la construcción.

Decíamos que ese pensamiento espontáneo, umbral de las funciones conscientes, era un proto-logos que marchaba junto a la práctica.

Era el ascenso a un primer escalón con destino a nuevas inmersiones en el quehacer práctico, pero desde otros ángulos y perspectivas.

Obsérvese que al subir ese primer escalón nada se sabe aún respecto del cambio producido, es decir, no se tiene conciencia reflexiva propiamente dicha.

Por estas alturas es que los hombres primitivos elaboraron sus complejas mediaciones simbólicas y sus lenguajes comunes.

Detectemos otro escalón más, y ya llegaron a poder reflejar lo conocido por medio de teorías. Aquí podían hacer gala de su saber y de saber qué conocían y cómo lo conocían.

Hasta ascender finalmente al análisis filosófico del conocimiento teórico, elaborado por la humanidad histórica mediante su racionalidad especulativa.

Grande es la separación entre la existencia práctica y la reflexión sobre las construcciones teóricas.

La humanidad ha ido construyendo esa extensa escalera, escalón por escalón. A cada uno de los niveles donde se transformaba el instrumental tecnológico y teórico de los trabajos, le iban acompañando las modificaciones correlativas en la división del trabajo y de las clases.

Más adelante plantaremos la cuestión de las ideologías a partir de las raíces genéticas de los pensamientos tal como los hemos visto crecer aquí.

Todo lo que las creaciones artesanales y artísticas en general tienen de pre-reflexivo, podrá ser respetuosamente atendido por las teorizaciones estéticas, si se tiene en cuenta lo que ha sido la génesis histórica de las funciones simbólicas, que nacen de las prácticas y no de las teorías.

Hemos prescindido absolutamente de la idea de un pensamiento teórico y auto-reflexivo que se bastara a sí mismo. Rechazamos la concepción de un pensar que fuera pasivo, estancado entre su modelo y su imagen, sin potencia y sin intenciones; sin capacidad de síntesis, sin creatividad histórica y actual, en fin, sin vocación por regresar a la realidad para fecundar intencionadamente a la práctica.

Inversamente, rescatamos a los pensamientos pasando desde las operaciones mediante herramientas, por los lenguajes naturales y los lenguajes más formalizados que son los instrumentos de las teorizaciones, hasta el momento de las máximas abstracciones ideales, allí donde el pensar o se pierde en la utopía o retorna a la conducción de las acciones.

Cada acto está cumplido cuando se ha realizado su finalidad propia, sin lugar a dudas. Pero además de esa finalidad más o menos obvia, cada acto tiene ulterioridades, genera ecos, resonancias, fulguraciones y repercusiones variadas. Resumiremos a **dos series de estructuras significativas** (por lo menos) todas esas resultantes indirectas de nuestros actos premeditados. Interesa destacar el hecho de que una de las estructuras tiene los significados elegidos por las personas actuantes, mientras que las otras resultancias significativas podrán adquirir sentidos muy distintos a los que pensaban quienes estaban en la acción,

cuando lleguen a ser conocidas y estimadas por sujetos distantes y ajenos.

Tomaremos por esas extremidades a las expresiones artísticas, juzgando la teleología de la obra y los ecos secundarios que se den en el contexto social. Más complicado será el análisis de las ciencias históricas cuando tengan que atender a lo que los actores “dijeron”, sus propósitos manifiestos, los resultados más o menos logrados según sus intenciones, los efectos secundarios en el contexto contemporáneo a esos actores, y las finalidades con las que **Nosotros** queremos comprender el pasado para actuar hoy mismo. Más simple, una es la **crítica artística** y otra es la **historia total**.

Hemos de destacar también que los distanciamientos mayores a los que vamos acostumbrándonos durante la vida civilizada, son los que se dan en las grandes obras con propósito contemplativo. Son las que desean saltarse al máximo las condiciones de la acción, a fin de “ver” desde las perspectivas más amplias y lejanas.

Aún desde las alturas platónicas había que reintegrarse a la caverna.

En conclusión: el trabajo recorta, separa, abstrae, simboliza, nombra, califica y clasifica, numera, establece proporciones y mide, racionaliza expansivamente nuestro “hábitat”.

La naturaleza va dejando de ser arisca y salvaje, cediendo y accediendo a la penetración humanizante.

La acción cultivadora de los grupos históricos ha ido polarizando y sintetizando (simultánea y sucesivamente) infinitos sentidos, ha ido componiendo estructuraciones de estos sentidos, las que juegan dialécticamente entre ellas en las cambiantes funciones de significante o de significado o de mediadoras simbólicas, entre unas y otras; y son estas estructuraciones significativas las que hacen el orden de aquello que llamamos “espíritu objetivo” o, mejor, nuestros mundos cultivados. Así se ha creado la serie de las culturas conocidas con sus mundos de objetos naturales y culturales.

La superposición de los conocimientos empíricos crece a lo largo de las generaciones. Agréguese la reflexión de segundo y de más grados, que el pensamiento técnico, científico y filosófico, efectúan sobre esa masa de saber adquirido, y el esfuerzo de tantos hombres orientados a sobrepasar las realidades ya conocidas y en persecución de más amplios horizontes que querrían legar a las generaciones venideras.

Filosofía en quinta dimensión

Las realidades aparecen en las cuatro dimensiones del espacio-tiempo; los hombres, trabajando y produciendo sus culturas, aparecen de la misma manera: en el tiempo-espacio, en cuanto son seres bio-psíquicos; y además, cumplen las **funciones simbólicas** intra-culturales e interculturales, **comunicaciones** (esenciales del mundo humano) a las que consideramos integrando la 5ª Dimensión.

La cuarta dimensión temporal ha sido estudiada prioritariamente desde el siglo XIX a esta parte, con la consecuencia de situarla en el primer plano, lo que nos ha llevado a invertir el “espacio-tiempo” por el Tiempo-espacio.

La última dimensión se interpreta actualmente como siendo la “nervadura” de las realidades culturales concretas; no puede admitirse prescindir de las Comunicaciones (mímicas, lenguajes, escrituras, y tele-comunicaciones) en la historia de los hombres y de las sociedades.

Filosofía cibernética para iberoamericanos

Dado que esta filosofía nace y se desarrolla en medio de las necesidades y la situación precaria, de la sociedad uruguaya de las décadas 70-80, tal vez no tenga más posibilidad que la de un proyecto ideológico (de validez relativa a su contexto) y con propuestas de proyección latinoamericana, en el mejor de los casos.

Si pudiéramos contribuir mediante estos análisis al mejor gobierno de nuestras necesidades y de nuestros ideales, estaríamos plenamente satisfechos. Por ello, queremos reducir las condiciones de dependencia y enajenación, para progresar en **asumir nuestras capacidades autónomas** (Cibernética) en vistas a los proyectos de Comunidad Latinoamericana.

- Escrito probablemente en 1977.

PROPOSICIÓN DE DEFINICIÓN•

Quizás ahora sabemos bastante sobre la filosofía para intentar unificar, en un concepto bien definido, los resultados de los análisis precedentes.

Llamaremos pues filosofía: el uso reflexivo del pensamiento por conceptos con el fin de llegar a una concepción general del mundo, en la cual los hombres, perteneciendo a tal o cual grupo social, se esfuerzan dentro de una formación social dada, en una fase determinada de su desarrollo y, en las sociedades de clase, según las exigencias propias a su clase, en pensar universalmente y en su relación recíproca, los elementos diferenciados que constituyen su práctica social.

Este ensayo de definición reclama algunas observaciones:

a) Vemos que la filosofía se distingue de la religión considerada como un conjunto de prácticas y de creencias. Se distingue por el uso que ella hace de conceptos a efectos de llegar a una cierta concepción del mundo. Está claro después de esto que las concepciones religiosas del mundo, las “teologías”, etc., utilizando conceptos más o menos elaborados, son “filosofías” o contienen embriones de “filosofías”.

b) Vemos que la filosofía se distingue de la ciencia. La ciencia es un reflejo aproximadamente exacto en la conciencia del hombre, leyes objetivas de los procesos reales que se desarrollan en el mundo. Sólo la ciencia es verdadera. La filosofía, puede ser un reflejo invertido del mundo. Esto depende del nivel de desarrollo de la práctica social, del papel que esta filosofía juega en la sociedad, de la clase social donde ella extrae los intereses fundamentales. Pero es claro después de esto, que las concepciones científicas del mundo, en las cuales son generalizados y unificados los conceptos científicos resultantes de la práctica y que a ella retornan, son filosofías.

c) Vemos que el concepto así propuesto es histórica y suficientemente amplio para contener la relación contradictoria de diversas formas específicas de

filosofía que se han desarrollado en el tiempo.

Por un lado, esto conviene a las filosofías pre-marxistas. Ellos eran en efecto el trabajo reflexivo del pensamiento conceptual en condiciones tales que los pensadores que universalizaban los datos de la práctica social, lo hacían en nombre de las clases explotadoras (así sean dominantes o revolucionarias), en consecuencia, esto conducía a que en un momento dado esta universalización abandonara el terreno de la ciencia para volverse “pura ideología”. Y también se produce esta consecuencia: que no todos los elementos de la práctica social estaban efectivamente reflejados, unos se encuentran sacrificados, otros deformados (y, en todo caso, su relación recíproca falseada).

Además, corresponde, nos parece, al concepto de la filosofía propia al marxismo. Aquí también se trata (y de una manera eminente) del trabajo reflexivo del pensamiento conceptual. Pero en un momento donde el nivel de desarrollo alcanzado por la práctica social es tal que sólo el método del materialismo dialéctico, que encuentra en el seno de las ciencias su alimento, puede constituir el instrumento de esta tarea. En el momento también, en el cual la clase revolucionaria, en la sociedad, no es más una clase explotadora; en un momento donde la defensa consecuente de sus intereses fundamentales exige el descubrimiento de leyes objetivas de desarrollo de la sociedad capitalista, y la transformación de esta sociedad conforme a sus leyes. Esto es porque, desde este momento, el esfuerzo con miras de pensar universalmente los elementos diferenciados de la práctica social de su tiempo, que incumbía a los creadores del socialismo científico, se prosiguió sobre el plano de la ciencia. Los instrumentos que permitieron llegar a pensar objetivamente esta práctica fueron por un lado, la ciencia de las leyes de desarrollo de la sociedad, por otro, la ciencia de las leyes del pensamiento dialéctico, en las cuales se reflejan las leyes universales de desarrollo de los procesos del universo infinito. La “vieja” filosofía había pasado. Pero el concepto de filosofía no estaba muerto. Tomaba un contenido cualitativamente diferente. La tarea de la filosofía, el trabajo de elaborar las categorías universales propias a asegurar la generalización y el progreso del conocimiento objetivo, orientadas a aclarar en su fundamento y en sus perspectivas, las luchas para la destrucción del viejo mundo y la construcción de un

mundo nuevo, esta tarea, se dibujaba ahora infinita, y se proponía a la actividad reflexiva de los hombres. El proceso por el cual los hombres piensan universalmente sus vinculaciones con la naturaleza y sus relaciones recíprocas en el seno de la sociedad, no estaba interrumpido. Por el contrario, estaba comprometido en la vía libre de investigaciones objetivas.

d) Vemos en fin, después de esta definición, en qué puede consistir la unidad y la continuidad de la filosofía. Esta unidad, es aquella de su desarrollo dialéctico. Es la de ese combate del idealismo y del materialismo, en el curso del cual, la concepción materialista del mundo ha emergido, poco a poco, y se ha afirmado de una manera triunfante. En cada época, los hombres encontraban delante un **estado dado** de conceptos y de exigencias de combate. Y en cada época, la tarea de asimilar se colocaba delante de ellos, pero también era necesario sobrepasarlos, asumiendo los combates de su tiempo. Así, hizo Spinoza respecto a los “grandes Italianos” y a Descartes. Así, hicieron los Enciclopedistas con relación a Descartes y a la filosofía inglesa. Así, hicieron Marx y Engels con relación a toda la tradición materialista y a la filosofía clásica alemana. Así es, en razón misma de su carácter revolucionario, y dado que afronta con seriedad y resolución las luchas sociales, que el marxismo es objetivamente heredero de todo eso que las filosofías pasadas han producido de mejor. Heredar, no significa repetir, sino, al contrario, transformar, utilizar, enriquecer en una contienda nueva, en un combate inédito.

Indicaciones de método

El concepto de filosofía nos parece ahora definido con un grado de aproximación suficiente como para que nosotros podamos formular, por último, algunas indicaciones de método sin que ellas parezcan arbitrarias.

33 &. Ya que la filosofía es el trabajo reflexivo del pensamiento conceptual, el primer paso del historiador debe ser restituir el contenido literal de las doctrinas que estudia y precisar los conceptos fundamentales que esta doctrina utiliza así como sus relaciones internas y su arquitectura. Por ejemplo, cuando abor-

daba el estudio de la filosofía de Spinoza, importa primero colocarse dentro de la doctrina y aclarar los unos por los otros, sus conceptos fundamentales: sustancia, atributo, modo, Dios, naturaleza, entendimiento, voluntad, libertad, necesidad, etc. Paso necesario, pues, sólo él puede permitirnos descubrir los problemas específicos de esta filosofía, definir el problema fundamental al cual se ha referido la reflexión del filósofo, caracterizar en consecuencia su doctrina por relación a la cuestión esencial que establece toda filosofía: ¿materialismo o idealismo? La dificultad es aquí no forzar el sentido de los conceptos, es decir, no introducir en la doctrina del pasado una coherencia que no tuvo en su tiempo. Así, a propósito de Spinoza, será vano desde nuestro punto de vista, querer sustituirlo y elaborar en su lugar el concepto de sustancia, de tal suerte que toda contradicción desapareciera dentro de esta noción. ¿No es preferible tomar esta noción tal como se presenta con sus dificultades y examinarla, así como a los ensayos de Spinoza en vista de resolverlas?

34 &. Esto es no solamente preferible, sino necesario, por poco que uno reflexione sobre la naturaleza de los conceptos filosóficos.

Hemos visto, en efecto, que ellos son un reflejo de la práctica social: pero un reflejo complejo, constituido a través de múltiples mediaciones móviles y, en cada período, específicas. Además, los elementos que constituyen esas mediaciones, no solamente no están situados al mismo nivel en relación al pensamiento conceptual (la mecánica racional, por ej., estaba situada a un nivel de abstracción más elevado que las técnicas de navegación o que la práctica del crédito), sino que también ellos no son de la misma época. En el tiempo de Spinoza (para atenernos a un sólo ejemplo), los conceptos heredados de la religión y de la tradición filosófica (Dios, sustancia, causa de sí, etc.) son mucho más antiguos que los conceptos relativos a la naturaleza: encuentran su contenido, en gran parte, en la ciencia nueva de la cual Galileo y Descartes han sido los iniciadores. Esos últimos conceptos son más antiguos que aquellos que exigen ser definidos a continuación del desarrollo de la economía mercantil y de la burguesía de los Países Bajos, bajo los propios ojos de Spinoza.

Esta es una de las razones por las cuales la relación explícita que une los

conceptos filosóficos (es decir, la relación que el pensador ha seguido de una manera reflexiva y cuyo sentido aparece manifiestamente en el contenido literal de su obra, en el **texto mismo**) no constituye sólo el contenido de una filosofía y no contiene la llave de su arquitectura. Por tanto, querer resolver las contradicciones que se encontraran a ese nivel muy abstracto de elaboración y encajarse en ellas, sería vedar toda comprensión profunda y verdaderamente histórica.

35 &. También convendría que en un segundo paso, el historiador (si se nos permite aquí una imagen gruesa) se comporte, con respecto “a la filosofía”, de la cual ha determinado la organización íntima y definido las dificultades propias, como el geólogo con respecto al terreno que explora. Apoderándose de los conceptos elaborados, debe buscar las mediaciones que, en el seno de la práctica social (tomada en todos sus aspectos, desde la actividad manual de la producción hasta los elementos más elaborados de la cultura) han permitido su constitución y determinar muy exactamente su nivel, su edad y su vínculo. Este análisis en profundidad no nos muestra, todavía, en qué consiste la génesis de la “filosofía”; pero nos suministra los elementos de esta génesis, los medios de establecerla con todo rigor, evitando el esquematismo que consistiría en explicar una filosofía **solamente** por las condiciones económicas contemporáneas de su desarrollo (explicar a Spinoza, por ej. únicamente por las exigencias de desarrollo de la burguesía mercantil de Amsterdam). Este es un punto sobre el cual Engels ha insistido con mucho vigor: “La supremacía final del desarrollo económico en esos dominios es para mí, cosa asegurada, pero ella se produce en el seno de condiciones prescriptas por el propio dominio interesado; en filosofía, por ej., por efecto de influencias económicas (que no actúan a menudo sino bajo su disfraz político, etc...) sobre la materia filosófica existente transmitida por los predecesores. La economía no crea aquí, nada directamente por sí misma, pero determina la forma de modificación y de desarrollo de la materia intelectual existente, y aún, ella lo hace frecuentemente en forma indirecta por el hecho de que son los reflejos políticos, jurídicos y morales los que ejercen la más grande acción directa sobre la filosofía” (Carta a C. Schmidt, 27/X/90).

36&. Esos dos primeros pasos (análisis de la economía interna de la doctrina

y “genealogía” de sus conceptos fundamentales) nos ponen de nuevo en presencia de datos del problema que dan al historiador marxista la comprensión de una filosofía. Ellos no lo conducen a esta comprensión. Es necesario también interpretar de qué manera los conceptos heredados del pasado han sido transformados al punto de aparecer en la forma que les ha dado el pensador, unidos los unos a los otros por las relaciones explícitas que ese pensador ha definido conscientemente. Esta búsqueda es de las más difíciles. Importa, en efecto, ver bien que tal transformación no se ha realizado de una manera automática. Los diversos elementos de la cultura no se combinan los unos y otros como elementos químicos. De otro modo dicho, la ecuación: dinámica galileana + geometría cartesiana + teología + tradición judaica = *Deus sive natura*, no puede presentar ningún sentido, en primer lugar, porque una buena parte del problema consiste aquí en determinar el sentido del símbolo +; pero, aún porque entre la materia de una filosofía (los sedimentos que constituyen esta materia) y su forma conceptual, reflexiva y acabada, aparece siempre el pensador individual, el que ha puesto en forma esta materia, el que ha reflexionado y que no se puede ignorar. Es aquí que se presenta, al menos a nuestro parecer, el carácter específico del método marxista en historia de la filosofía: permite comprender cómo los pasos del pensador **individual** son, al mismo tiempo **necesarios** y presentan un carácter de **universalidad**. En efecto, si no existe la combinación mecánica que produce tal o cual filosofía, el pensador no es tampoco indiferente acerca de la “materia intelectual” heredada del pasado. Él no sobrevuela soberanamente para elegir a su antojo. Él elige; pero su elección está determinada. Buscar las mediaciones, que contemporáneas de la vida del pensador, dan su contenido a esas determinaciones, es una de las tareas esenciales del historiador marxista, una tarea que sólo el materialismo histórico permite conducir a feliz término. Porque el materialismo histórico nos enseña dónde buscar esas mediaciones: ya que la filosofía es un elemento de la superestructura de la sociedad, sólo el análisis minucioso de las relaciones de clase características de la sociedad en la cual vive el pensador puede ponernos en posesión de esas mediaciones. Aún conviene no conducir este análisis de una manera abstracta, es decir, descuidando las **incidencias particulares** que el desarrollo necesario de las luchas de clases ha tenido sobre la vida del pensador. Esto quiere decir que no es suficiente, por ej., definir los trazos esenciales de la sociedad de los

Países Bajos en la segunda mitad del s. XVII; no basta con ver que la burguesía mercantil de Amsterdam estaba conducida a luchar contra los príncipes de un lado, el pueblo de Holanda del otro, y también contra los paisanos de las provincias atrasadas. Es necesario también mostrar el lugar exacto de Spinoza en ese movimiento. Esta exigencia implica que los detalles biográficos tienen una importancia considerable; es necesario saber quiénes eran los amigos de Spinoza, de que vivían, cuáles eran sus lazos con la clase dominante, cuáles eran sus preocupaciones políticas y también de qué naturaleza era su cultura. Dicho de otro modo, importa buscar, hasta donde el estado de nuestra documentación lo permita, (porque es bien evidente que tal búsqueda sería imposible para Heráclito, por ej. o para Empédocles) los lazos concretos, vivientes y particulares que han atado al pensador a su clase y más allá, al movimiento de toda la sociedad.

37&. Resta, entre tanto, que lo esencial es el conocimiento de ese movimiento, sin el cual la acumulación erudita de los detalles biográficos sería insignificante. Sólo este conocimiento nos permite comprender el lazo en la sociedad, entre su superestructura y su base, y por consecuencia, las exigencias que se desenvuelven en el seno de las ideologías, de todo lo cual, la filosofía no es más que un elemento. Asimismo, cuando nos es difícil conocer con precisión las mediaciones particulares que ligan tal o cual filósofo al movimiento de la sociedad de su tiempo (y ese es el caso, por ej., para la mayor parte de los filósofos griegos llamados “presocráticos”) el análisis de la superestructura de la sociedad, la determinación de su atadura a la base económica, nos permite llegar a un conocimiento aproximado pero objetivo de la naturaleza de una filosofía, y en consecuencia, a una explicación precisa de su contenido.

De este modo, tres pasos previos son necesarios a toda búsqueda de la historia de la filosofía, si se quiere conducir estas investigaciones conforme a la naturaleza del objeto que a ellas concierne.

a) Análisis interno de la doctrina; determinación literal de su arquitectura conceptual.

b) Genealogía de sus conceptos fundamentales; análisis en profundidad de su constitución, de su pasado y de su estado presente, tal como se han producido, y son aún producidos en el seno de la práctica social, valorada en su conjunto.

c) Análisis de la sociedad en la cual la doctrina se ha desarrollado; determinación de los cambios que las modificaciones en la base económica exigen del seno de la superestructura y, principalmente, al seno de las ideologías; búsqueda, hasta donde se pueda, de los lazos concretos, particulares que ha ligado al pensador individual a la sociedad de su tiempo, a la clase de la cual ha sido el portavoz.

Pasos **previos** decimos, porque separadamente ninguno de ellos, aunque fueran conducidos con todo rigor, podrían llevarnos al conocimiento objetivo de una filosofía del pasado. Importa articularlos unos con otros y, por esto, encontrar los puntos correspondientes a las articulaciones. ¿Cómo buscar ese punto de articulación? Nosotros no pensamos que exista aquí, método perfecto, general y único, válido sin modificaciones para todos los tiempos y todas las sociedades. La única observación que podemos presentar es que, en ningún caso esta búsqueda puede ser dejada al arbitrio del investigador. Este último debe, por el contrario esforzarse en determinar la interacción real de los diversos elementos que, en cada uno de sus pasos, el análisis le ha permitido definir. La aplicación de las categorías del materialismo dialéctico y del materialismo histórico permite, en cada caso, llegar al conocimiento aproximadamente exacto de esas interacciones reales. Ella muestra en efecto, por que camino los elementos conscientes, reflexivos, de la ideología han sido producidos partiendo de un doble origen: las condiciones materiales que se desarrollan en el seno de las sociedades y aquellas que impone la naturaleza. Muestra también cuáles son, en cada período, los puntos nodales y los eslabones de los cuales las exigencias propias determinan todo el movimiento. La tarea del historiador marxista es descubrir esos nódulos y eslabones, y el método de análisis que hemos esbozado anteriormente no tiene sentido si no permite este descubrimiento.

38&. Por esto, nosotros nos empeñamos en una búsqueda de este orden. Pero como no la podemos conducir eficazmente en lo abstracto, tomamos la vía de un ejemplo. Y como ejemplo elegiremos a Spinoza a quien ya nos hemos referido.

Si elegimos esto, es porque la doctrina de Spinoza contiene de una manera

particularmente engañosa aspectos contradictorios. A tal punto, que alguno ha podido hacer de Spinoza un idealista absoluto (ver Hegel, que habla del “cosmismo de Spinoza”), un filósofo de la pura interioridad (ver Brunschvieg), un místico “ebrio de Dios” (ver Lagneau), y un materialista ateo (sus contemporáneos, que no se equivocarían en eso, y los Enciclopedistas). Estas interpretaciones se pueden extraer de los textos, de los cuales cada uno parecerá “decisivo”; ¿cuál es el verdadero Spinoza? Esta pregunta, que se nos plantea, nos muestra lo que hemos dicho precedentemente, que para responderla es necesario descubrir el punto dónde, para ese pensador, se articulan uno con otro, los pasos explícitos de su pensamiento, el pasado de los conceptos que plantea, las exigencias del desarrollo social de los Países Bajos.

Sin embargo, antes de empeñarnos en tal búsqueda, es necesario advertir al lector que ella guarda un carácter metodológico. Allí no encontrará ninguna exposición sistemática de la doctrina de Spinoza, ninguna pretensión de explicar completamente la génesis de esa doctrina. Sino, simplemente, un ensayo con miras a responder algunas preguntas que plantea la lectura de Spinoza, ensayo en el curso del cual, se intentará aplicar el método marxista, realizando el esfuerzo de explicarse a sí mismo (y al lector) cómo se pone en marcha y por qué.

- Este trabajo, que menciona desarrollos anteriores y es comentario de otro texto que tenía a la vista, pudo ser escrito para sus clases de Ética en el IPA, o bien para la Facultad de Humanidades, y es anterior a su cesantía

LA ANTROPOLOGÍA FILOSÓFICA•

El interés fundamental de esta filosofía que venimos exponiendo y que proponemos (especialmente) para el entendimiento entre los más próximos culturalmente (quiénes son los iberoamericanos) se concentra en la intención de comprender a los hombres, universalmente, todos. Nada de lo humano habría de serle indiferente, recordando una vez más la milenaria voluntad expresada por Terencio.

Pero el entendimiento que concretamente busca discernir las semejanzas y las diferencias, se hace mucho más difícil con unas culturas que con otras.

El desarrollo del anterior esbozo de Cosmovisión (Concepción del Mundo) cumplía la función de polo dialéctico para proyectarnos de rebote al polo opuesto, el cual consiste en la Concepción de lo humano, siguiente.

Nuestro pensamiento se había extendido hasta las proximidades de aquellas esferas metafísicas que soñara la paloma imaginada por Kant.

Cabría observar que este viaje de regreso hacia nosotros mismos, los hombres, también nos sumerge en abismos insondables: el arcano de la subjetividad personal y la opacidad impenetrable de algunos individuos extrañamente humanos.

No entraremos en esos senderos sin fin.

En la soledad absoluta, en el más extremo aislamiento, no elige vivir ningún ser humano; y son cruelmente inhumanas las cárceles que ponen a algunos condenados en esa situación límite.

En los bordes de la condición humana podremos encontrar los casos ahora conocidos y estudiados de los que ha dado en llamárseles “niños-lobos”, así como igualmente la psicología profunda comprueba “excepcionalidades”, muy

difíciles de explicar en una personalidad. No atenderemos las referencias de la Psicología patológica.

El diseño siguiente muestra a los hombres siempre en plural, formándose como seres sociales, en las tres **estructuras cultivadas** (entiéndase: que tienen conciencia de sí o que son “para sí”) los Nosotros, las Culturas, y las Civilizaciones.

El único saber absoluto que tenemos cada uno de Nosotros, reside en la certidumbre de la muerte de este existente concreto que yo soy; y que tú, hermano, y tú, amada, eres en esta vida compartida.

El sentido valioso que procuramos infundir en los actos de cada día, estará determinado por este Principio (primero es un “a priori” y luego lo asumimos conscientemente y lo postulamos) el cual anuncia nuestra desaparición personal, ineluctable pero imprevisible en cuanto a la determinación precisa de su conocimiento. De nada vale intentar atrasarla o postergarla, eso sí lo sabemos.

Así como la extinción individual está implícita en el “principio-fin” de las existencias concretas, su complemento es (para mí y para muchos, felizmente) la **fe cotidiana en nuestros quehaceres**. Más aún, si nuestros esfuerzos tienden a lograr mejores condiciones de vida, en algún rincón de la Tierra, para Nosotros y otros prójimos. Confianza en nuestros cultivos diarios con la esperanza de que habrán de florecer.

Cultivo la rosa blanca.
en julio como en enero
para el amigo sincero
que me da su mano franca,
y para el cruel que me arranca
el corazón con que vivo
cardo ni ortiga cultivo,
cultivo la rosa blanca. (José Martí, 1853-1895)

Los hombres nos hacemos cultivadores y entonces dejamos de ser (progresivamente) los subsistentes depredadores que éramos antes, con lo cual nos distinguimos de cualquier otra especie animal, a todo lo largo de la evolución biológica; y vamos haciendo nuestra historia de existentes sociales y parlantes.

Las actividades fundamentales que hacen a lo que vamos siendo, están constituidas entonces por: **los trabajos y las comunicaciones**, por las interacciones del grupo social sobre el medio ambiente y las otras interacciones de los agentes sociales entre sí. A fuerza de golpes, de rozamientos y presiones, los grupos y las personas adquieren sus caracteres de humanos cultivados.

Antes de morirnos tal como está previsto y para que esa última experiencia no nos sorprenda distraídos, conviene retornar al ejercicio crítico de toda la vida consciente acumulada.

En verdad, realísticamente, hemos hecho y seguimos haciendo “lo que nos sale”. No confundiremos más lo que hemos hecho con nuestros sueños fatuos, por lo que “lo hecho, hecho está”.

El valor de nuestros esfuerzos intencionados, de aquellos que han penetrado efectivamente en el seno de lo real, concreto, resistente y fecundo, el valor de nuestra vida en el planeta está y permanecerá en la estimación de un colectivo, de un complejo de Nosotros del cual hemos formado parte, y el que en gran parte nos ha constituido.

Cuando me cuestiono sobre lo que estoy haciendo, a esta altura de la vida, me responde (en nombre de mi auténtica persona) un coro de simpatías, comprensiones e incomprensiones, un balanceo vivo de experiencias, intercambios, rechazos e intersubjetividades personales.

He ahí mi pequeña historia, en la que nada ni nadie ha impuesto su arbitrio si no fuera aceptado por el corazón y la razón.

La cuestión se encuentra ahora en lo porvenir, en el ansia por hacer algo, por

crear algo, y decir claramente lo que sabemos de bueno, aquello que vale la pena procurar para que sea compartido en Nosotros, entre muchos nosotros que se integren, los más posibles.

La posibilidad de continuidad espiritual en el futuro, está en la vigencia histórica del Nosotros mayor que hayamos elegido, esa posibilidad reside en el espíritu que anima la vida real del Nosotros que nos trasciende y del cual mi persona es un integrante atómico y nada más.

En resumen, nos interesan especialmente las culturas vivas que coexisten en lucha y en diálogo. Ellas producen una serie de objetos naturales y una serie de objetos culturales, componiendo su forma total, y eso es lo que queremos conocer.

Por el área de sus objetos naturales, una determinada cultura será explicada mediante la evolución biológica, su etnia y su “hábitat”, por la genética de su ecosistema y de su población.

Aquella serie de los productos culturales constituye el campo objetivo de la ciencia que A. Moles ha denominado “Sociodinámica de la cultura”, en el libro que intituló con ese nombre en 1967.

La síntesis del conocimiento de ambas series de reproducciones, naturales y culturales, nos mostrará objetivamente las tendencias integradas que dinamizan el crecimiento o el decaimiento (entropía y neguentropía) de la Vida cultural de la sociedad en estudio.

No debemos olvidar que el nervio vivo del *pasaje desde la natura-naturante* hacia la *cultura-culturante*, es siempre el trabajo social que produce, reproduce y crea originalidades.

En consecuencia, atenderemos con preferencia a las **culturas creadoras**, aquellos procesos y aquellos mensajes que valgan por su contenido de Información, en estos escritos que quieren contribuir en algo al desarrollo y a la segunda

independencia de los países latinoamericanos.

Confesaremos también las limitaciones de las ciencias de las culturas, que reaparecen multiplicadas al cubo en la antropología que aspira a comprenderlas: 1º la subjetividad trascendental propia de cada cultura; 2º la peculiaridad de su carácter que la distingue como un mundo de valores relativamente distintos a los de las otras culturas; 3º la singularidad de su historia; y 4º el relativismo cultural, en fin, tan notorio en el campo de las lenguas y de los idiomas.

Tales contrariedades encuentran su contrapartida en los esfuerzos que hacemos por traducir y aproximar las culturas, resistiendo sus encerramientos de autodefensa así como luchando contra las destrucciones colonialistas.

Filosofar práctico para latinoamericanos

Para ti, para ustedes, vosotros, lectores u oyentes (dado que sólo pensamos para los demás) van estos mensajes grabados, los cuales claman por respuestas para sus emisores, o -al menos- algunas palabras que esperamos que no se las lleve el viento y lleguen a ser semillas cuyos frutos serán actos.

Consideraremos nuestras posibilidades concretas, en razón de lo que comenzaremos por situarnos: Uruguay del año 1985.

Las ocho de la mañana, en el Cabo Polonio (sobre la costa Atlántica, Departamento de Rocha) el primer día del año, en este país del Cono Sur que va desde la dictadura hacia la institucionalización democrática que le resulta habitual en su corta historia, en sus pocos años de vida nacional como Estado independiente.

El proyecto, la Prospectiva social, esa es la gran cuestión de un Nosotros situado aquí y ahora, según quedó determinado inmediatamente antes.

Prospectiva, en el sentido por el cual nos preguntaremos, filosóficamente, y

en lugar de: ¿de dónde venimos? más bien, ¿adónde vamos? o ¿por qué hacemos lo que estamos haciendo y para qué?

Ya es hora, si es cierto que hemos llegado a la edad de la razón, de asumir con decisión lo que seamos, nuestra situación y condición, y más importante aún: lo que debamos hacer para mañana y pasado mañana.

Aquí, en el Uruguay, hemos sufrido los daños más irreparables e injustos, más de un decenio, por decir lo positivo, lo progresista, lo verdadero a lo que nos obligaba la honestidad intelectual; si por ahora podemos volver a decirlo, no querríamos caer en redundancias sino volver a decirlo mejorado y recreado, por si no hubiera la seguridad de nuevas oportunidades, y para colaborar en que las siga habiendo, cuanto más lejos, mejor.

Propuestas para el entendimiento anti-dogmático.

Lo deseable y lo que intentan intercambiar sinceramente muchísimos hombres de buena voluntad, son sus pensamientos superadores de las estrecheces de una dogmática (de una axiomática sin análisis o de una ideología sectaria).

Sustituir los “anti” por los impulsos constructivos de los “Pro”.

La dificultad para lograrlo reside en que Nosotros, los que proponemos con esa intención, podremos cumplir nuestro propósito autocrítico con el mayor rigor (y aún terminar poniendo el balance de nuestras limitaciones sobre la mesa de discusiones) pero nunca ponderaremos el valor real y objetivo de nuestras razones sin la réplica de los Otros.

Los Otros serán quienes juzguen lo que desde **nuestra relatividad** pueda trascender hacia (o transmitirse eficazmente) prójimos y ajenos. Sólo por la dialéctica con los Otros, pesaremos la real significación de aquello que hemos hecho o dicho, o intentado hacer.

Los conocimientos son siempre argumentos de valor relativo por la sencilla

razón de que las verdades científicas son todas **verdades relativas**, demostrables y verificables por los demás y -en consecuencia- se extienden universalmente en la medida en la que obtienen consenso.

Cualquier persona, en su intimidad, juzgará a su gusto el valor pretendidamente absoluto de sus creencias, pero al entrar en la relación de diálogo con otras personas: o estará relativizando sus razones o no estará razonando y por tanto, no alcanzará a ser entendida ni a comprender a su interlocutor.

Estrictamente, sólo vale la pena polemizar y discutir las opiniones que: por un lado, contraponen a uno y otro dialogante; y, por otro lado, están defendidas por seres que son pensantes que discrepan pero que tienen posibilidades de convencerse entre sí.

El discurso reiterativo de las creencias consagradas dentro del mismo grupo, no ayuda a esclarecer sino que reafirma las convicciones y los prejuicios correlativos (de tal manera se robustece la fe pero no la razón). En un grupo que se reconozca como un Nosotros, conviene ser muy autocríticos y discutir lo nuevo que sus miembros aporten, sin rechazarlos como herejes.

Cualquier argumentación se compone en vista de llegar a seres conscientes que, por muy distantes y desconocidos que sean, se supone que podrán traducir nuestras razones mediante un código afín al nuestro, y luego dejarse convencer o contestarnos.

Los otros tipos de dictámenes y dictados serán órdenes pero no razonamientos legítimos; serán imposiciones pero no propuestas de comprensión recíproca.

Todos los diálogos se desarrollan entre esos límites donde coinciden las capacidades de comprensión de unos y otros, tanto entre personas razonables cuanto entre grupos, clases sociales y culturas coetáneas.

Esas posibilidades de llegar a tomar conciencia están determinadas fuera de la voluntad de cada uno, por la naturaleza, por la situación económica y social, por la coyuntura histórica, por la lengua, la educación, la información, etc.

Determinaciones de la Naturaleza, herencias culturales, relaciones sociales y nuestras pequeñas historias personales, constituyen el complejísimo tejido de condicionamientos al cual estamos atados, y en medio del cual desplegamos el esfuerzo por pensar y comprender lo valioso, con la mayor autonomía posible: haciéndonos, de tal manera, seres libres y sujetos-agentes prácticos en el ejercicio de su libertad de conciencia.

Todo más claro.

Los condicionamientos naturales y sociales que determinan tanto lo que una persona hace como -también- lo que esa persona piense en relación a los demás y sobre sí misma, nos explican las conductas de los hombres mediante relaciones objetivas de causalidad y de legalidad científicas.

Si los Otros no nos comprenden o viceversa, si Nosotros no comprendemos a los Otros, siempre queda en pie la explicación científica aportada por la biología, la sociología, la psicología, etc., es decir: lo que consideramos las explicaciones neutras de los comportamientos de los hombres “cualesquiera”, descriptos por el “sujeto cualquiera” que hace la verificación de las leyes de las ciencias.

Debemos haber aprendido ya que muchos juicios negativos sobre las demás personas eran totalmente equivocados, a causa de que había una ignorancia absoluta respecto a las condicionantes reales que fueron las determinantes de aquellas conductas, en su momento concreto de actuación.

Un sujeto humano (individual o colectivo) al ser explicado por el determinismo científico, queda al margen del juicio ético o de cualquier estimación de sus responsabilidades, porque para estimarlo como responsable moral y jurídicamente, tendríamos que admitir que eligió autónomamente hacer lo que hizo. Sabemos que los hombres nos vamos haciendo entre la sociabilidad.

La madurez nos ha enseñado a suspender el juicio ético y a sustituirlo por una explicación aproximada referente al otro en tanto ser humano y social, a pesar de las relaciones más o menos estrechas que mantengamos con él.

Si el insulto llegara a cerrar el diálogo fallido, entonces quedaría consagrada la ignorancia que niega toda posible explicación posterior; y, con más razón quedaría eliminada la esperanza de comprender nuevos valores humanos culturales.

Quien sepa de sus propias limitaciones, reconocidas mediante la constante autocrítica, podrá seguir creciendo, aprendiendo de los demás y de sí mismo, mientras que aquel que no pueda dominar sus resentimientos decrecerá, con riesgo grande de mortificarse a sí mismo en su aislamiento.

Todo lo anterior es parte de la vieja sabiduría en la que hemos sido educados. La modulación que ahora desearía agregar es la siguiente: para Nosotros los países dependientes, para Nosotros los pueblos latinoamericanos, resulta de importancia primordial que el discurso filosófico, ideológico y político **sea lo más claro posible.**

La dependencia con respecto al imperialismo estadounidense se manifiesta en todos los niveles de nuestra vida real. Las diferentes maneras de padecerla, según las regiones y los países, no alcanzan para ocultarnos que el futuro común de todos los latinoamericanos está en función de cómo enfrentemos el problema mayor de nuestro desarrollo social.

No es cuestión maniquea de buenos y malos, sino cuestión de que nos decidamos al esfuerzo por ser inteligentes, maduros, plenos de buen sentido y positivamente constructivos.

La cara inversa del planteo anterior se manifiesta en nuestros vicios y debilidades (que están en relación con nuestra falta de desarrollo y su deformidad).

La “astucia de la razón” ha sido el arma histórica de los pueblos, más preci-

samente: de los pueblos que han llegado a ser poderosos. Por eso la conocemos explicitada y perfeccionada en Maquiavelo, en Kant, en Hegel, en Marx, en Lenin, en los grandes pensadores que de alguna forma han tenido que ver con los grandes procesos de expansión de las sociedades más avanzadas.

Algunos replicarán que Bolívar, Artigas y Martí fueron semejantes en grandeza; pues bien, eso permite medir la pequeñez de sus coetáneos, impotentes para realizar la gran empresa colectiva que ya tenía sus guías, en el siglo pasado.

La cuestión de hoy para Nosotros, para mañana y pasado, consiste en asimilar “toda” la ciencia, la tecnología y la sabiduría filosófica de la humanidad, pero partiendo de nuestras necesidades profundas, reales y dolorosamente fuertes; sabiendo que las herramientas de la razón dan los bienes que la mente y la mano de los trabajadores procuran. Nuestros pensamientos serán simples como nosotros, nuestros conocimientos y nuestras técnicas serán los que sirvan a nuestros fines, nuestros versos serán “sencillos”. Bienvenida la sabiduría cuando podamos traducirla en nuestros lenguajes, a nuestros sentimientos, a nuestro leal saber y entender y a nuestras marchas de auténtica liberación popular.

• Datado por el autor en 1985, parecen ser notas para clases, en forma de reflexiones que en parte fueron escritas en Cabo Polonio.

PENSAMIENTO URUGUAYO Y CULTURAS CON PROYECTOS LATINOAMERICANISTAS

Las comparaciones, confrontaciones y posibles conjunciones que el tema propuesto sugiere se multiplican desmesuradamente para mí. Supongo que más intensa y de mayor amplitud ha de ser la complicación para un pensador de cultura portorriqueña. Por este motivo, aprovecharé la perspectiva relativamente distante con respecto a la cultura norteamericana, la que me da mi posición: desde un pensar filosóficamente “situado” en el Cono Sur de América.

Mi país está ubicado en lo que geográficamente queda recortado como el territorio del rincón Sur de la “Banda Oriental” del río Uruguay, con límites en el Océano Atlántico y en el Río de la Plata, y con una frontera terrestre al Norte, la cual es más una separación o una unión de carácter político que de origen natural.

La República Oriental del Uruguay configura una cuña-tapón que comenzó a perfilarse con la Convención de Paz firmada en 1828 entre lo que hoy llamamos Argentina y Brasil, más la protección del Imperio Británico de la época.

Los uruguayos somos descendientes de emigrantes que inmigraron al país desde su lugar de origen o mediante un pasaje por el resto de América, y somos mayoritariamente emigrantes nosotros mismos, en tal forma que la población no alcanza a sobrepasar los tres millones de habitantes, además de que se despuebla el campo mientras que se acrecienta la densidad poblacional en las ciudades y puertos fronterizos.

Tenemos algo de brasileño o de argentino, e indirectamente, también algo de ibérico, de itálico o de europeo latino (neo-latino).

Asimismo, tendríamos que señalar que al no haber poseído casi asientos de población indígena ni concentraciones de esclavos radicadas en plantaciones, nuestro mestizaje también fue indirecto.

La escasa presencia del Virreinato del Río de la Plata, la revolución agrario-campesina de concepción federalista que terminó en el fracaso artiguista (1820) más las guerras entre los centros de poder encabezados por Buenos Aires y Río de Janeiro, que intervenían y atravesaban el pequeño Estado Uruguayo, determinaron que la República Oriental del Uruguay, con su Constitución de 1830, oscilara y vacilara sin lograr una madurez propia durante casi todo el siglo XIX.

Sin raíces, con cortas tradiciones interrumpidas, discontinuas, la cultura uruguaya floreció (al igual que la planta epífita que llamamos “clavel del aire”) por los decenios de 1890-1930. Así el país fue calificado de “Atenas del Plata y Suiza de América”. Joven Estado-nacional y democracia precoz, durante la primera mitad de este siglo XX, también fue prematura su decadencia, la que nos hizo declinar hasta la última crisis (cuasi-mortal) de la dictadura desde 1973 a 1985. Habida cuenta de que durante 1992, el año del Quinto Centenario, hemos reflexionado más aún sobre nuestra historia, podemos advertir que casi todos los estudiosos convergen en caracterizarnos (así hemos de reconocernos) según el siguiente resumen: 1) Somos “pueblo transplantado” (Darcy Ribeiro) y yo diría el más transplantado de todos, en la medida en que la población del primer mestizaje fue sustituida por las olas de inmigración y emigración a lo largo de los escasos dos siglos de nuestra historia.

Somos un pueblo nuevo-transplantado, radicado en América: americano-sudamericano; de lengua y cultura iberoamericana, tomando “íbero” en el sentido más amplio de la macro-etnia y culturas que abarca la península Ibérica.

2) Queda por definir mejor la América Latina y la Cultura latinoamericana. El historiador y filósofo uruguayo Arturo Ardao ha publicado magistrales estudios al respecto por lo cual me remito a los dos recientes libros: *España en el origen de América Latina* (1992) y *Romania y América Latina* (1991-93).

Extraigo de allí la última nota que sumaré a las clasificaciones dentro de las cuales nos reconocemos actualmente los uruguayos: “latinos” o mejor dicho “neo-latinos”.

Un primer sentido histórico de América Latina es aquel del comienzo de la oposición: Europa Germánica o Europa Sajona versus Europa Latina, a lo que siguió la denominación de América Latina opuesta a la América “Sajona”. Desde que las “repúblicas del Norte” (que habían sido modelo para la independencia del Nuevo Mundo) pretendieron imponer su práctica de “América para los americanos” (1823) la Cultura Norteamericana pasó a reducirse a la cultura estadounidense mientras quedaron en la vereda de enfrente el Québec, México, América Central y del Sur.

En este doble sentido negativo de la confrontación que por un lado obliga a replegarse para conservar las tradiciones culturales y por el otro, a endurecer irracionalmente las posiciones nacionales contra la brutalidad del Imperialismo, Latinoamérica ha sido una vastedad de problemas y sólo se ha manifestado en su convergencia de pueblos, naciones y estados cuando ha cerrado filas anti-imperialistas. No me corresponde **juzgar** la contraparte de la otra cultura (para una profundización de este tema me remito a la obra de Raymond Polin: *La création des cultures*, de enero de 1993) pero marcaré una referencia objetiva para que nos entendamos: *La cultura norteamericana contemporánea* de Marvin Harris, de 1981.

El maduro reconocimiento de “lo que habríamos querido ser” (pero **no** hemos logrado realizar) debe motivarnos para la mejor vocación de nuestra cultura: la cual nos orienta dentro del gran **proyecto integracionista y latinoamericanista**, aquí y ahora, **ya** puesto en marcha.

Mientras la Guerra Fría se recalentaba y las políticas de confrontación y pretendida disuación mediante la carrera armamentista nos llevaban a la hecatombe atómica, parecía, a los más sabios analistas, que todo se reduciría a un inevitable absurdo final; la sabiduría dialéctica de la “**Perestroika**” con sus “nuevas ideas para nuestro país y el mundo” (comprendida por sus interlocutores de “occidente”) concluyó: **fin del circuito infernal de los contragolpes destructivos**.

Las luchas anti-imperialistas latinoamericanistas se han concentrado puntual-

mente en el injusto bloqueo a Cuba, endurecido en la expresión de una pretendida “Ley” Torricelli que sólo pudo ser reclamada por los votantes cubanos-estadounidenses radicados en Miami. Está claro que este cuello de botella y este nudo de contradicciones no puede detener más todas las **potencialidades de realización positiva**, emergentes de invertir aquellos dos aspectos negativos de la lucha anti-imperialista arriba mencionados. El primero consistiría en: además de recomponer las grandes tradiciones culturales (hasta ahora mal conservadas y enquistadas) **tejer positivamente y progresivamente nuestra integración y nuestros proyectos nacionales y regionales**. El segundo, no embrutecer más el irracionalismo de los “anti” y de los “contras”, porque lo superan (desde todas las personas bien pensantes) **las nuevas razones fecundas a intercambiar** (diálogo constructivo a partir de nuestras estrategias diferentes) entre la Cultura Norteamericana (que no se reduce al Imperialismo) y la Cultura Latinoamericana propuesta como tarea creadora para Nosotros.

- Trabajo presentado al Congreso de Puerto Rico, en octubre de 1993, en el tema general: Cultura Latinoamericana y Cultura Norteamericana.

EL MOMENTO ACTUAL EN NUESTRA AMÉRICA LATINA•

El título propuesto tiene la ventaja de situar el esfuerzo de pensamiento, que quiere ser dialogante y constructivo, en las coordenadas del año 1992.

También queda explicitada la perspectiva desde la cual podremos ir elaborando nuestra interpretación crítica, ya que siendo nosotros latinoamericanos (intentando serlo cada vez más) la llamamos (como el libro de A. Ardao) Nuestra América Latina, no porque sea un objeto, o un bien que ya poseemos sino por ser un proyecto que da orientación, sentido y horizonte a mi praxis y a las praxis que vamos integrando entre nosotros.

Permítaseme dar por conocido el “proceso dialéctico... que condujo al origen y desarrollo, y finalmente a esta imposición realmente abrumadora, de la idea y el nombre de América Latina contrapuestos a los de América Sajona”. Y ya que estoy citando los dos últimos párrafos del libro, tómese en cuenta su conclusión porque haré de ella mi actual punto de partida.

“Lo que pueda haber de específico en el hombre latinoamericano no debe ser concebido ni perseguido con una preocupación, diríamos, de naturaleza ontológica, como algo que vaya a darnos su identidad esencial. No existe la esencia del hombre latinoamericano, ni la de ningún otro, delimitado por área cultural, porque el hombre se está haciendo en la historia, deviniendo y transformándose, deliberadamente o no. Lo fundamental, en lo que el latinoamericano puede tener de más propio, es lo que hay en él de prospectivo, de proyecto siempre revisado en una inacabada tarea de desenajación. Parecería que en la renovación incesante de sus propios proyectos, cuando se busca o se piensa en plano continental, encuentra la mejor forma de realizarse a sí mismo; de realizarse como un hombre con destino de personalidad y singularidad específica, al que poderosas presiones históricas han impedido, hasta ahora, expresarse plenamente”.

Yo retomaría esta anotación respecto a las poderosas presiones históricas

que en ocasiones nos han impedido algunas auténticas plenitudes, agregando que (al menos, para el Uruguay que yo conozco) las fuerzas exógenas nos han moldeado predominantemente, a veces para lo peor, a veces para mejor, y en otras hemos quedado aislados y desamparados. Con esto no vuelvo atrás ni pretendo rectificar lo dicho por Ardao, sino que me dirijo a invalidar la justificación de quienes dicen que si nada hemos hecho es porque “los Otros” (?) no nos han dejado ser ni hacer.

Con este ejemplo, muy menor, del caso Uruguay se me hace más fácil ser ilustrativo. Somos el colmo de los “pueblos de transplante” pero los aportes de la inmigración son superados cíclicamente por la necesidad estructural que determina nuestra característica demográfica fundamental “Uruguay: país de emigración” (C. Aguiar). Hemos alcanzado una inesperada plenitud entre 1890 y 1929-30 cuando éramos casi adolescentes, y luego, tardamos en reconocer nuestra crisis de decadencia tanto en lo económico, cuanto en lo social y cultural. Dejamos de ser considerados “la Suiza de América”. Desde que retornamos al ejercicio de la democracia política, progresamos lentamente en el esfuerzo por el reencuentro nacional. Y sin estar suficientemente autointegrados, despertamos sorprendidos ante los profundos cambios en el orden mundial y el regional; mirando hacia lo mejor de nuestro pasado, no podemos hallar fuerzas suficientes en esa corta historia desarraigada de otras tradiciones.

El presente se desliza aceleradamente y “lo porvenir” está fuera de nuestro alcance. Sin que nadie nos empuje, tendremos que saltar hacia adelante o permanecer en nuestro propio decaimiento, por inercia y senilidad.

Disyuntivas para un pequeño país

Está muy claro que una cosa es lo que pueda surgir de la interpretación crítica efectuada con el máximo rigor posible respecto al ejemplo del pequeño Uruguay, y otras serán las derivaciones de un enfoque continental del momento actual.

Ya que no puedo ofrecer más que mi interpretación desde mi país, también señalo que: por un lado pretendo establecer cuáles son las limitaciones objetivas que reducen el margen de posibles realizaciones uruguayas, mientras que por otro lado debo proponer resoluciones y decisiones (no fatales predeterminaciones) para elegir proyecciones concretas de nuestra vida nacional en el quehacer regional y continental. Y, más allá de nuestros aportes, surgirán los sentidos de la presencia y vigencia de nuestra querida América Latina en la historia mundial.

El confuso proceso de nuestra parición: la partición de una sección de la Banda Oriental para dar lugar a la República Oriental del Uruguay, motivó la pregunta acuciante para los compatriotas, durante el siglo pasado, referida a si éramos una “nación viable”, o si no lo éramos.

En el momento actual, en esta década del fin de siglo pre-determinado por el calendario, pero donde ya han tenido fin imprevisto tantas asociaciones políticas de apariencia más que viable, vigorosa, nosotros no tenemos por qué desesperar: las calidades de la vida jurídica-política de la democracia uruguaya ya no están amenazadas, han resistido, están mejorando, son perdurables.

Aunque yo diría que ahora es el momento de escuchar un proverbio antiguo si es que queremos tomar la opción más vivaz para el futuro. Séneca ha dicho (*De tranquillitate animi* 5, 5) “El peor de los males es salir del mundo de los vivos antes de morir”.

Después de haber compartido encuentros de filosofía con compañeros latinoamericanos (de los cuales debo mencionar especialmente el Congreso Mundial realizado en Montreal, pues fue allí donde los amables colombianos me invitaron a concurrir a estos Congresos de la Universidad de Santo Tomás) no dudo en persistir dando estos pequeños pasos de integración cultural latinoamericana, porque ellos trascienden los aislamientos personales-sectoriales y los provincianismos con los cuales se asfixia la vida cultural.

Si nosotros, los veteranos (59 años) aspiramos a entendernos con los jóvenes en lo referente al porvenir de nuestras comunidades, provocaríamos

malentendidos encarando la renovación de los proyectos como una “inacabada tarea de desenajenación” y nada más. Por más importante que sea desenajenarse para cada persona que así lo haya experimentado.

Para pensar en la misma dirección tendremos que ser prospectivos; y si yo saco la conclusión mencionada anteriormente, en el sentido de que la vida cultural (con el significado pleno: cultura material y cultura simbólica) en el Uruguay, debe saltar hacia adelante; entonces, puesto a predicar con el ejemplo, tengo que avanzar teórica y prácticamente hacia el mañana del mundo de los vivos, del mundo de quienes construyen la integración latinoamericana.

Mientras la integración en su sentido más amplio se ramifica en las cátedras (Historia de las Ideas y Pensamiento uruguayo e integración latinoamericana, en mi caso) se ha producido la explosión del Mercosur, el cual tendría que demostrar (no ya su viabilidad) su madurez en el plazo de los cinco próximos años.

Los datos escuetamente presentados por quienes están especializados en este nivel de la política económica, son los siguientes: (resumiré pasajes fundamentales del artículo del *Semanario Brecha* por el Contador Luis A. Faroppa, Montevideo, 15 de nov. de 1991)

El MERCOSUR que nos espera

“El MERCOSUR se integra con cuatro miembros que exhiben una enorme disparidad. En materia de superficie... Brasil... Argentina... entre ambos poseen el 95 por ciento... su población...(B y A) 96,1...producto bruto 95,8...”

“En lo relativo a las exportaciones, que es uno de los aspectos que más nos interesa... de aquellos 44 mil millones, 41 mil quinientos millones se originarán en los dos países grandes”. “Resumiendo, el Tratado no solamente nos encuentra en una situación interna poco favorable sino que tampoco el entorno internacional colabora...”

“Por otra parte, el nuevo espacio creará condiciones políticas, económicas y sociales que impulsarán nuevas oportunidades, generando expectativas empresariales favorables, atrayendo nuevos inversores y ampliando la disposición al riesgo y a la inversión productiva. Según sea la magnitud de ésta, compensará o superará la baja en los niveles de empleo, ingreso y vida, ampliará la expansión de las empresas nacionales más grandes y facilitará las posibilidades de crecimiento de las micro y pequeñas empresas en un mercado que requerirá, especialmente, flexibilidad a las producciones para ajustarse a las oscilaciones de la demanda”.

Y para señalar cuál es la disyuntiva de hierro desde donde se disparará el futuro inmediato de la economía uruguaya, siempre que asumamos el reto de entrar por esa senda, se plantea la obvia pregunta con su respuesta: “¿Por qué entramos al MERCOSUR?”

“Uruguay, en el comienzo de los 70, exportaba por año aproximadamente 200 millones de dólares, y actualmente 1.600. De estos, corresponden casi 600 a Argentina y a Brasil. Por lo tanto, para Uruguay era vital no quedar excluido...”

Ahora se comprende mejor cuáles son las fuerzas reales de esta coyuntura llena de dificultades inmediatamente previsibles, llena de riesgos, y -más adelante- de posibilidades creadoras; pero no elegirla voluntariamente, sería intentar permanecer en el estancamiento, al margen de la vida histórica.

Todas nuestras fuerzas productivas, todas nuestras energías ya sea en el campo, la industria, el comercio y la prestación de los servicios, o en la renovación de las técnicas instrumentales y de la capacitación científica y tecnológica, están atrapadas por esta nueva dinámica que sería inútil y perjudicial tratar de negar.

Ingresados por nuestra decisión (el gobierno anterior y el actual han sido convergentes en esto y apoyados por amplias mayorías de todos los matices políticos) en este Mercado Común, corresponde ahora a todos y cada uno de los

sectores de la vida nacional: lograr su participación e incidir en el desarrollo de esta región, desarrollo encabezado en un 95 por ciento por los dos países que más gravitación han tenido en toda la historia del Uruguay.

Ellos esperan, ansían llegar a ser potencias del Primer Mundo, entre las veinte primeras, si nos atenemos a expresiones coincidentes de sus actuales primeros mandatarios. Descontada la alternativa de lo que se llamó el socialismo real, cabe admitir esta meta como la del máximo desarrollo para esos países grandes.

Pero aquí, en este nivel teórico donde los pequeños Uruguay y Paraguay no estamos involucrados, es donde debemos incidir con nuestras disquisiciones, expresadas creativamente, con razones de autenticidad y autonomía. ¿Tiene sentido que el aceleramiento de la locomotora consista en desprenderse del resto del ferrocarril? ¿dependencia capitalista y marginación, serán compatibles con el crecimiento social, el robustecimiento de la convivencia democrática, y el desarrollo de las diversas regiones culturales?

Nuestro horizonte latinoamericanista

Un gobierno que se concentre en aproximar algún sector desarrollado (de entre todo un pueblo) al nivel de los países más ricos del Norte, sólo se autojustifica por la necesidad material y egoísta de su propio éxito en el plazo inmediato.

Es inconducente tomar esos ilusorios atajos. En la historia real, resultará la doble enajenación de los enriquecidos y de los marginados.

Nuestro esfuerzo interpretativo y crítico asimila las lecciones del pasado y el presente (con la dureza de las ya mencionadas presiones históricas) pero también es de nuestra responsabilidad en cuanto docentes, historiadores y filosofantes, reconstruir nuestra praxis con mayor amplitud de miras.

No es cuestión de ignorar aristocráticamente los logros utilitarios de los agentes económicos, ni de negar las bondades que las conductas pragmáticas alcanzan en su cálculo de riesgos y utilidades; sino incidir prácticamente y paso a paso rectificando, reorientando, señalando los caminos vocacionales, los proyectos más amplios y las realizaciones más valiosas, con las cuales prefiguramos el horizonte comunitario de nuestras praxis regionales, de nuestros proyectos latinoamericanistas.

Oír un llamado de sentido hispano o ibero o latinoamericanista, es un sentimiento vertebrador de algunas culturas, de algunas regiones que por sus profundas tradiciones están fuertemente personalizadas y que -por lo tanto- no son identificables con las más abstractas fronteras político-administrativas de un “Estado”.

Para el Uruguay, que es una frontera recortada en la primera mitad del S. XIX, conteniendo una región de vecindad argentina y otra de vecindad con la región del extremo Sur del Brasil, además de la Capital (macrocefálica) por donde han entrado oleadas de aquellos emigrantes que poblaron el país, no hay lugar para vocaciones nacionales ni regionales de ese tipo. Hasta la herencia española es tan débil que sólo se hace patente en la lengua común.

El sentido teleológico que le damos a nuestra praxis latinoamericanista es el de su proyección: en la historia concreta; allí realizaremos las autointegraciones comunitarias y regionales, junto a quienes invocan sus valores auténticos ya sean tradicionales, ya fueran trascendentales y -en última instancia- trascendentes, filosófica o religiosamente.

Hoy resulta evidente que es posible fomentar nuestras potencialidades de crecimiento y riqueza en valores personalizados (entre los individuos y entre sus comunidades) sin enajenarnos unos en pro de los bienes que otras culturas han alcanzado.

Confiar, poner fe, voluntad, inteligencia y compromiso práctico en ese fomento de nuestras potencialidades no puede surgir sino de nosotros mismos

aunados en nuestras comunidades, integrados en asociaciones mayores con nuestros prójimos, y compartiendo con los otros que estén a nuestro alcance el gozo por las afinidades y la estimación de las diferencias.

Son muy numerosos los grupos, las regiones, los países que convergen o a ratos divergen, o marchan por secretas sendas hacia la promoción histórica de esos núcleos culturales que ya son latinoamericanistas, y van realizando sobre el horizonte común a Nuestra América.

- Fechado por el autor en 1992, parece un texto destinado al Congreso Latinoamericano que se realizaría en la Universidad Santo Tomás de Bogotá.

LA FILOSOFÍA EN EL URUGUAY•

La literatura filosófica especial y la enseñanza general, en todos los niveles de las instituciones públicas, han nacido y han vivido casi siempre juntas en este país de grandes educadores como Dámaso Antonio Larrañaga, José Pedro Varela, Carlos Vaz Ferreira y otros.

El Dr. Arturo Ardao ha reconstruido desde su comienzo la historia de las ideas filosóficas en el Uruguay.

Su libro *Filosofía pre-universitaria* fija el primer documento de la filosofía en aquella hoja suelta donde se publicó “la tabla de cuestiones” destinadas a un acto de conclusiones correspondientes a un fin de cursos. En la ocasión, el enseñante fundador era el franciscano Fray Mariano Chambo y el alumno distinguido, que preparaba su prueba, era un montevideano cuyo nombre no tiene significación para nosotros salvo en cuanto era quién había recibido el curso de “Lógica” inaugural, del año 1787.

El profesor había nacido en Santa Fe, se había formado en Córdoba y enseñó en el Colegio de “San Bernardino de Siena”, en el Convento de San Francisco, durante el período que va de 1787 a 1791. El alumno había hecho imprimir el texto en la Real imprenta de los Niños Expósitos, de Buenos Aires y desde allí habría sido traído a Montevideo.

Corroboramos así en qué medida el flujo de la cultura letrada del Virreinato circulaba por el invisible puente entre las dos ciudades y en la dirección: Buenos Aires-Montevideo; en las playas de ésta tenía efectivamente su terminal. Lo mismo pasaba con la cultura ideológica que, al margen de las vías instituidas entre los dos puertos, se contrabandeaba hasta las playas de Montevideo adonde recalaba. Las murallas de la plaza fuerte monopolizaron por mucho tiempo y en relación al resto de la Banda Oriental, la cultura letrada importada.

La enseñanza de la filosofía reapareció sólo esporádicamente. Habría que

esperar a la efectiva fundación de la Universidad de la República, la única universidad de nuestro país hasta hace muy poquitos años, para ver el reinicio de la enseñanza de la filosofía, a la vez que su aplicación pedagógica fundamental en todas las formas de la enseñanza pública uruguaya.

El comienzo de la literatura filosófica **en Montevideo** nos ha mostrado cuán corta duración tuvo la etapa de “la cultura impuesta” por la monarquía absoluta de España, la cultura colonial, en el Uruguay. Pasemos a la 2ª etapa.

La filosofía, en su acepción general, el **filosofar ideológico** estuvo acompañando naturalmente los procesos de convulsión social que ocupan toda la primera mitad del siglo, hasta adonde habíamos llegado al anotar la presencia de la filosofía universitaria. Veamos algo de ese filosofar sin aulas.

La Banda Oriental buscaba en medio de las mayores dificultades su propia definición. No hubo enseñanza sistemática de la filosofía pero sí, intensa contraposición ideológica entre dos embriones de cultura que se disputaban el principio vital y la guía espiritual de un nuevo país.

El caso singular del Presbítero Dámaso Antonio Larrañaga merece ser tenido en cuenta porque representa por sí a toda la cultura urbana, montevideana.

Desde su regreso del “Janeiro” (Brasil) en 1802 hasta su muerte en 1846 está a la cabeza de la información, la educación, el asesoramiento y las relaciones públicas de su ciudad.

Era un sabio naturalista (con la excepcionalidad y las relatividades del caso) al que visitaban los expedicionarios científicos europeos cuando llegaban al Río de la Plata. Pero no se ocupó nunca de las cuestiones teológicas ni de las doctrinarias de la religión, allí donde se aproximan los pensadores metafísicos y los filósofos cristianos.

Su ministerio fue dominante, pero en las áreas de la vida política y moral, del poder educador, legislador y administrador, desde la Catedral y desde el Cabil-

do, además de la Biblioteca, la Escuela lancasteriana, el Senado de la República y aún, el proyecto de la Universidad que no pudo ver inaugurada (ya hicimos notar que no hemos tenido varias universidades, lo que es tan común para los demás países hispanoamericanos).

Queremos decir, entonces, que nuestra cultura urbana poseía tempranamente el carácter de cultura no “impuesta” sino claramente “importada” y “aceptada” (de acuerdo a la periodización propuesta por Gregorio Weinberg para las culturas latinoamericanas). Y subrayaremos este rasgo notable del pensamiento filosófico uruguayo, aún desde su primera “jefatura” católica: la ausencia de dogmatismos de cualquier tipo. El profesor Weinberg explicó brillantemente las ricas sugerencias de esta clasificación: Culturas 1º Impuesta, 2º Admitida, y 3º Crítica.

El otro embrión que mencionábamos dentro de la precoz dialéctica ideológica y cultural, en el proceso de nuestras luchas independentistas, era el de la formación de la cultura campesina correspondiente al “levantamiento de los campos”, a partir de 1811.

La campaña que no había sido ni colonizada ni ocupada ni cultivada, sin cultura en ninguno de esos sentidos propiamente dichos, generó (espontáneamente) un proyecto naturalmente opuesto al de las ciudades de Montevideo y de Buenos Aires. José Artigas, quien mejor que nadie conocía esas tierras y esas gentes, se constituyó en el intérprete de sus necesidades y en el conductor del pueblo en armas; e igualmente, supo confeccionar -con ayuda de sus secretarios de formación clerical- la síntesis teórica del proceso autonómico real y original que se llamó “el artiguismo”, y la fundamentación del plan de “la Liga Federal”. Esa teorización era una original mezcla de tradiciones hispánicas con filosofía social y jurídica, francesa y anglosajona.

Sabido está que tal embrión cultural y su proyecto desaparecieron prontamente, con la derrota de Artigas en 1820 y su exilio insobornable en el Paraguay. Sin embargo, debemos destacar los dos caracteres comunes que nosotros heredamos tanto del pensamiento artiguista cuanto del carácter de Larrañaga, a sa-

ber: 1º **la ausencia de dogmatismos**, que decíamos llamativa en el ministerio del religioso y que ahora admiramos en este radical revolucionario; 2º **la plasticidad del pensamiento** (en ambos) suficiente como para saber adaptar las ideologías recibidas y aceptadas, a las condiciones particulares y concretas de esta sociedad aún niña.

Esos antecedentes componen el clima espiritual apropiado para que en la segunda mitad del s. XIX se produjera la Reforma escolar, de José Pedro Varela (1845-1879). El vivió en la época de la cultura universitaria pero, sin embargo, se formó autodidacta, al margen de esa enseñanza superior que más tarde contribuiría a transformar desde sus bases.

Inspirado por la información que recogió en sus viajes por Francia y los Estados Unidos, y definitivamente entusiasmado con la causa de la educación primaria por el conocimiento de Faustino Sarmiento, con quien se encontró en Norteamérica, revolucionó la “educación del pueblo” poniendo sus bases sobre los principios de: gratuidad, obligatoriedad y laicidad. Esta laicidad expandida a todos los niveles de la educación pública y trascendida en las modalidades de la cultura popular, es un punto de partida obvio para nuestro pensamiento filosófico: y sin ser excepcional, nos distingue de los hermanos latinoamericanos.

Esta hipotética génesis del espíritu filosófico uruguayo empieza a mostrarnos cuál es su perfil: pensamiento sin clausuras dogmáticas, receptividad para las ideas universales junto a cierta ductilidad para interpretarlas y adaptarlas a nuestra concreta circunstancia, y laicidad -al menos- en su significación de respeto básico por las ideas ajenas y propensión al pluralismo ideológico.

Claro está, podría objetárseme que estas características son bastante obvias en esta etapa de la cultura, la que clasificamos como segunda, es decir, la de la cultura “aceptada”. Es cierto y me adelanto a la observación. Por lo tanto, tendremos que pasar a esbozar la imagen de la filosofía uruguaya en la actualidad y comprobar si conservamos ese legado o no.

Me tomo la libertad de considerar que lo actual comprende el último siglo,

mejor dicho: los cien años o poco menos, desde esa época en la que se empezó a hablar al unísono, en varios países de América, de la superación del positivismo.

Es **actual** la extensísima obra de Carlos Vaz Ferreira, en nuestro pensar de hoy, y está reactualizándose para nosotros el latinoamericanismo de Rodó, José Enrique, quien fuera mejor conocido en el resto de América. Y no estamos forzando los términos, porque nuestra intención será demostrar la profunda diacronía, o mejor: la extemporaneidad, que en el desarrollo del pensamiento pudo producir la irrupción del autoritarismo y la prepotencia, que intervino la enseñanza y censuró la filosofía. Eso es lo que afortunadamente ya no tiene actualidad, ninguna, con lo que se comprueba que no tuvo ni acción ni efecto sobre nada.

Así es como nuestro título próximo será: las filosofías actuales en el Uruguay. Para luego terminar con: La filosofía hoy y prospectiva.

- Este escrito es parte de sus estudios sobre Larrañaga, durante el Gobierno Militar. En 1977, un grupo de profesores obtuvieron una beca de CLACSO, que él dirigió, para realizar una investigación sobre el tema: “Tres ideologías del naciente Estado Uruguayo, la línea cultural: Larrañaga, Berro, Varela y sus mutaciones”.

LA FILOSOFÍA DE LA LIBERACIÓN EN EL URUGUAY ACTUAL•

Introducción, a la manera de prólogo o advertencia

Si comienzo diciendo lo que pienso respecto a la filosofía de la liberación en el Uruguay, es por dos razones, al menos: la primera, que no ha de ser ni una reseña ni una crónica informativa lo que va a continuación, dado que la presencia misma de la filosofía de la liberación, en sus más conocidas expresiones latinoamericanas, sería difícil detectarla aquí; la segunda, porque me interesa personalmente comprender y hacer comprender a los demás, si fuera posible, la peculiar historia de mi país en su independencia respecto a Latinoamérica y el mundo. O -mejor dicho y permítanme la reiteración- porque me interesa comprender la historia de los hombres, compartiendo la historia mundial, en la medida por la cual cada una de estas extensiones de la comprensión supere las particularidades de lo anterior, sin dejar de tener sentido.

Autocrítica que ningún uruguayo dejaría de reconocer como una de las urgencias actuales; actualidad, el presente de nuestra vida colectiva que no se deja atrapar cual realidad de una sola pieza sino que deviene entre el subdesarrollo, los procesos de involución y el estancamiento o la entropía, manifestados en la ausencia de los deseados re-encuentros y de los unánimemente reclamados proyectos.

En la corta historia de un país que actualmente se achica, sea benevolente el lector si revisamos las ambigüedades de los juicios formulados respecto a nosotros mismos, sea paciente si recomenzamos en todos sus términos cada una de las cuestiones a desarrollar: la Filosofía, el filosofar y el pensamiento filosófico latinoamericano; la cultura criolla, autonomía y autenticidad e independencia; el reformismo cultural, político, social y la dependencia; autoconciencia social de los procesos integradores de Latinoamérica; y finalmente, la articulación de las ideas-juicios: Filosofía y Liberación desde una perspectiva uruguaya y de una vocación latinoamericanista.

La Filosofía de la Liberación en el Uruguay actual

Presentación

Me referiré aquí al pensamiento filosófico y no a la Filosofía Primera, mencionaré realidades histórico-culturales pero no supuestas entidades metafísicas.

Comienzo, por lo tanto, situándome en primera persona dado que soy el responsable de lo que va escrito.

Empecemos por ubicarnos en el año de mil novecientos ochenta y ocho, en la República Oriental del Uruguay (donde yo nací, hace 55 años) para desarrollar estas reflexiones respecto a la crisis de integración-desintegración (o crisis de identidad de los uruguayos) en medio de las luchas continentales por la liberación de la dependencia o por lo que ha dado en llamarse la 2ª independencia latinoamericana.

Reflexiones de quien ha sido durante muchos años profesor de Filosofía (la que se ha enseñado siempre siguiendo muy de cerca los Planes y programas del bachillerato francés) quien en su profesión docente fue sustituyendo a la Metafísica por la historia de las ideas filosóficas, de las ideologías y de las concepciones del mundo; y que personalmente se ocupa en las búsquedas de aquel pensamiento que pueda ser considerado auténticamente uruguayo, liberado de la enajenada imitación europeizante, e integrador -a la vez- con las hermanas culturas de nuestra América, Nuestra América Latina (ese nombre corresponde al título de una obra de Arturo Ardao).

Escribir sobre algunos contenidos del pensamiento filosófico actual, en el Uruguay, y darles forma descriptiva, panorámica e informativa para entendernos con los lectores de otras culturas, no aparece como si fuera una tarea complicada, a condición de que supongamos previamente definidos aquellos contenidos significativos de: la **liberación**; y de las modalidades formales de: la **Filosofía**.

Sin embargo, aquí, nada de eso está previamente dado.

Comenzaremos entonces explicitando nuestro pensar respecto a: la historia de las ideas latinoamericanas y la historia de las ideas filosóficas en América, especialmente aplicado a los conceptos de Independencia, Libertad y Liberación.

En lugar de la Filo-sofía: el filosofar; en lugar de Filosofía teórica para seguir acuñando los términos provenientes del Logos griego: filosofar sobre las prácticas latinoamericanas; en lugar de Historia de las Ideas (a la manera del eterno retorno al Mundo de las Esencias) preferimos la **historia socio-cultural de las ideas-juicios**, de los sistemas de ideas o ideologías **y de las concepciones del mundo**, los que puedan estar vigentes en el pensamiento y en las prácticas de la cultura uruguaya.

Tomaremos el mayor objeto real para nuestros análisis, siendo tal campo de estudio lo siguiente: el devenir de la vida histórica, la actual cultura de la sociedad uruguaya con su correspondiente pasado y su apertura a lo porvenir.

La cultura global no sólo como un macro-objeto (propio de una filosofía de las culturas) sino -también- lo tomaremos desde sus raíces y genéticamente, desde los agentes reproductores del organismo social, los que lo cultivan, lo trabajan y lo hacen crecer (cultura material) hasta las producciones y las expresiones simbólicas de los valores vividos, creados o re-creados por la conciencia social (cultura simbólica).

En esa totalidad de naturaleza, población humana y mundo de la producción (material-espiritual) que es una cultura, reconocible en esos sus tres elementos componentes; es esta vida cultural orgánica, situada en el tiempo-espacio físico-natural, la cual constituye una formación histórico-cultural reconocida por otras culturas, con las cuales se comunica; en este universo de la vida, de la existencia, de la producción y de la auto-creación de los uruguayos (sin todo lo cual no seríamos nada) es dónde tenemos que recortar y abstraer el nivel de la “logoesfera”, aquel en el cual se piensa mediante conceptos, e ideas-juicios.

Dicho en otra forma: el nivel del **pensamiento filosofante uruguayo**, la evolución de los sistemas ideológicos y las ideas de **independencia, liberalismo y liberación** en el medio cultural de la sociedad uruguaya.

Mejor filosofar que el sustantivo y nombre propio de la Filosofía, en el bien entendido que la actividad del filosofar nos proyecte sobre las realidades con las cuales estamos comprometidos.

También, mejor sería acostumbrarnos desde aquí en adelante a usar las expresiones: pensamiento y pensamiento filosófico, porque ellas abarcan expresiones ideológicas de la vida cultural, latinoamericanas, desarrolladas al margen del academicismo y de la filosofía programada según el modelo universitario europeo. Con los debidos respetos debemos dejar de lado las tradicionales líneas de la filosofía pretendidamente “universal” para detectar **lo peculiar de los sujetos** que piensan desde aquí y ahora, concretamente.

Pensamiento auténtico e independiente

Aplicando este término al caso de la cultura de nuestro país, podremos hablar con toda propiedad del pensamiento de José Artigas (1764-1850) y de José Pedro Varela (1845-1879) y aún del pensamiento filosófico de ambos, sin llegar a calificarlos de filósofos.

No podríamos discernir los **aportes propios** de los uruguayos, debido a las peculiaridades de nuestra historia, si omitiéramos el subrayado de estos matices distintivos respecto al pensamiento filosófico latinoamericano, y a la historia de las ideas filosóficas en general.

Así es como debemos comenzar haciendo la aclaración de que los connacionales uruguayos no podemos auto-identificarnos simple y llanamente con la historia de lo que fuera la Banda Oriental (y luego pasara por ser el Estado de Montevideo, el Estado Oriental) y finalmente la República Oriental del Uruguay. En primer lugar, porque el territorio que va desde la margen izquierda del Río Uruguay hasta el Océano Atlántico comprende también al estado brasileño

de Río Grande do Sul. En segundo lugar, porque antes de nacer como entidad política independiente fuimos considerados Provincia Cisplatina para el Brasil (“del lado de acá” con referencia al Río de la Plata) y Provincia Oriental para las Provincias Unidas, para ambos constituíamos una frontera en disputa, y finalmente fueron estos dos grandes países sudamericanos los que acordaron: “esta solución transaccional de crear un Estado independiente en el territorio litigado desde siempre (antes entre España y Portugal)... Ambos países se reservaron los derechos históricos que reclamaban poseer, lo que evidencia que pensaban en la inviabilidad del nuevo país y en una futura reincorporación” (R. Faraone “El Uruguay en que vivimos” (1900-1972), p. 9). En tercer lugar, como síntesis y conclusión de lo anterior, **porque el pensamiento auténticamente liberador** de la revolución encabezada por Artigas nunca admitió que las luchas por la independencia del Plata culminaran en el desmembramiento sino -muy por el contrario- que la independencia significaba la realización de dos objetivos positivos: **la autonomía de las provincias y su integración federal.**

En ese territorio vacío, la cultura auténticamente criolla surge, sin antecedentes que la anunciaran, con el proyecto artiguista, pero igualmente se exilia con su máximo protagonista, para nunca más volver a aquello que fuera la República Oriental del Uruguay.

Queremos decir que el pensamiento inicial de la cultura uruguaya y su expresión letrada, arrancan desde 1810-20; pero se bifurca en dos proyectos que ninguno de los sujetos históricos alcanzó a realizar: ni la plena autonomía, ni la plena integración.

Predominaron las fuerzas centrífugas que desmembraron al naciente pueblo uruguayo, al embrión de cultura criolla y a la conciencia colectiva de constituir una nación suficientemente auto-integrada como para decidir autónomamente la integración con las otras naciones.

Acabamos de conmemorar, tal como lo hacemos todos los años, la Declaratoria de la Independencia del 25 de agosto de 1825. La radioemisora oficial volvió a transmitir la versión radioteatralizada en la cual se parte de los docu-

mentos, en esa declaración de la Florida, pero no se detiene allí sino que se extiende hasta el año 1828, cuando Brasil y las Provincias Unidas convinieron crear un estado independiente tal como nos lo ha comentado ya el historiador Faraone.

Otra versión actualizada de nuestra primera independencia es la que leemos en una publicación nacionalista (por lo que, sería ecuaníme, al igual que la anterior): “Puestos los orientales frente a la posibilidad de un destino propio y separado, en medio de la vorágine de acontecimientos que los rodeaban, lo asumieron de buena fe; y en ese espíritu paulatinamente robustecido han persistido hasta hoy” (el historiador Enrique Mena Segarra en su comentario al libro “Lord Ponsonby y la Independencia del Uruguay”; el semanario “La Democracia”, viernes 16 de abril de 1988).

La República Oriental del Uruguay separada del resto del cono Sur de América antes que los “orientales y cisplatinos” concretaran una auténtica unidad como pueblo o como nación, antes de haber pensado siquiera en “la posibilidad de un destino propio y separado”, pasó precozmente a constituirse en nuevo Estado independiente. Parafraseando la cita anterior, diríamos que las generaciones posteriores a la Jura de la Constitución del 18 de julio de 1830 sustituyeron la “orientalidad” (y también la “cisplatinidad”) de alguno de sus abuelos, por la ciudadanía uruguaya y (en ese espíritu paulatinamente robustecido de generación en generación) el Estado-nación prematuro, que parecía inviable, ha persistido hasta hoy.

Así es la historia. Los hechos, los acontecimientos proteicos superan los escuetos pronósticos con los cuales maniobran los poderosos. Nuestros pronósticos actuales coinciden en que el Estado uruguayo no será reincorporado a ningún otro, y que seguirá siendo viable en medio del juego de las grandes fuerzas políticas mundiales. Quiero decir con esto que, sin amenazas externas ni disculpas, es hora de que los uruguayos definamos nuestra posición en América Latina y nuestra estimación de la Independencia de los Estados americanos conjuntamente con la integración liberadora de la nación latinoamericana.

Los uruguayos recordamos mal nuestra corta historia.

Tenemos pocas tradiciones y -menos aún- la enérgica vocación dirigida a hurgar profundamente en nuestras raíces, su desarrollo y la evolución de nuestra herencia cultural. Estas carencias pueden -por su cara opuesta- señalarnos cuáles son las cuestiones ocultas, las deformaciones míticas o ideológicas que tendremos que revelar. Asimismo, encontraremos curiosas interrupciones y censuras, las cuales tendremos que explicar.

Está dicho que el pensamiento de la **liberación de los pueblos americanos**, comprendido bajo el concepto de “**la independencia absoluta**” es el del Jefe de los Orientales, José Artigas. Y que esta independencia para las provincias liberadas de los monarcas borbones y también de los centralismos como el de Buenos Aires (“el cual sólo distaba un paso del realismo”) significaba una liberación americana que se complementa **con la integración**.

Pero no se admite simular la continuidad del pensamiento y la acción artiguistas, que se eclipsan en 1820, con la **relativizada independencia** que los poderes centrales radicados en Buenos Aires y en Río de Janeiro le otorgaron al nuevo estado de la República Oriental del Uruguay, la cual recibió su constitución pero no pudo hacer regresar al caudillo de la revolución campesina.

La cultura criolla se escindió en dos corrientes divergentes: mientras el proyecto federal desaparecía de nuestro territorio, la cultura portuaria de Montevideo se constituía lentamente en la cabeza gobernante del Estado uruguayo.

Junto con el proyecto económico, social y político de Artigas, en el cual la independencia absoluta adquiría el doble sentido de negar la absoluta dependencia colonial y, simultáneamente, reafirmar las autonomías y los vínculos originarios de los pueblos americanos, se frustró igualmente la emergencia de un pueblo y de una comunidad nacional, nuevos.

El embrión de nación iberoamericana que subyacía bajo las tan indefinidas condiciones de la “orientalidad” nunca llegó a nacer como pueblo nuevo ni

como sujeto histórico de un nuevo Estado.

Para hablar claramente los uruguayos debemos reconocer: entre la historia del movimiento artiguista y la del Estado uruguayo hay una discontinuidad innegable. En consecuencia, ni somos “orientales” (calificación que por lo demás sería imprescindible definir) ni somos herederos de la supuesta nación que, a falta de autodenominarse de algún modo, siguiera llamándose “oriental”.

En síntesis, somos uruguayos, conclusión esclarecedora y nada tautológica, **somos la ciudadanía responsablemente soberana del destino de la República**, ni más ni menos de lo que pudimos haber sido ni de lo que tendremos que hacer.

El segundo foco para el desarrollo del país, en todos los aspectos: población, economía, sociedad de vida urbana y campesina, organización política del Estado, vida espiritual, religión y educación, estuvo definitivamente en la capital de la República; sólo los combates entre las huestes partidarias se extendían por la campaña ilimitada y era así que morían los descendientes de las mismas familias orientales, en luchas fratricidas.

La cultura uruguaya tuvo una fuente y un nuevo signo, cuando la cabeza rectora era Montevideo, organizando el cuerpo social dentro de los parámetros formales del esbozo de Estado.

Nuevas formas de pensamiento que establecen censuras con lo anterior, que parecen empezar de cero, que establecen la tensa oposición de **los valores de la civilización** con la cultura anterior (que resta siendo la barbarie, el oscurantismo y el despotismo, pre-republicanos) subcultura, rémora colonial de la cual la nación independiente se tendrá que desprender, atavismos de los cuales la conciencia ciudadana se liberará. Esta nueva conciencia cultural es la que anima el proyecto del Reformador, José Pedro Varela.

Todo paralelismo que pueda establecerse a “grosso modo”, entre el proyecto argentino de Domingo Faustino Sarmiento y este primer proyecto de

autoafirmación de la cultura uruguaya, estará plenamente justificado y será esclarecedor, tal como lo veremos más adelante.

Más, antes que nada, hemos de señalar que aquí hallamos un pensamiento auténticamente uruguayo y tan independiente como el nuevo país que se está construyendo.

Pero no es un pensamiento revolucionario (el período revolucionario había terminado en 1828) ni independentista (la Independencia ya había sido asumida por todos los habitantes del país, criollos y emigrantes europeos) ni quiere liberación alguna de otros poderes nacionales (salvo que se entienda por liberación la reforma de aquellas costumbres atávicas que perduran en nosotros mismos).

El lector que nos sigue habrá observado que el título del libro mencionado: “El Uruguay en que vivimos” (1900...) fija el comienzo de nuestra historia con el siglo. Todos los historiadores coinciden en afirmar que el Estado uruguayo recién se consolida en el último cuarto del siglo pasado. Queremos decir que el país real se transforma profundamente o empieza a ser, recién después de la “Guerra Grande” (1838-1851) y la población llega a 380 mil en 1868, más de medio millón en 1879 y un millón al pasar del 1900 (Censo de 1908). Coherente con el nuevo país, surge el pensamiento social que, negando lo pasado, **proyecta reformar el presente y construir la República**, en el modelo de la democracia liberal.

El agente histórico real que fue el movimiento artiguista, capaz de iniciar una reforma agraria y de fusionar los sectores sociales descolonizados con los hombres sueltos de la campaña, después del exilio del caudillo, fue sumergiéndose en la arena del tiempo, y **había desaparecido** (embrión de cultura popular, que fue) cuando José Pedro Varela funda con otros intelectuales uruguayos la Sociedad de Amigos de la Educación Popular. Era otro país en formación, en ese año de 1868, en el mismo territorio que ahora **asimilaba** la ola de inmigrantes, españoles e italianos en su mayoría, los que aportaban pueblo y cultura (material y espiritual) como para conformar la República definitivamente.

Darcy Ribeiro en su “Configuraciones histórico-culturales americanas” ubica al Uruguay en la tercera configuración que es la de los Pueblos Transplantados: “En América, están representados por Estados Unidos y Canadá, y también por Uruguay y Argentina... Los países rioplatenses en cambio, derivan de una empresa peculiarísima realizada por una elite criolla enteramente alienada y hostil a su propia etnia de Pueblo Nuevo que adoptó como proyecto nacional la sustitución de su propio pueblo por europeos a los que atribuían más perentoria vocación para el progreso... En este proceso, la población ladina y gaucha surgida del mestizaje de los pobladores ibéricos con los indígenas que era el contingente básico de la nación, fue aplastada y sustituida por el alud de inmigrantes europeos”.

Nosotros decimos que la Argentina adoptó ese proyecto nacional con Domingo Faustino Sarmiento y que la R. O. del Uruguay lo hizo paralelamente con José Pedro Varela. Una parte de la nación iberoamericana del Sur transfiguró su configuración de Pueblo Nuevo en la de Pueblo Transplantado, o dicho en otra forma, con las palabras del antropólogo brasileño: “las oligarquías nacionales” realizaron un proceso de sucesión ecológica en el cual el contingente mestizo de la nación fue aplastado y, en definitiva, mediante el poblamiento con inmigrantes de la “civilización del progreso” se constituyó una nación neoamericana como la República Argentina.

El paralelismo de la consolidación del Estado uruguayo es evidente, y merece ser subrayado en sus lineamientos diferenciales. El Uruguay es mucho más pequeño en cuanto a territorio; carece de grupos aborígenes desde que se exterminó a los charrúas (a dos años de la Jura de la Constitución de la República) no llegó a constituir un Pueblo Nuevo; los uruguayos somos los más transplantados de todos; el patriciado y la elite montevideana, que constituyeron al Uruguay independiente del resto del continente, tampoco son equiparables con ninguna de las oligarquías criollas latinoamericanas.

- Fechado por el propio autor en 1988, forma parte de un conjunto de escritos sobre la filosofía en el Uruguay contemporáneo que luego fueron reformulados e integrados en su libro sobre el tema.

RADIOGRAFÍA

Uruguay desde el 27 de noviembre de 1983 a septiembre 84*

En aquella primera fecha se reunió la mayor manifestación política de la historia, como lo documentan las fotografías de la prensa uruguaya.

En el estrado podía observarse reunidos a los representantes de agrupaciones sociales y de partidos políticos, tan lejanos entre sí, tan opuestos en sus concepciones filosóficas y en sus conductas, que provocaba hilaridad comprobar cómo estaban sentados codo a codo, o espalda a espalda, quienes nunca lo hubieran estado si no fuera por ese azar en la distribución de una platea. El enorme letrero que sobrevolaba y nimbaba sus cabezas rezaba así: **por un Uruguay / democrático / sin exclusiones.**

De acuerdo a los dictámenes del gobierno militar, esas personas estaban en las más diversas situaciones, a saber: unas habían estado detenidas como presos políticos, otras procesadas por la justicia militar, otras proscriptas en sus derechos políticos, otras no lo habían estado nunca, y de ellas algunas estaban ya rehabilitadas para la actividad política o estaban a punto de serlo, o permanecían en una muy distante perspectiva de lo mismo, o bajo el augurio de que nunca lo serían.

La inmensa muchedumbre subrayó con cantos y gran alegría la lectura del documento que expresaba los reclamos populares y también agregó consignas sobre la amnistía y “libertad a los presos por luchar”.

El Movimiento obrero había estado, desde 1973, privado de sus organizaciones sindicales y de todos los instrumentos para expresarse, hasta sus locales gremiales. Naturalmente, no había dejado de existir. Tampoco pudieron suplirlo con ninguna forma de organización ni de reglamentación emanadas del gobierno de facto. Así fue que irrumpió, como alud que viniera acrecentándose desde los promisorios “apareceres” del 82 y del 83, y luego de movilizaciones sectoriales y paros prohibidos (y posteriormente sancionados) en el 1º de mayo de 1984. Allí se efectuó la más multitudinaria demostración y expresión de exigencias,

sociales y políticas, todas juntas y armonizadas, en la historia de este país.

Era y fue la protagonista reconocible de ese gran evento, una *enorme fuerza social policlasista*, consciente de la comunidad de los reclamos por la cual se cimentaba la unidad de todas las presencias. No había ninguna exageración en quienes estimaban que un 90% estaba opuesto al régimen militar vigente y pedía un cambio. Por supuesto que ese enorme porcentaje se lograba en la suma y las reiteraciones de los “NO” que provenían desde el primer rechazo popular de 1982 al Proyecto de Reforma Constitucional que legalizaría los actos del “proceso”. La tradicional fuerza del movimiento obrero unido a las organizaciones estudiantiles e intelectuales, y a las organizaciones populares y cooperativas, había logrado movilizar a la inmensa mayoría del pueblo en un “NO” rotundo, en una movilización aplastante y pacífica. Quedaban inmediatamente establecidas las metas a seguir, frutos delicados y difíciles pero los únicos lógicos y naturalmente normales: Concertación de todos los objetivos de interés nacional, discusión de sus prioridades, libertades públicas plenas, amnistía, reconciliación nacional, frente político democrático opositor al régimen de excepción, Multisectorial que encarara inmediatamente las urgencias de la crisis estructural e hiciera posible un nuevo gobierno electo, sin convulsiones inmediatas, y –en último término- una Multipartidaria que evitara la carrera electoral prematura y la ruptura del frente opositor político. Todo eso, aunque pareciera utópico, comenzó a tejerse mediante declaraciones puntillosas y ordenadas, presentadas a la opinión pública por todos los partidos en consenso. En esos acuerdos, se expresaba la unanimidad del frente político opositor donde se sumaban las voluntades de aquellos sectores y personas que seguían presos y proscriptos. Era la manifestación de las necesidades y de las razones de la inmensa mayoría, era el colmo de la democracia moderna: la expresión de la Voluntad General.

No he incluido los planteos del gobierno de fuerza porque ellos constituyen *hechos y no razones*. No deben mezclarse con estos análisis teóricos donde intentamos interpretar cómo las fuerzas sociales definen *sus principios*, y cómo, desde allí, deducen la estrategia y las tácticas, para obtener sus altos fines libertarios, democráticos, progresistas y –justamente- sociales, es decir, de la gran mayoría. (Adviértase que también, en vigencia de esa armonía y concertación

unitarias, casi todos definían sus afanes democratizadores con el agregado de: socialista o social-democracia)

Sin embargo, la Concertación cedió el paso a las rencillas particulares y políticamente partidarias. Volvimos a tener la amarga sensación de que los dados estaban echados por un hado lejano.

La dialéctica interpartidaria comenzó a abandonar las cuestiones de los fines y de los principios, a tal punto que no importó quién pudiera quedar como principista; y comenzó la carrera por los resultados prosaicamente políticos y electorales, en que cada uno exhibía su comprensión “realista” (tanto de la realidad como de las ficciones) y alardeaban de pragmáticos porque creían haber girado hacia una “mejor estrategia” y la más astuta para las negociaciones (aunque se olvidó en parte con quién y para qué se negociaría).

Esas incoherencias denunciaban que se había dejado atrás la gran avenida de la movilización popular unitaria y se había ingresado en los estrechos laberintos por los que nunca podrán transitar los más que son los más necesitados. (Se mencionaban los “argumentos” que decían de aquello que los militares hacían o anunciaban hacer, para justificar la estrechez de miras de los resultados que se pretendía obtener mediante las negociaciones; seamos prácticos se decía, hay aspiraciones y cuestiones de principio que por más claramente que hayan sido enunciadas no son sino ideales y exigen una resistencia y una paciencia difíciles de mantener. Este supuesto se presentaba como “realista” y era falso, porque el pueblo uruguayo venía certificando su capacidad de resistencia indoblegable durante años, y en todas aquellas ocasiones en que las propuestas de “NO” fueron claras, aunque no tuvieran prometida ninguna recompensa inmediata)

Durante el mes de julio se efectuaron el “pre-diálogo” y el diálogo entre representantes del Partido Colorado, la Unión Cívica y el Frente Amplio (un representante socialista había sido desproscripto a esos efectos) con los Comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas. No concurrió el Partido Nacional que continúa con su candidato a la Presidencia, preso por la Justicia Militar. Durante el mes de agosto de acordó por parte de los partidos mencionados y con la

exclusión del Partido Nacional, el pacto con el gobierno militar que es conocido como “el acuerdo del Club Naval”. Hasta noviembre de este año se desplegará la campaña electoral de todos los partidos (los que no tienen proscritos: el P. Colorado y la U. Cívica; y los que sufren proscripciones de candidatos y de sectores, como son el P. Nacional, y el F. Amplio). Las luchas electorales parecen ser incompatibles con la Concertación.

No obstante, a mí y a Nosotros los uruguayos, y (de mucho mayor importancia) a Nosotros los latinoamericanos, lo que nos interesa son las concertaciones nacionales, que hoy se reclaman a voces en tantos países, y las concertaciones a nivel continental, con la mira en las concertaciones iberoamericanas. No podemos resignarnos a que se piense que son ideales utópicos; muy por el contrario, representan para Nosotros –crudamente- la única salida concebible.

Me propongo estudiar a continuación las conductas sociales predominantes en Latinoamérica, y pretende discriminar claramente aquellos *modos* de equivo-carnos, con los cuales reiteramos nuestras caídas en la frustración y en el escep-ticismo, de las *maneras fraternales* que nos puedan llevar a superar la atomiza-ción, la anarquía y la consecuente “dependencia”, que nos aquejan.

Tomaré dos muestras de las que llamo “cortes microscópicos” para extraer desde las situaciones concretas (una en Colombia y otra en el Uruguay) las referencias a tres tipos de comportamientos: el hedonista, el estoico y el pragmatista. Concentraré el análisis en las implicancias del “estilo de vida” prag-mático con el modo de expansión del imperialismo y el correspondiente estado de subdesarrollo y de falta de autonomía y libertad, característico de los países del Tercer Mundo y –de entre ellos- compartido por Nosotros los latinoamerica-nos.

Un corte microscópico

El 25 de julio pasado estaba yo visitando la hermosísima ciudad de Buga (Valle del Cauca, en Colombia) y concurrí con mi joven amigo, el poeta Silvio Terranova, a una de las emisoras de radio locales, con la finalidad de anunciar el programa de conferencias y recitales que iba a iniciarse con mi charla sobre

Filosofía de las Culturas (en Latinoamérica).

El dueño y máximo locutor de ese medio de comunicación es Juan Manuel González, conocido por “J. M.” por voluntad de su autopromoción ante la audiencia regional que lo sigue día a día. Ya sabía que debería ingeniármelas para meter baza en el diálogo que íbamos a sostener ante el micrófono, porque el dueño de casa compone un torrente comunicativo con su vozarrón, su lenguaje llano y popular, y los muchos temas distintos que asocia espontáneamente en cada audición.

Él se me presentó a mí y me presentó a mí ante su auditorio, puntualizando que “él no sabía nada de Filosofía” ni quería saberlo, dado que era un hombre práctico y su filosofar se entendía como “practicismo”, con expreso rechazo de “ese andar por las nubes” que caracteriza a los filósofos. Tuve que insistir en que yo también bajaba la filosofía del cielo a la tierra, y que todos los temas de interés humano, como el del fútbol uruguayo que él conocía tan bien como yo, podrían ser temas y objeto de observaciones filosóficas.

Al fin y al cabo, J. M. me dejó exponer más tiempo de lo previsible y, por su parte, destacó acentuadamente el interés público tanto de mi conferencia como del resto de la programación que emprenden los encomiables jóvenes bugueños.

Al día siguiente, me llevó a recorrer los alrededores y pude comprenderlo mejor a este hombre que afirma (con un estilo coloquial que en ocasiones es muy grueso) “en la vida hay que darse los gustos todos los días”. No cabe contradecirlo cuando a los hechos se remite: es el “conductor de la opinión pública” tal cual lo quería ser, posee dos radios de suficiente poder para ese medio, y ocupa diversos cargos en las instituciones sociales de su ámbito, pero se niega a participar en los partidos políticos.

En mi conferencia tuve que confesar que aprendí a no aplicar mi concepto de la reflexión filosófica (aquella que comienza con el fracaso, o la duda, o la inhibición) a estas personas que no sienten ninguna necesidad de ella. Los individuos y los grupos de hombres, que puedan lograr sus metas cotidianas y estar

permanentemente *gananciosos y satisfechos*, mas sin pretender ningún tipo de “imposibles”, naturalmente, no han de complicarse, artificialmente, con ningún tipo de cavilaciones.

La Colombia de 1984 es un gran país, con enormes problemas y en lucha franca, por las grandes soluciones que se merecen esos grandes conflictos de vida y muerte, los cuales auténticamente padecen y esperan superar los hermanos colombianos. Llama la atención que la figura de este amigo colombiano no nos refiera a ninguno de esos magnos problemas nacionales; por ello mismo, nos ilustra sobre la enorme complejidad de su nación, y nos sirve de modelo representativo del modo de vida que objetivamente (y sin ningún tipo de prejuicio) hemos de reconocer en muchos hermanos latinoamericanos.

Los hombres nos movemos en la vida, en procura de ciertos resultados efectivos a los que llamamos “bienes” o “valores”. Cuando nuestras necesidades son satisfechas placenteramente, habitual y diariamente (como en la descripción anterior) diremos que esa es una manera de vivir sensualista o hedonista. (Siempre que consideremos cuáles son las necesidades primarias o superiores, de los hombres, habremos de tener muy presente que ellos o –más bien– nosotros somos seres sociales e históricos, y que en consecuencia, tanto las *necesidades* cuanto los *modos* (o medios) de satisfacerlas como las *metas* alcanzadas (bienes o finalidades) se desarrollan, cambian y se expanden, en las distintas situaciones por las que han pasado los pueblos, a lo largo de los tiempos. Por ejemplo, el mundo antiguo (greco-romano) nos legó los modos de comportamientos llamados Hedonistas y, sus opuestos, los Estoicos. Ambos pueden ser reconocidos, con sus lógicas transformaciones históricas, en los tipos éticos contemporáneos adaptados de alguna manera a las situaciones propias del mundo de hoy).

La actitud vital de los “Estoicos” se caracteriza, en su oposición a la de los sensualistas o hedonistas, por limitar estrictamente los deseos al mínimo de los imprescindibles. Una vez que se ha comprobado que el placer se expande en forma incontenible, y cómo se genera el desplacer y el dolor, y cómo se agotan las fuerzas de la vida, entonces los hombres adoptan una conducta estoica, “se

tiran a menos” (como se dice entre nosotros). Se inhiben de avanzar, se resignan a la “fatalidad” y al determinismo de las fuerzas ajenas y externas. Concentran su prudencia en la reafirmación del círculo mínimo de su propia autonomía. Allí obtienen su relativa independencia y libertad, por pequeñas que fueran; por más que el derecho que resta, sea el derecho a decir no, u –obviamente- el del rechazo silencioso mediante la abstención.

Hay innumerables vidas que se sostienen en la mera supervivencia y que soportan las calamidades que no pueden atenuar ni dominar; y sólo satisfacen sus necesidades “naturales” y “necesarias”, sin ninguna respuesta agresiva ante lo *ajeno* que no pueden alcanzar; y sin rebelarse. Esto sería más bien: una *resistencia estoica*, pre-reflexiva (también como el hedonismo del caso) sin posibilidad de premeditación, pero tal vez la más digna de nuestra atención.

Tanto las conductas éticas del primer tipo como las del segundo, *se centran en lo individual* o en lo *personal* (como quiera llamárselo). En razón de ello, pueden desatender los problemas de la vida comunitaria; es decir, las atracciones y las repulsiones supraindividuales, los problemas de las luchas sociales, de la dialéctica compleja que tejen las guerras de la dominación, desgraciadamente inevitables aún, y los lazos que por sobre ellas tejen la fraternidad y el amor.

Quiere decir, que en los anteriores análisis andábamos entre los árboles, pero no adoptábamos la óptica estructural y colectiva que nos permitiera estudiar las totalidades, o el bosque.

La selva en la cual estamos inmersos los latinoamericanos se llama Sistema Capitalista y es allí donde deberemos observar las consecuencias de las conductas: estoica, sensualista y “pragmatista”, y los Valores que están en juego.

Otro corte microscópico

Hoy es el 25 de agosto; la República Oriental del Uruguay conmemora oficialmente el aniversario de la Declaratoria de la Independencia de 1825.

El distinguido historiador Prof. Alfredo Traversoni respondió al requerimiento periodístico de la “Radio Sarandí”, señalando que los investigadores de su orientación relativizan en gran medida la significación de esa declaración de independencia (sólo se rompían los lazos con el Imperio brasileño) y la estiman como *un paso* de importancia hacia la constitución definitiva del Estado uruguayo, tal como es hoy en día.

Luego accedió a hacer un paralelo (previa advertencia sobre la débil analogía que pueden contener los paralelos históricos) entre la manera de actuar de aquellos conductores y la de las dirigencias políticas actuales, dado que él está notoriamente reconocido como dirigente del Partido Colorado y candidato a las próximas elecciones que se realizarán como paso a la democratización paulatina del gobierno.

El carácter común que importa subrayar es el que él eligió como denominador: “*el pragmatismo*” en el modo del comportamiento de los hombres políticos de aquel ayer y de este hoy. Tengamos en cuenta que esa calificación no corresponde a una opinión singular sino que resume lo generalmente más oído en las propuestas y en los comentarios de los actores protagónicos, en este momento febrilmente político y electoral que está viviendo el Uruguay.

Admitimos la frecuencia “estadística” del más alto coeficiente, en lo que respecta a denominarse y autodefinirse como: positivistas, realistas (por supuesto que partidarios de aquel realismo que reduce todos los valores a la siguiente fórmula conservadora: “No hay más verdad, que la realidad”) o, en la síntesis actual, “pragmatista”. Nuestra respuesta consiste en afirmar que es una caracterización totalmente insuficiente porque: en primer lugar, todas las conductas prácticas tienen sus *principios* y sus *metas*, los cuales no pueden dejarse de tener en cuenta; y en segundo lugar, porque la cuestión se ubica en *el porvenir responsablemente asumido*: en “*qué debemos hacer*”.

El Pragmatismo de adopción en Latinoamérica

El desarrollo del capitalismo, del mercado mundial, de las confrontaciones imperialistas, y de las organizaciones internacionales, nos sitúan ante el mundo actual, “nuestro mundo actual” estrechado por los vínculos y ataduras que superan a cualquier juego de irresponsable aislacionismo, e impiden la supervivencia de las nacionalidades y de las culturas “prescindentes”. El orbe, tensionado por las luchas “cuerpo a cuerpo” entre los grupos, las clases, las naciones y los poderes transnacionales.

En medio de todo ese desgarramiento, el reclamo lógico de la buena voluntad de los hombres es el acuerdo, la armonía, la concertación para construir las condiciones mínimas de supervivencia.

Los países latinoamericanos claman por la *Concertación*, interna, regional, continental, y en fin, por contribuir con su aporte auténtico, a la paz mundial y a la construcción de un nuevo orden planetario.

Para imaginarnos al mundo inmensamente complejo, unificado en la universalidad concreta del planeta y estallando a la vez, en cada una de sus áreas, allí y acullá, en destrucciones competitivas y en fecundaciones amorosas, propongo el siguiente ejercicio: tomemos una red muy grande, de cuadros amplios y nudos bien separados, que tenga una forma de tubo cerrado por una de sus extremidades, a la manera de una media, o de un calcetín. Demos una torsión al “pie” de nuestra red y, sobre esa parte, una “vuelta de manga” del resto entubado, luego otro torcimiento y nueva vuelta al revés, con lo que iremos visualizando las capas superpuestas de una pelota y tendremos un modelo de mundo surcado por infinitas vías, y semejante a una pelota como la que hacíamos cuando niños.

Así es el mundo actual en donde *circulan todas las energías de los hombres*, en tránsito por esas redes superpuestas, componiendo cadenas de producción e intercambio que son la expansión de unos sobre la esclavitud de los demás o –en el sentido opuesto– componiendo eslabones solidarios entre las necesidades y

metas de los demás, en marcha hacia sociedades más humanizadas y a un Nuevo Orden mundial.

Entiéndase que cuando nos referimos a los poderes de los hombres, los abarcamos a todos, a sus energías corpóreas tanto como las espirituales; tanto las fuerzas naturales cuanto las culturales, las del trabajo, de la industria y del comercio; de las comunicaciones, de las ciencias y de las artes; las “ideas-fuerzas”, en fin.

Los hombres se dividen en dos grupos según sea la orientación que impriman a sus pasos para la obtención de las finalidades de su vida, porque sus orientaciones y finalidades serán: *egoístas* o *solidarias*. O las ganancias particulares sobre el despojo y el desamparo de las mayorías, o la Fraternidad; o el triunfo de los más fuertes por su poder de destrucción, o la Sociabilidad y el socialismo (en el sentido más amplio del término).

Desde ahora hablaremos de los grupos humanos y no de los individuos; y hablando de grupos, hemos escogido la denominación Pragmatismo para representarnos y clasificar conjuntos humanos más o menos numerosos respecto de los cuales queremos *comprender bien cómo se mueven*, objetivamente, en este mundo.

Mejor así, porque este tratamiento impersonal nos permitirá efectuar el análisis de las conductas sin tocar, ni en la estimación de sus valores ni en sus sentimientos, a las Personas.

Veamos al “estilo de vida pragmatista” en todos sus grados, desde lo normal hasta lo patológico.

Primero, las especies animales y entre ellas la especie humana, han participado y participan en la “lucha por la vida” (competencia) donde los resultados conocidos son las supervivencias de los menos sobre la muerte de los demás seres vivos, con lo que se produce lo que ha dado en llamarse “la selección natural”; estas son las leyes biológicas que rigen el proceso de evolución que

naturalmente se da entre las especies de los seres vivos, y también, entre los diversos grupos a nivel intra-específico. Si observamos los comportamientos de todos los animales (incluyendo a los hombres) encontraremos los tres elementos que ya hemos mencionado: las *necesidades* biológicas (o tendencias); el *modo* de satisfacerlas (instintos en acción); y sus *metas* (los resultados eficaces u objetivos) de esas conductas o etologías instintivas. Se dice que el instinto es ciego, y que por lo tanto no hay premeditación ni “cálculo” al nivel de la animalidad.

Segundo, los hombres organizados en sociedades, a través de su historia, han producido “mundos” muy diferentes a los de sus medios naturales, y llamamos a esas nuevas realidades (que se han desprendido y diferenciado de la mera evolución natural de las especies) Civilizaciones y Culturas.

Tercero, las Culturas “vivas” en nuestro siglo XX son muchas y también en ellas, como en las anteriores, se encuentran diversos tipos de hombres con sus peculiares modalidades éticas, morales, designadas como diferentes “estilos de vida”. Apreciaremos un profundo cambio histórico tanto en sus *necesidades*, y en el *modo* de sentirlas, de vivirlas y ponerlas en práctica, como en las escalas de valores que configuran las *metas* cultivadas a las que se dirigen los hombres actuales en sus culturas. Nos situaremos inmediatamente en el mundo contemporáneo y evitaremos las complejidades del largo desarrollo histórico que hemos resumido para dejarlo atrás, justamente.

Cuarto, en este siglo tenemos el más alto desarrollo del sistema de “redes” producido según el Modo de Producción capitalista, y a ese inmenso tejido de relaciones económicas y culturales es al que se le llama Sistema Capitalista Mundial. Se caracteriza porque en él todos los “bienes” son mercancías y tienen un valor de intercambio, e igualmente, se caracteriza porque todos los medios de producción de mercancías y de valores, todos los medios por los cuales la sociedad produce sus “valores materiales y espirituales”, son propiedad particular de pequeños polos de concentración de inmensos y crecientes capitales. La ley interna del sistema es la expansión de los medios de la producción de mercancías para alcanzar, competitivamente, la mayor ganancia y volver a expandir el Mercado.

Quinto, deducimos que el sistema ha ido componiendo circuitos que son eslabones de cadenas de producción e intercambio, y cadenas que con otras se encadenan, sobrepasando los límites de los mercados locales, de los mercados nacionales y de las regiones continentales. Todo ese entretejido funciona lejos de la voluntad expresa de los individuos. En razón de lo anterior, se ve claramente que los reales polos activos y determinantes de esa progresión geométrica de los *medios capitalistas* son las entidades “Transnacionales”, y que la ley de estos organismos económicos tiene como nervio: *la competencia y la expansión*.

Sexto, ahora estamos preparados para entender qué es el comportamiento “pragmatista” dentro del sistema capitalista.

El estadounidense Williams James, fisiólogo, psicólogo y filósofo, una muy bella persona según puede apreciarse físicamente por las fotografías y espiritualmente por su obra, presentó a la nueva filosofía que denominó (algo caprichosamente) el Pragmatismo, en sus conferencias de los años 1906 y 1907. Es una filosofía práctica, que se reduce a métodos de pensamiento que no se sostienen por sí mismos, sino que solamente se “Verifican” y se “Validan” si son o llegan a ser “útiles” en la experiencia y *por sus “consecuencias”* (“pragmáticas”). No es de ninguna manera un filosofar que construya teorías, es exclusivamente un pensamiento que refleja el *modo* de actuar de los capitalistas *en prosecución de la mayor ganancia*, y más especialmente, es el propio *modo de comportarse* del capitalismo estadounidense *en su expansión imperialista* (Theodore Roosevelt, Política del “gran garrote”). Este núcleo de definición práctica es el carozo del Pragmatismo, del “estilo de vida” del capitalista, antes de cualquier definición filosófica, y anima la conducta de los “negocios” más allá y más acá de la obra de James. Éste tuvo la agudeza de formular síntesis inquietantes como la siguiente: “La verdad, para nosotros, es simplemente un nombre colectivo para los procesos de verificación, igual que la salud, la riqueza, la fuerza, etc.; son nombres para otros procesos conectados con la vida y que son perseguidos porque su persecución *paga*” (el subrayado es mío). Así lo dice en su sexta Conferencia; pero también supo matizar y afinar sus afirmaciones, ante la polvareda de críticas que esas palabras provocaran.

El mismo W. J., al tiempo de interpretar correctamente el sistema social en el cual había nacido y en el cual vivía, supo criticar y censurar los aspectos más brutales de la política de T. Roosevelt. Está documentada su militancia anti-imperialista en el “Report of the Fifth Annual Meeting”, 28 al 30 de noviembre de 1903, de New England Anti-imperialist League (su versión en español figura en Cuadernos Uruguayos de Filosofía, tomo V, año 1968, Montevideo, República Oriental del Uruguay, editados por la Universidad de la República).

Vista cuál era la paternidad de nuestro estimado James, lo olvidaremos, y volveremos al presente colectivo. Insistiremos en imaginarnos las redes y las cadenas eslabonadas por las cuales circulan las relaciones de intercambio, las Transnacionales y las sucesivas jerarquías de empresas subordinadas, los gobiernos imperialistas y las naciones dependientes y sub-dependientes, las clases dominantes y las clases y los grupos dominados.

El *modo de comportamiento* “pragmático” se caracteriza, entonces, por su adaptación a este mundo de relaciones belicosas, y logra ser aplicable a todas las coyunturas sociales, porque se limita a no ser más que *una manera* de actuar muy simple, y muy eficaz gracias a su simplificación. Extractado al máximo, se reduce a la astucia del agente que calcula o puede calcular las ganancias más próximas, “time is money”, y más seguras; quien más paciencia e información tenga para “especular” financieramente. Cuando da pasos mayores y se extiende más allá de lo inmediato, es solamente cuando puede calcular con certeza la ecuación: más riesgos *por* más ganancias.

La agilidad de las maniobras pragmáticas, se explica porque desatienden las cuestiones de los Principios que deberían inspirar la acción (así es como parece que no supieran “lo que quieren” puesto que no confiesan cuáles son sus necesidades o sus motivaciones o sus escalas de valores). Pero el *Modo* de actuar es esencialmente rápido, porque carece de las inhibiciones que frenan a aquellos que se ponen a revisar las reglas del juego y ¡hasta quieren cambiarlas! Mientras que el pragmatista acepta el “estado de cosas” y aprovecha para concentrarse en escoger los medios más hábiles, para llegar a su resultado; las personas, que siguen preocupadas por los resultados a largo plazo, tratan de definir

auténticamente las difíciles cuestiones que responden al “porqué” y al “para qué”.

Nosotros no compartimos la idea de que cualquier utilidad pueda hacernos olvidar de las *metas* entrañables con las que soñamos; a la corta y a la larga, de una manera u otra, todos queremos alcanzar esos ideales en la realidad.

Si la conducta pragmática se simplifica en la corta táctica de la ganancia coyuntural, acontecerá que *los menos serán los gananciosos*, en cada uno de los eslabones de *la competencia* y de *los negocios*. El resultado será que esos cada vez menos, dominan y explotan a los demás.

Pero, a su vez, en el caso de que algunos desborden los eslabones de la cadena, hacia los más altos (y sin suficiente cálculo de los instrumentos sobre los que tendrían que contar, en sus manos, para poder ganar) les acontecerá a ellos también, que serán *perdedores y dominados* (aunque a disgusto y frustrados). Puesto que sólo los hombres pragmáticos que se mantienen en su pequeño círculo pueden pretender asegurarse una relativa autonomía y libertad (como el estoico) y sumar a eso los prudentes goces a los cuales “tenga acceso por gastar” su capital privado (como el hedonista).

Sin embargo, y para sacar de todo esto las conclusiones más importantes, tendremos que mostrar una peculiaridad sorprendente del sistema de los Monopolios; y es lo siguiente: en las puntas, en los niveles más altos de las cadenas, se produce una mutación en las mismísimas reglas del juego, en razón de lo cual todas las resultancias invierten su sentido y pasa lo inesperado.

Como consecuencia mecánica de ese giro de las operaciones, se da lo que hoy estrangula a los países del tercer y cuarto mundo: la deuda que nadie supo “querer”, que los acreedores no pueden cobrar y que los deudores no pueden pagar.

- El marco temporal y socio cultural está dado por el propio autor, quien solía escribir este tipo de reflexiones, sin intención de publicarlas, pero cuyos materiales conceptuales se incorporaban a otros escritos con destino público.

[REFLEXIONES - I]•

Sin divinidad, sólo cuenta la espiritualidad participada entre nos.

Conservamos los caracteres que -para bien o para mal- las tradicionales formas de vida han tallado en nosotros.

Somos un producto de grupos supervivientes, sustentos de nuestro ser, sin los cuales no habríamos nacido, pero sobre los cuales no sabemos bien qué pensar.

Cuestionar nuestra genealogía incluye a nuestro autocuestionamiento, el análisis de la real y concreta convivencia plural mentada por el “Nosotros”

* * *

1986

Los “golpes” afortunados son los grandes embaucadores.

Desconciertan el cálculo racional de las probabilidades.

No obstante, hay que saber aprovecharlos.

Y elevar el probabilismo hasta el nivel superior de: si no esperas lo inesperado, no lo encontrarás.

* * *

Salirse de la abstracción—hacia lo concreto.

Luego, justificar la abstracción que sirve más que para eso.

Si el pensar se incluye en el pensar y allí se queda, entonces nada, nada más.

La vida humana ¡agítese antes de usarla!

La muerte humana, entropía.

* * *

Todos los conceptos componen una abstracción, que se incluye a sí misma.

La vida no está en el concepto.

* * *

Conocimiento.

Pensar teorizando sobre la actividad del conocimiento, da como efecto que todas las formas de percatarse aparezcan a la manera de la reflexión, como **reconocimientos**.

* * *

Prospectiva (nueva)

A fin de evitar la perspectiva de los reconocimientos multiplicados (también multi-determinados) proponemos desplazarnos en dos sentidos opuestos: a) Crítica del sujeto; b) Aproximación a la práctica.

* * *

Somos, hoy día, afortunados herederos de generaciones que nos legan su capital cultural y la lúcida premisa del hacernos trabajando.

En la madurez, comprendemos aproximadamente cuál es la nervadura de nuestra existencia espiritual.

Recuperar el trabajo; y hacerlo feliz y libre y solidario.

- El escrito está fechado por el propio autor en 1986. El título fue puesto por los editores, teniendo en cuenta el contenido. Tanto ésta, como las otras reflexiones, parecen haber sido escritas en Cabo Polonio. Es un conjunto de hojas sueltas manuscritas. En la edición, el cambio de hoja está indicado por el asterisco.

[REFLEXIONES - II]

Vivir es nacer cada día.

Aquellos a quienes volvemos a encontrar cuando despertamos, han conservado el mundo humano; y nos han ahorrado, ellos, nuestros prójimos, el llanto desconsolado de un nuevo nacimiento, cada día, cada día padecido (o mejor dicho: a padecer) y lacrimoso.

No hay por qué recomenzar. Aquí estamos nuevamente, como siempre, en medio de las cosas viejas, vividas, usadas, gastadas, conocidas, las cuales permanecen vigentes. Y nosotros también; cuerpo cada uno, entre los cuerpos, los bultos, la oscuridad de los inmuebles y en el amontonamiento de los objetos y la gente.

Estamos arrojados, inmersos y **regresados**; en este mundo presente, cuando retomamos el hilo de esa **conciencia consensual y consuetudinaria**, al despertar.

La medicina psiquiátrica ha demostrado en qué enorme medida los pacientes procuran volver al sueño, para no padecer.

Porque intentan regresar al seno de la unidad indistinta de la vida vegetativa. “Dichoso el árbol que es apenas sensitivo”, “Y más la piedra, porque ella ya no siente”... (Rubén Darío).

Dormir es morir, tal vez, un poco cada día, para quienes viven, como una sola pesadumbre, toda su vida consciente.

Para quienes no quieren re-encontrarse con el mundo real, que nos sostiene, nos resiste y amamanta; ni consigo mismos, ni **en el mismo mundo solidario y**

agresivo, de todos los hombres. Para los alienados, quienes no quieren a la vida, pero absurdamente la roen, sin llegar a destruirla.

Los hombres con “sano sentido de la realidad” o “sentimiento de lo real”, tensan su poder voluntario penetrando en las capas densas axiológico-ontológicamente (Platón, Aristóteles, Descartes, Calderón)

Abandonados al correr de los mismos aconteceres cotidianos, recostados en los hábitos cómodamente adquiridos, aguardamos que la vida nos llueva, regalándonos con sus dones.

Las respuestas a estas ilusiones y alucinaciones son, tarde o temprano, el castigo de los desengaños.

Si, ya de grandes, todavía no nos ha llegado la edad (a cada uno) de saber qué es lo que quiere su persona, los golpes de la vida nos empujarán como desmañados muñecos de trapo, y caeremos al suelo o al abismo. Tanto los golpes afortunados de la buena suerte, cuanto las penalidades y caídas, nos embaucarán y nos atarán al culto impotente de la predestinación. Ovejas de algún rebaño por siempre y para siempre.

“Avive el seso y despierte, contemplado, cómo se pasa la vida, cómo se viene la muerte, tan callando” (Manrique).

Dormimos el sueño reparador. Pero también despertamos perezosos, somnolientos, sin llegar a la lucidez de la vigilia, sin la intención de enfrentar ni la vida, ni la muerte, ni cuestionarnos. Vivimos entonces adormecidos. Pasivos ante la irrupción de los males inesperados, pacientes de los dolores y las enfermedades, y de los fracasos, sin quererlos ni creerlos, incomprensibles pero duramente reales y presentes; nos distraemos, escapamos por la ficción, hacia un pasado de imaginiería, y esperamos “volver a ver”, que lo afortunadamente bueno se repita, en mañana utópico

Lo inmediatamente vivido

No constituye por sí mismo un “Mundo” sino más bien, es “recortable” como cualquiera otro Mundo recortable por clasificaciones convencionalmente admitidas. Caracteriza una modalidad de la existencia, un nivel de la vida, pre-reflexivo, de participación sin distancias, sin dualismos del conocer a distancia, sin reflejos de función simbólica.

- Original manuscrito en hojas sueltas. El título fue puesto por los editores. Probablemente de c. 1986 y en Cabo Polonio.

[REFLEXIONES - III]

He pasado muchos años de mi vida procurando comprender, entender, explicarme las personas y el mundo.

Mi trabajo de siempre en la educación me ha permitido dialogar permanentemente: con quienes sabían, conocían o tenían una inteligencia más desarrollada respecto a muchas cuestiones oscuras para mí; con los libros de los filósofos que interpretaban de diversos modos el mundo y, también de los que han proclamado “de lo que se trata es de transformarlo”; y he dialogado lo más posible con los estudiantes a mi cargo y con mis compañeros, todos.

Describir, analizar, explicar, entender y comprender son diferentes niveles de los métodos cognoscitivos, los cuales (no sería correcto hablar de métodos abstractamente para definirlos y distinguirlos “en sí” y entre sí) se aplicarán a diversos objetos, “campos”, objetivos, etc. y sólo así, en su caso, podrá subrogarse las diferencias concretas que correspondan a una manera de conocer u otra.

A cierta altura del desarrollo de una profesión como esta de profesor de Filosofía y de Historia de las Ideas, se alcanza ese tipo de solvencia que me da la tranquilidad de poder descifrar las intenciones torcidas de cualquier libro abstruso, de poder estimar criteriosamente las complicaciones de cualquier texto premeditadamente dificultoso. Rodeando los obstáculos de un libro “filosófico” presente ante toda interpretación directa, puedo comunicarme con la persona, el hombre autor/a. Lo que sigue siendo más importante consiste en interpretar y entender las realidades naturales y lo realmente humano, la evolución de la Naturaleza y la evolución de los hombres, más allá de sus apariencias “naturales” y artificiales.

Me parece aconsejable abordar estas cuestiones centrando la atención en los vínculos y en las transiciones explicables desde la Naturaleza toda, a lo animal y a lo cultural específicamente humano, cuando la especie humana define y trasciende su vida en nueva vida cultural.

Los métodos de conocimiento serían ahora de tipo genético-evolutivo, genético-estructural, históricos en general. Para profundizar el conocimiento de la Naturaleza tengo que acudir a las ciencias de ese nombre, a las ciencias parcelarias como ser: Astronomía Física, Química, Biología, etc. de las que solamente cabe esperar significaciones e imágenes y conceptualizaciones siempre fragmentarias, porque en este ámbito carece de sentido para el pensamiento humano la idea de Uno (totalidad cerrada y excluyente de toda pluralidad y alteridad) aquella Unidad del Ser parmenídeo que creó las infinitas aporías anteriores a la dialéctica de la Crítica kantiana y sus posteriores consecuencias decimonónicas, donde se denunció la ambigüedad de tal pretendida unidad-objeto del conocimiento.

El Mundo, el Universo, el Cosmos, donde estamos, dentro del cual existimos, en cuyo tiempo-espacio derivamos, no puede ser descripto, observado, objetivado, ni conocido, en tanto que totalidad, no puede serlo: por ningún humano universal que lo habite. En la penetración de los científicos de la Naturaleza logran al conocer e interpretar: algún tipo de zonas, estratos, capas, estructuras y procesos genéticos de las realidades cósmicas, ya no cabe preguntarnos por el creador o autor de todo aquello que se crea y se destruye en el Cosmos, ni siquiera podemos presuponer que las leyes físicas contengan [en forma] directa o indirecta mensajes significativamente humanos (o al menos [texto interrumpido])

Dado que no es posible comenzar por apoderarse de una Cosmología para luego explicar nuestra posición como animales terrícolas en el cosmos y nuestras producciones histórico-sociales-culturales (incluidos todos los trabajos de los científicos y técnicos, por supuesto) re-iniciaremos la interpretación del mundo de los seres históricos: sin mediaciones y yendo directo a la esfera de las realidades producidas por los hombres mismos trabajando y transformando el medio natural en que su humanidad ha sido dada, o -mejor dicho- el ambiente vivo donde evoluciona desde su naturaleza hacia su cultivo naturalmente transmutador del medio y de su propia auto-creación.

- Original manuscrito en hojas sueltas. El título fue puesto por los editores. Escrito probablemente c. 1986 y en Cabo Polonio.

RESPECTO AL PRÓJIMO Y A SU LIBERTAD*

Si por mi parte, como modesto aliado, envío esta ponencia, lo que afirmo en ella es mi apuesta a que: todo lo que está por hacerse para mejorar el mundo (“La Creación que está incompleta” – decía Juan Luis Segundo), todo lo que cada uno de nosotros debería y podría hacer para mejorar en algo la coexistencia de mañana, ha de estar *signado por el respeto hacia el otro y a su libertad*.

Al experimentar la imposibilidad de coexistir con alguien, es mejor tomar distancia prudentemente. Para ejercer nuestra libertad personal tenemos que estar inventando nuevos espacios y nuevos horizontes. Esta es la astuta inventiva de nuestra racionalidad práctica. Ella nos hace *autónomos e independientes respecto a lo que no apreciamos*, y nos permite *amar libremente*, sin odiar a nadie y sin envilecernos por luchar contra aquello que se nos aparece odioso.

Desde la revolución ética de Kant, nos guían las máximas que conjugan la libertad de cada uno con el misterio de la libertad del prójimo. El respeto de la persona libre a la persona libre. La progresiva transformación de los valores propios de los pueblos, gracias al juego histórico de las identidades y los pluralismos y las autonomías, por un lado, más las enriquecedoras alteridades que llegan a ser reconocidas dialógicamente y tal vez, puedan llegar a ser comprendidas en los otros, en el prójimo.

El diálogo y el reconocimiento de las diferencias y las correspondencias, entre las personas y entre las diversas culturas o pueblos, hace progresar el don por el cual lo mío se hace tuyo, lo tuyo se hace mío, y la transformación de nuestros mayores bienes individuales pasa a integrar una comunidad o un Nosotros, que irradia su luz a terceros próximos y lejanos.

Egocentrismo básico e ideales altruistas

Lo más vulgar y frecuente es que nos tratemos unos a otros (también a nosotros mismos, cuando somos frívolos e inauténticos) manipulando o dejándonos manipular, es decir, como meros medios, sin una finalidad profundamente sentida en la íntima subjetividad de cada persona. Esa es la mediocridad cotidiana sobre la cual nos advertía Kant, para que tuviéramos el valor de ser autónomos, libres y creadores, venciendo a nuestras cobardías e inercias.

Tenemos que esforzarnos para respetar la humanidad original, aquella que se expresa en mi imperativo: “debo hacerlo”, que se me aparece a mi conciencia cuando decido actuar superando los condicionamientos externos.

Tenemos que evitar la confusión entre “mi máxima moral”, con cualquier necesidad o legalidad objetiva, la cual pudiera imponerse a cualquier otra persona, contra su libérrima conciencia.

Aunque la intención altruista pretenda lograr la “salvación terrena” de algunos que se presupone estarían perdidos y sin libertad, nunca se justifica arrollar al prójimo para mediatizarlo en la prosecución de resultados sociales ajenos a su convicción o a su voluntad.

El lema humanístico no puede contradecirse. Algunos dicen: “Por la humanidad... pero contra esto, aquello y lo de más allá” (se refieren a realidades presentes en nuestro común universo pero que ellos desearían eliminar).

Desde mí, para ti, y para nos-otros; por la humanidad

La raíz de todos los comportamientos y de todos los pronunciamientos de valor humano reside en el ámbito interior de cada uno, en su conciencia moral. Los frutos de dicha facultad de juzgar, decidir y actuar, se extienden en el ámbito de la ética externa, donde se incluyen las relaciones interpersonales,

políticas y jurídicas.

La vida que como savia profunda emerge desde esa raíz personal, se enreda con otras vidas de profundidad radical como la mía.

Desde mí, solamente tiene sentido juzgar las actitudes políticas en el caso de situaciones donde yo estoy vinculado e involucrado más o menos directamente.

Debo distinguir con cuidado aquellos tipos de juicios de valor que estoy facultado a emitir. Por ejemplo: sobre mí mismo no cabe que yo diga nada ante los demás. Si me presento a ellos como quien se atribuye el derecho de enjuiciar a otros, quedará en claro lo absurdo de mi posición.

Los terceros y ajenos

El enjuiciamiento por terceros sobre conflictos jurídicos corresponde solamente a los órganos especializados de la justicia. Es inadecuado que los acusadores enfrentados se deslicen a juzgar moralmente lo que está en proceso y no tiene aún su sentencia. Al común de los hombres nos resta solamente el juzgar como mera opinión. Nuestras opiniones subjetivas son inocuas salvo aquellas que al ser compartidas con otros configuren un movimiento de opinión pública.

Si en un intercambio de opiniones me descubro emitiendo juicios referentes a personas que están ausentes, corresponde que yo y mis interlocutores nos preguntemos: ¿para qué estamos juzgando a otros? El peligro de esas concreciones de la opinión pública consiste en que aparentan ser entidades o ideas-fuerzas, ideas en proceso de “reificación”. Estas personas invocan normas que presuponen ya establecidas en una moral, presumidamente ya consagrada.

Al reconocer que no poseemos capacidad de juicio sino es sobre nosotros mismos, el intercambio de opiniones con personas próximas adquirirá el sentido de intercambio crítico y constructivo, por el cual se hace útil y fructífero. La lucha ideológica es inconducente y simplemente destructiva.

Sólo entre amigos dispuestos a oírnos y a comprendernos mejor, pueden resultar eficaces las opiniones de censura o de reprobación, intercambiadas mediante argumentos razonables y con los gestos por los cuales la comunicación se hace inteligente, tolerante y tolerable.

Aprender a revisarnos cada uno de “buena fe” y aprender a evitar el autoengaño complaciente, constituye la base de las buenas relaciones interpersonales y de la mejoría de la moral pública no-coactiva. Esto se gana paso a paso, con el aporte de unos y otros, día a día.

La coexistencia humana sobre el planeta Tierra, habrá de mejorar en el futuro inmediato.

Estoy decidiendo con este decir la orientación de mi acción para hoy y para mañana; no es un pronóstico a ser contrapuesto con el diagnóstico de los escépticos; es un compromiso práctico por el cual pongo la parte alicuota de mis acciones, de mis actos. Espero que muchos otros se orienten con igual buena intención y hacia un mundo mejor. Nada me autorizaría a sospechar que los demás dejen de hacerlo.

Yo no debo dejarme aterrorizar en el pensamiento ni paralizar mi praxis por algunas perspectivas apocalípticas, por más innegables e imponentes que sean esas imágenes de niños, mujeres y hombres envejecidos por el hambre, las enfermedades, las guerras, la violencia, las injusticias y la incomprensión.

Cuanto más viejo estoy, más debo concentrarme en *pensar y actuar con fe* para el intercambio y la transformación educacional, en la docencia que ha sido mi vocación y profesión de cincuenta años de vida.

La educación permanente es una de las grandes armas y herramientas con la que se intenta combatir tantos males y construir un mundo más humano. La cuestión del siglo XXI es la del conocimiento. Pero, ¡atención!: más que el acrecentamiento de la información que se multiplica aceleradamente año a año, día a día, la gran cuestión consiste en su aplicación prudente y orientada hacia

finalidades humanísticas.

Frente al dicho tradicional: “el saber no ocupa lugar”, el personaje teatral inventado por un colega uruguayo (hoy desaparecido, el Prof. De La Peña) replicaba: “no ocupa lugar... pero hay que saber acomodarlo”.

El hontanar emergente de la mejora en la coexistencia humana brota en cada individuo, en cada persona y crece en el entretejido que se trama constituyendo la comunidad de las personas y el mundo de las relaciones transcomunitarias.

Las personas maduras sabemos de la misteriosa surgencia de nuestra conciencia moral, gracias a la cual nos reafirmamos como *sujeto desde nuestro centro del mundo*, de forma singular e inconfundible con cualquiera otra persona humana o divina (Kant).

Este egocentrismo desde el cual partimos al coexistir con los padres, la familia, la comunidad cultural y las sociedades en general, nos obliga a ser los *únicos responsables* en evitar la caída por la pendiente del egoísmo autosuficiente. Esta lucha en lo íntimo de la conciencia es permanente.

Solamente la relación con “el Otro” constituye una verdadera apertura (Levinas) hacia la coexistencia que se enriquece como convivencia.

Al estar cara a cara, asombrado ante la presencia de Otro, al compartir una sonrisa, al mirarnos a los ojos, nos desasujetamos del pesado centro de nuestros miopes intereses e inercias y compartimos la riqueza de convivir liberados de los ensimismamientos que nos aíslan a unos y otros. El interés por la presencia de otro humano debe ser estimulado en la enseñanza, desde los niveles infantiles, propiciando el acercamiento y la sonrisa de niños y niñas, más el respeto por cada nueva persona que podamos ir conociendo.

Recordemos hoy y mañana el imperativo siempre vigente de Kant: ***Obra de modo que trates a la humanidad, tanto en tu persona como en la de cual-***

quier otra, siempre al mismo tiempo como un fin, y nunca meramente como medio.

• Este trabajo fue escrito en 1999 ó 2000 y se destinó al *Congreso Mundial sobre la Coexistencia humana en un mundo responsable y solidario, al Alba del 3er Milenio*, que se realizó en Montreal, el 2000, conforme lo aclara el propio autor, al comienzo de este escrito, en una nota titulada “**Presentación y saludo**. Al viajar por París fui invitado a participar de la *Alianza para un mundo responsable y solidario*. Hace escasamente un año de esto y hoy recibo, en este lejano rincón del Río de la Plata (Montevideo, Uruguay) la invitación para ese magnífico Congreso que se realizará en Montreal. Hace muchos años, en 1983, concurrí al Congreso Mundial de la Federación Internacional de Asociaciones de Filosofía, también en Montreal y también organizado por el Prof. Venant Cauchy, por eso descuento que este que vendrá ha de ser magnífico. Saludo con admiración a quien ha dedicado tantos esfuerzos para esta noble causa: la mejor comprensión entre los seres humanos”.

[REFLEXIONES - IV]

Con el pensar inteligente hacemos (formamos) el futuro aún informe. El camino hacia adelante siempre me apasionó: siempre, aún hoy.

Si me cuestiono: “qué es lo que estoy haciendo, para qué?”... Con este autoanálisis estoy abriendo un mañana y un cambio inevitable en mi praxis futura. Mi auto-respuesta le dará nuevo sentido a ese hacer compartido con mi entorno y con los otros.

Lo contrario consistiría en mirar hacia atrás, revalorando lo pasado como sustitución de la realidad presente (huída subjetiva).

No hay monumentos ni caminos ni nada imponente que se conserve en mi pasado; sólo, huellas de mi deambular en busca de nuevos senderos.

Morin, Le Moigne y yo hemos aprendido a decirlo con A. Machado: “Caminate, son tus huellas, el camino...”

Surcos de pensamiento, estelas: valoro aquellas huellas que han marcado estelas en el mar; las que tal vez persistirán junto a otras, y que acaso retornarán transformadas en otras ondas novedosas.

Porque el pasado no me pesa, pero tampoco se sostiene.

Ciertamente, el futuro aún no es ser, y no es válido llenar su vacío con previsiones provenientes de los determinismos pretéritamente determinados en la experiencia humana.

El futuro sin embargo no es nada, sino que lo captamos con su densa potencialidad, sobre la cual tallamos esbozos, embriones, construcciones “llenas de futuro”.

Con la razón argumentamos por conservar el estatu-quo. Con la razón colectiva preservamos la tradición cultural. Con la inteligencia personal cada uno crea singularmente su propio y único camino.

Cuando el andar haciendo camino (“chemin faisant”, de Le Moigne y Morin) realmente progresa, no es oportuno detenerse para discutir con quienes nada hacen. Kant decía a los que negaban el progreso: que argumenten ellos...

También existe un gran trecho entre decir el Derecho y los “hechos”. El Derecho debe ser comprendido como “deber ser” sin “casuística”.

- Escrito en los últimos años de su vida, probablemente en 1999. El título es de los editores.

LA CONCEPCIÓN DEL MUNDO•

Estamos en procura de una Concepción del Mundo. Sin ella se vive igual, es cierto, pero “Nosotros” constituimos ese grupo de hombres que gustan pensar mediante conceptos filosóficos y que culminan su vuelo de esta manera: 1º abarcando unas ideas por otras; 2º totalizando su buen saber y entender; y 3º abismados frente a tantos horizontes imposibles de alcanzar.

La información científica recibida y el diálogo con polémica, compartidos, entre nosotros, van trazando una imagen cósmica. Poco a poco elucidamos el modelo abierto y dinámico (aunque también abstracto y teórico) del Mundo al que pertenecemos, en el cual participamos y al que debemos estar, de algún modo, destruyendo o reconstruyendo y creando, con nuestra presencia activa.

Paralelo al esfuerzo por captar -con la mayor objetividad- al Cosmos lejano y ajeno a nuestra humanidad, vamos definiendo -recíprocamente- los ideales, o dicho de otra manera: lo que queremos hacer realizando valores, con el sentido positivo de lo bueno o lo mejor para nosotros y los demás.

Habitamos un primer mundo reconocible entre aquellos otros posibles que decíamos eran ajenos y lejanos. Esa esfera cuyos límites tratamos de alcanzar con nuestros pensamientos, tanto en el hemisferio de la biosfera como en el hemisferio de la “logosfera”, esa será el área en la cual estableceremos un primer balance de los conceptos comunes y de las opiniones diferentes.

Cada sociedad se reconoce en esta imagen reflejada y reflectante de su propio quehacer histórico. Así como cada persona debe verse (lo más objetivamente posible) entre las reales personas que hacen su medio humano, así también conviene que lo haga cada sociedad para asumir su concepción del mundo vigente, entender qué ha de ser mañana mismo y decidir los proyectos de su porvenir.

Los pensadores contemporáneos han divulgado denominaciones tales como: Cosmovisión y Concepción del Mundo, de las que elegimos la segunda, en razón de que “visión” alude a un conocimiento pasivo o contemplativo, mientras que, muy por el contrario, ahora nos estamos refiriendo al despliegue abarcador del pensar humano, inmerso en ese Mundo del cual intenta formar una Idea o una constelación de Ideas.

Venimos de ver la manera por la cual nuestro pensamiento percibe un mundo ambiente del que va tejiendo su esbozo mediante imágenes e ideas. Esa Cosmovisión se construye por la acción refleja y -simultáneamente- por la acción proyectante, de nuestro pensar y actuar colectivo.

Resulta obvio hacer notar cómo la Idea reguladora de una Concepción del Mundo no cerrará nunca la imagen del conjunto que está componiendo. Cuando la lanzadera del pensamiento no teja más en esa inmensa red de relaciones y coberturas que representa una “cosmovisión” particular, ella perderá vigencia histórica y será sustituida por otra.

Cada una de ellas es la síntesis viva y teórica de la actividad de los hombres reunidos en ese todo que se concibe como Mundo o Universo compartido. Como se observa claramente, el agente real que trabaja en esa construcción y el sujeto histórico de ese conocer mundano ha de ser siempre un Nosotros o varios Nosotros ideológicamente plurales.

Las Concepciones del Mundo desplegadas en las Civilizaciones y en las Culturas humanas, son totalizaciones abarcadoras que contienen sistemas de ideas y constelaciones ideológicas menores.

Las ciencias de la cultura indagan en cada grupo humano, en cada sociedad y en las civilizaciones, la estructura total de sus Vidas históricas. Esa complejidad orgánica de todos los elementos culturales que enumeraríamos así: las técnicas, las prácticas habituales, los modos de sentir, las costumbres, los principios racionales, las hipótesis, los juicios de valor y –finalmente- las conductas creadoras, todo ello, traducido más o menos explícitamente en términos conceptuales, cons-

tituye lo que hemos preferido llamar “concepción del mundo”.

Estas concepciones son, entonces, el producto racional y conceptualizado *de* y *por*, las mismas culturas vivas que se reencuentran en ellas, reflejadas en lo que han vivido y proyectadas hacia mejores horizontes.

La motivación del reencuentro entre los uruguayos merece que realicemos la vasta tarea de cuestionarnos radicalmente sobre lo que pasó y prometimos que “nunca más”, y asimismo, que decidamos con el mayor rigor crítico: cuál es nuestra Concepción del mundo, nuestras ideologías, nuestros proyectos, y para qué estamos haciendo lo que hacemos.

Analícemos pues a la Cultura uruguaya.

Las realidades

Antes de tratar de comprender una cultura particular, es mejor que comencemos por discernir a las realidades culturales entre las otras.

Veamos a las realidades en general y a las Realidades Ultimas, en primer término.

Por más que estemos interesados en filosofar sobre las culturas y la antropología, lo mismo tendremos que partir de una previa caracterización de las realidades múltiples, dentro de las cuales los hombres son una minúscula variedad *cuya diferencia específica consiste en poseer intenciones*. Es decir: conciencia intencional y conductas intencionadas, movimientos de causas y efectos naturales, pero que además producen bienes culturales.

Yo he observado que, aún en los campos especializados de estudio, los investigadores tienen la necesidad de tomar distancia respecto a su dominio y ubicarse de alguna manera ante las omnipresentes categorías de lo real, determinando la posición que les quepa a sus objetos con referencia a ellas. Cuando esa

toma de posición está ausente, los métodos y los puntos de vista de los científicos giran descentrados, su terminología pierde precisión y caen en ambigüedades extracientíficas o en la presunción de omnisciencia, en razón de que no advierten la parcelación del conocimiento y no sufren la presión de las otras ciencias (Así es que todavía hoy podemos oír que la Psicología subsume a todas las ciencias humanas).

Comencemos por las “Últimas” realidades, entendiendo por ellas a las capas de la realidad, tan alejadas del tiempo de los hombres y tan distantes en el espacio, que merecerían ser consideradas sin mácula de espíritu o de voluntades o de humanas intenciones.

Las profundidades impenetrables de la naturaleza sin cultivos, prístinas y silvestres, Caos-Cosmos sin humanos. La dimensión inagotable de las potencias materiales o –si se prefiere- las densidades ontológicas (“en sí”) eternamente ajenas a todo y más allá, mucho más allá del alcance de todos los sentidos.

Nunca se puede comprender un polo sin el opuesto. Por su contradictorio, digámoslo así: la otra cara oscura e inefable, con respecto a los seres pensantes, las realidades últimas versus los pensamientos.

Si retornamos a considerar las realidades abisales, profundas, sin fondo, ni nombres ni definiciones, comprenderemos que ellas no han sido iluminadas por ninguna energía pensante, por ninguna luz del entendimiento, y por ello se acostumbra a decir que son “inefables”. No obstante, parece que con esta adjetivación nos estuviéramos refiriendo a ellas mediante algún conocimiento adquirido, y esto nos plantea una flagrante contradicción.

Precisamente, en la dimensión según la cual ellas son la otra cara de nuestros horizontes, de los huidizos límites de la expansión racional del pensar humano, están a tal lejanía que no podemos siquiera calificarlas de “inefables”. Salvo que al aceptar dicho adjetivo subrayemos la extrema debilidad de su significación y la relatividad lingüística de esa palabra.

En los lenguajes existen siempre varias palabras indicadoras de sus propios límites semánticos y pragmáticos. Se advierte que este es el caso de la palabra “inefable”, la cual solamente vale para nosotros pero no tiene nada que ver ni que la vincule con aquellas realidades de más allá, ajenas a todo verbo y a cualquier inspección de los espíritus lógicos.

Invirtiendo los términos diríamos que partiendo de los pensamientos inefables no se llegará a ningún lado; mientras que -sin embargo- todos los pensamientos intencionales deben dar por admitido que existen las realidades y las áreas desconocidas de las realidades, puesto que en caso contrario no tendría sentido la búsqueda de los conocimientos científicos.

La suposición básica de cualquier esfuerzo pensante que no se agote en pensarse a sí mismo, ha de ser la hipótesis realista que podríamos enunciar de este modo: hay presencias reales y potencias actuales, actuantes y creadoras de nuevos efectos posibles.

Es que el pensamiento mismo no podría justificar su propia existencia, no podría cumplir su virtud intencional, su intencionalidad, sin suponer, sin presuponer que: hay realidades no pensantes y desconocidas y aún impensadas.

Para los hombres que van desarrollando las exploraciones de las ciencias no puede haber otra orientación que esa búsqueda de lo desconocido, la cual no se detiene ante ninguna leyenda de: lo “Incognoscible”.

El desarrollo anterior consistió justamente en reubicar la correcta relación entre los dos polos: las Realidades y los Pensamientos.

El entendimiento post-crítico ya aprendió a no confundir sus propios límites pensantes (sus “incognoscibles e imposibles”, sus ignorancias y sus fracasos) con ningún tipo de seres o de propiedades ocultas. Nosotros ya hemos aprendido cómo lo inefable no es un ser sino un término (y relativamente terminal) de nuestras lenguas, de los sonidos, signos, significaciones y expresiones, que sólo valen para nosotros en tanto somos seres parlantes. Claro está que mediante el

lenguaje expresamos los pensamientos que se refieren a las realidades y también los que se refieren a las irrealidades. Por eso mismo, se comprende que haya términos desvinculados de cualquier tipo de realidades, pero que invitan a incurrir en las falsas trascendentalizaciones de la metafísica tradicional.

Creemos que hay que evitar la alucinación de la “cosa en sí” como bien lo enseñara Immanuel Kant cuando resolvió el conflicto de la Metafísica con las ciencias y con la fe; creemos en el progreso del criticismo, que ha superado ese afán desesperado por conocer las cosas sin hacer ninguna experiencia, ese afán por ontologizar las sombras de ausencias.

Sería inútil pretender una definición que encerrara en la clasificación, a ese punto de vista arriba planteado. Si lo denomináramos “idealismo trascendental” no podríamos dejar de recordar que era sinónimo de “realismo empírico”. Es suficiente sostener que consiste en una posición filosófica referente a la realidad o a las realidades y por ello no cabe asombrarse de que sea, en términos generales, realista.

Nosotros proponemos que recortemos áreas conceptuales dentro de las cuales podamos reencontrar puntos de acuerdo entre las posiciones filosóficas que procuran esbozar una Concepción del Hombre y del Mundo. La primera ganancia para los participantes resultaría del impedir que nuestro trabajo vuelva siempre al principio, como un legendario tejido de Penélope. Si estamos discutiendo, ha de ser porque no conservamos las distancias paralelas, sino porque conflui-mos hacia zonas de nuestros cuestionamientos, a la vez: comunes, opuestos y solidarios, hacia los mismos horizontes, quiérase o no.

Es cierto que respecto a esos horizontes comunes nos hemos formado y, tal vez, nos sigamos formando ideas diferentes. Por ejemplo: para el conocimiento científico tales horizontes son los límites de penumbras donde comienzan las realidades todavía no analizadas, y aún desconocidas; para la reflexión epistemológica esas penumbras sugieren la posibilidad de nuevas penetraciones críticas; y para la fe de los hombres que no se contenten con el conocimiento de las ciencias y la filosofía científica, entonces, esas lejanías serán ocasión de

vivencias místicas, de nuevos vínculos y de trascendencia.

Las diferencias entre las personas, por sus opiniones, por sus particularismos ideológicos y por singularidades (los principios de cada uno y las conclusiones de cada uno) intransferibles, hacen que las perspectivas morales de los hombres sean tan plurales e infinitas como ellos mismos.

Lo anterior no obsta a que nos empeñemos en dibujar de común acuerdo aquellos círculos de cuestiones para el diálogo y la discusión, donde quepa discriminar las discrepancias y construir las concordancias de valor suprasubjetivo, suprapersonal y objetivo.

Por modo de ilustración: una de las tantas veces que hemos dialogado con creyentes católicos, compañeros nuestros, sobre los límites de las realidades y las trascendencias. Luego del despliegue de las consideraciones que los lectores se puedan imaginar, llegamos a acordar y a admitir que en cualquier sistema de conocimientos científicos se habrá de hallar “puntos ciegos”, zonas de no-conocimiento. A partir de allí, unos y otros fuimos desarrollando nuestras propias interpretaciones divergentes. Finalmente, descubrimos que entre tantos desvíos había un nuevo punto de acuerdo, y de reencuentro, que se daba en un ideal común: la salvación es solidaria y no meramente individual.

Hay límites primerísimos o últimos, de estricta incumbencia personal; aparte de ellos, hay aproximaciones del saber de los hombres respecto a las realidades que comparten y al “deber ser” de su convivencia, que son la problemática común, la cual sólo puede ser resuelta entre todos.

Invitamos a ir recortando “La concepción del mundo” en la que nos reconocamos reflejados y la teoría de las Realidades naturales y culturales en la que nos reencontremos como agentes cultivadores de la naturaleza y agentes prácticos de nuestro “saber-hacer” moral, político y social.

Teoría de los sentidos reales

Las realidades naturales y las realidades culturales.

Estamos en condiciones de teorizar respecto a “todas las cosas que son”. Así lo habrían dicho los pre-socráticos.

Tenemos la ventaja, sobre ellos, de poder situarnos por encima del prejuicio idealista a causa del cual confundían mágicamente el nombre con la cosa nombrada o el verbo Ser con la plena Realidad (más tarde se constituyó el Realismo de las Ideas, especialmente de las ideas en “trascendentalizaciones matemáticas”, y este modelo platónico determinó durante siglos a los metafísicos, y hasta el pasado reciente se ha pretendido sustituir al mundo de las existencias reales, por las representaciones mentales).

Desde nuestros puntos de vista post-kantianos, podemos rendirle homenaje al viejo Anaximandro. Permítasenos, con humildad, hacer un paralelo entre aquellas realidades arcaicas e “in límite”, de las cuales venimos de hacer referencias generales (sin encasillarnos en posiciones doctrinarias) y aquella envolvente matriz caótica, indefinida e “infinita” a la cual el filósofo griego denominó “lo Apeiron”. Son de alguna manera lo mismo, aunque el contexto polémico al cual corresponden cada una de estas ideas sea completamente distinto.

Aspiramos a esbozar el proceso genético del Cosmos a partir del Caos, y confiamos en progresar críticamente superando los falsos problemas teóricos que los pensadores decimonónicos levantaron ante la elaboración de la Cosmología y la Antropología filosófico-científicas.

Hemos partido desde las realidades carentes de cualidades y venimos hacia la esfera donde nacen los sentidos reales, con todo su devenir cualitativo; donde surgen las realidades con sentido para nosotros los sentidores, cultivadores y conocedores humanos.

Son los sentidos naturales los que afectan la sensibilidad de los hombres, y,

entre ambos, las impresiones naturales y las respuestas humanas naturales, hacen nacer los frutos conjuntos: los nuevos sentidos cultivados, los nuevos sentidos de naturaleza histórica.

Desde lo “Apeiron” surgían las diferencias cualitativas, en la Cosmología y Cosmogénesis de Anaximandro.

Nosotros hemos agregado la idea moderna de que esas diferencias, cuantitativas y cualitativas, se han engendrado mediante la laboriosidad de los hombres, trabajando sobre su medio ambiente y sobre sí mismos.

En un principio, las realidades todas, no eran ni idénticas ni diferentes, ni continuas ni discontinuas, ni secas ni frías o húmedas o calientes, ni eran las “maderas” ni las materias, ni los soplos ni los espíritus. Mas los trabajos de los hombres las fragmentaron y las dividieron, multiplicándolas... y los trabajos continuaron provocando profundas transformaciones en esas realidades naturales y humanas.

Luego, los griegos comenzaron a describirlas con el nuevo Logos filosófico y concibieron (especulativamente) cantidad de parejas opuestas, múltiples dualidades; por ejemplo, recordemos una de tales antinomias: lo lleno y lo vacío; y dialogaron y discutieron brillantemente sobre la continuidad (concepto de la geometría) y la discontinuidad (concepto de la aritmética) también, sobre lo par y lo impar, lo uno... el número cuadrado y el cuadrado sin raíz numérica.

Sabemos bien -en la actualidad- que estas diferenciaciones e identificaciones, analíticas y dialécticas, mediante las cuales encontramos un Mundo recortado en cosas, seres y procesos fenoménicos, son el aporte de la laboriosidad empírica y racional, ejercida por la especie humana.

Unicamente, por las modalidades en las que se ha dado su explotación y su exploración, es que: del infinito “mundo caótico” original ha resultado hecho, confeccionado, el Cosmos. Y este mismo ratifica ser un Cosmos de hechos, de seres, de actos y de personas, pensado y legislado progresivamente, por y para

los hombres. Así de simple: hay asumirlo o dejarlo.

Por mi parte, entiendo que hay que asumirlo con la conciencia fraterna de un Nosotros que no tiene límites sino amplios horizontes, en su afán de interpretar el mundo y transformarlo; y también dejarlo a los Otros, porque es infinito y ajeno y escapa a nuestras manos.

Proponemos clasificar los sentidos-cualidades (que son los componentes de todo lo real) de la siguiente forma: 1) los sentidos sustantivados, estructurados y consistentes; 2) los de movimientos rápidos, transitorios y evanescentes; 3) las relaciones causales (causa-efecto o cualesquiera de ese tipo) y las funciones racionales (razón-consecuente). Necesariamente hemos de suponer que tales elementos se encuentran entre las cosas y son: *reales y objetivos*.

Las realidades son constelaciones de tales elementos, o manojos de cualidades y sentidos; y... en marcha.

El devenir se despliega en ellas y en ellos, tejiendo los tiempos y los espacios, que se llenan de cosas, porque todas las realidades son concreciones temporo-espaciales.

Aunque estemos familiarizados con sólo una parte de estas relaciones cualitativas y con estos sentidos interrelacionados, dado que en ocasión de nuestras experiencias ellos se transforman en objetos para nuestras abstracciones pensantes, igualmente hemos de admitir los otros infinitos integrantes del mundo que son los sentidos-cualidades que se nos escapan. Ni siquiera tenemos razones que nos obliguen a negar aquél memorable fondo de lo que no tiene sentido, y todo lo que esté más allá de la interpretación razonable.

Todo es *acción e interacción de sentidos cualitativos y cuantitativos*. No tenemos que suponer a estas “quale” a la manera de los idealistas; no hemos de reducirlas a cualidades secundarias ni a cualidades primarias, no hay por qué discriminarlas en accidentales y esenciales o despreciarlas presuponiendo que son apariencias sin sustancialidad.

La inmensidad de los fenómenos naturales, sumados a los procesos fácticos culturales (los que también son fenoménicos) corresponde a la totalidad de las realidades, lo que en un esquema sencillo formulamos así: cada acontecer va siendo sucesivos desarrollos y enrollos, de sus diversas cualidades y sentidos tempo-espaciales.

Asumiremos la elección de un modelo teórico de cosmovisión. Si bien ha de estar inspirado en el estado actual del conocimiento científico, consistirá en un conjunto de hipótesis, lo más simples posibles, y aptas para orientar las decisiones de la Filosofía práctica. Al fin y al cabo, no aspiramos a ser individuos sabios, no podríamos, pero sí aspiramos a ser personas simplemente buenas.

La simple sensatez no nos permite admitir que pueda concebirse entes que carezcan de movilidad, de potencia, de energía, etc. Cuando pensamos en aquellas cosas reales (“*res*”) y seres (“*ontos*”) y queremos expresar sus aspectos relativamente estáticos e idénticos conjuntamente a los cambiantes y dinámicos, nos alcanza con la dupla verbal que pulió Espinoza en el s. XVII: *Natura-naturata* y *natura-naturante*. Esa es la temprana idea de la naturaleza agente.

Esa brillante anticipación fue complementada con esta otra gran evidencia, por la biología del s. XIX: *La vida proteica ha evolucionado*.

Hoy en día la bioquímica es capaz de leer los códigos genéticos e intervenir en las cadenas de las reproducciones vivas.

Si en los campos vivos de la naturaleza “naturante”, los organismos desarrollan órdenes cada vez más complejos e integrados, en medios antagónicos, azarosos y mutantes, y se dan los cambios imprevisibles que solamente permiten la medición estadística, esto representa la permanencia del Caos.

Sobre el fango inestable de los “campos fisico-químicos”, de las ondas y las partículas que cambian de órbita y que alteran las estructuras en las cuales se mueven, se han establecido los seres vivos.

Hemos llegado a desentrañar con bastante aproximación cómo las realidades cósmicas han engendrado la vida en el planeta Tierra.

Los animales han evolucionado por los homínidos hasta llegar a constituirse en “*faber y sapiens*”. De regreso, los “*faber y sapiens*” han proyectado la luz y las luces de sus ideas y de sus pensamientos prácticos, hacia las realidades aún no humanizadas.

La gran proeza histórica reside en el progresivo dominio técnico y teórico, logrados por la humanidad sobre una parcela del Universo, esta mínima región de la naturaleza que la dio a luz.

Tras una profunda reflexión sobre cómo ha ido creciendo esa segunda naturaleza cultivada por ellos mismos, los hombres van comprendiendo cuál es la parte relativa a sus trabajos, cuál es la correspondiente a sus planificaciones racionales, y cuánto les falta aún para llegar a ser dueños y rectores de la naturaleza toda.

Ese es el circuito de las fuerzas naturales y de las energías corpóreas y mentales, que están levantando el mundo social e histórico, encima de la tierra silvestre.

Desde hace unos tres millones de años, la evolución fue dando lugar a la aparición del género *Homo*.

Estos recién llegados progresaron y se distinguieron por conservar y hacer el fuego; asimismo, por hacer los utensilios (medios de subsistencia que se hacen útiles cuando se los conserva con alguna previsión de su uso posterior).

Todas esas conductas se revelaron como un *salto sobre la inmediatez*, salto por sobre las condiciones inmediatas del espacio y del tiempo.

El mundo humano comenzó a ser un tejido complejo de mediaciones de todas las formas y calibres.

Somos seres inaptos para sobrevivir y perdurar en nuestra naturaleza animal.

Somos seres animados y altamente desarrollados, provenimos de la historia natural de las especies, derivamos de las fuerzas genéticas de nuestra especie y somos los agentes vivos de su reproducción y de sus transformaciones progresivas.

Las fuerzas naturales del medio ecológico y las fuerzas animales de los hombres, con su variabilidad adaptativa y su ductilidad creadora, van generando nuevas modalidades en las tendencias humanas.

Esto acontece con la actividad instintiva. Por más que en los hombres siga estando sujeta al determinismo de la herencia biológica y a las condiciones somáticas inmediatas, ello no obsta para que los efectos de la vida instintiva, junto con sus repercusiones afectivas, se vayan complicando cada vez más y mezclándose con los aportes de la vida civilizada.

De manera que nuestras actividades no puedan ser nunca reducidas a simples mecanismos ni a meros tropismos vegetativos, porque son siempre y en todos sus aspectos: *conductas de seres sociales* (más que gregarios) y *que continúan socializándose*.

Toda la vida de los hombres está signada por los sentidos naturales más los sentidos culturales. Ambas series de sentidos, organizadas en estructuraciones sintetizadoras de lo heredado tanto por la ley biológica como por herencia cultural, componen la Vida laboral-cultural, única. Nuestra vida de trabajo es -en cualesquiera de sus niveles- permanente síntesis de materias y de formas.

Nuestros comportamientos *pragmáticos* reproducen los medios de vida, producen medios de producción y mercancías; nuestros comportamientos *prácticos* sintetizan actos valiosos y objetos valiosos, los cuales son estimados socialmente como bienes.

Nuestros conocimientos *teóricos* también son síntesis: esquematismos, ex-

perencias, descripción, explicación y “comprensión”, de las interacciones de los sujetos epistémicos humanos con los *campos reales*, sometidos a la investigación experimental.

Los trabajos de las culturas de subsistencia son productores de síntesis y las elaboraciones de la cultura simbólica, también lo son. Filosofar, en lo referente a los trabajos de la comunidad, y a sus producciones teóricas y simbólicas, nos ha de llevar, lógicamente, a buscar la unidad de la cultura material con la cultura espiritual, y la síntesis de la Vida cultural y simbólicamente ideal (“simbólicamente ideal” significa que: en la cultura teórica y simbólica, se está mentando lo que pueda ser “objetos de pensamientos” que no se han realizado, objetivos del ideal, del “deber ser”, posibles pero inactuales).

Vemos, entonces, cómo el pensamiento filosófico está a la busca de sus síntesis. Las cuales serán siempre totalizaciones, mezclas de los fenómenos reales ya conocidos, de las ideas teóricas formadas a distancia de los acontecimientos, y de las prospectivas que los hombres prácticos (morales) proyectan en las decisiones sobre su futuro.

El complejo mundo entretejido por los procesos de las realidades naturales y las culturales, es el mundo de los Nosotros, los hombres.

Nosotros somos los seres pensantes y capaces de conciencia reflexiva, por lo que también soñamos, nos introspeccionamos y nos evadimos de ese mismo mundo real y complejo, del cual formamos parte ineluctablemente.

Las Meditaciones Metafísicas de Descartes han enseñado a la humanidad a reflexionar sobre las imágenes y las ideas que los hombres vivimos directamente, cuando soñamos. Su coetáneo Calderón de la Barca escribió “La vida es sueño”. En 1900, Freud formula por primera vez su teoría psicoanalítica en *La interpretación de los sueños*.

Resulta evidente que los hombres vivimos psíquicamente esta enorme dimensión de la subjetividad. Pero Nosotros no nos vamos a internar en ella,

ahora.

La intención de los presentes estudios sobre las culturas, se dirige por la orientación opuesta a la de la subjetividad. Consideraremos siempre a los pensamientos (conscientes, pre-conscientes o inconscientes) en la *objetividad real de las culturas integrales*; no supuestas ni soñadas por Nosotros, sino culturas vividas y realizadas por hombres reales, con respecto a las cuales toma distancia el “sujeto epistemológico” cuando las estudia científicamente; con respecto a los cuales hombres, “Nosotros” mismos dejaremos toda subjetividad y nos pondremos en el punto de vista del “sujeto cualquiera”. Vale la pena hacer este esfuerzo por lograr la mayor aproximación posible a la objetividad científica, ya que las realidades culturales a conocer nos ayudarán en las decisiones sobre Nosotros, sobre las responsabilidades conscientes respecto a nuestro futuro.

Génesis de las estructuras significativas

Fue el trabajo humano el introductor de las destrucciones (desrealizaciones), las diversidades, diferencias y discontinuidades, y -similarmente- fueron los trabajos de los hombres los que condicionaron la emergencia de los pensamientos y de *las abstracciones irrealizantes*. (Hemos dejado señalado, más arriba, el cruce de las orientaciones pensantes, las que pueden recorrer sin fin tanto la dimensión de la subjetividad como la dimensión de la objetividad).

Después de dividida la plenitud de lo real, parece haber sido una continuidad, pero eso es lo que suponemos por oposición con las fragmentaciones y las diferenciaciones que hemos ido introduciendo.

Las labores por las cuales se recorta, separa y abstrae, desde el continuo empírico-material, a los objetos de la vida cotidiana, producen efectos reales de dos tipos: unos efectos relativamente inmediatos y otros, mediatos, esencialmente mediatos según se verá.

Estos últimos dichos efectos, o consecuencias o resultados, mediatos son los que nos interesan ahora porque se hallan distanciados y se destacan tardíamente

respecto de aquellas acciones y sus inmediatos efectos.

Cuando los sucesos reales afectan la sensibilidad, la imaginación y el entendimiento de los hombres, estos responden produciendo objetos sintéticos, los cuales tendrán su sentido y su significación, en cuanto son productos culturales. *Los productos que poseen una significación para otros hombres de cultura afín, podemos llamarlos Signos.*

En los productos del trabajo social vamos a encontrar siempre estos aspectos: 1º es posible considerar a la cosa natural o artificial, básicamente neutra, con la mínima significación de su existencia “dada”; 2º se puede destacar su carácter de *estructura significativa*, es decir, con sentidos culturales impresos en la realidad, mediante los trabajos de los cultivadores humanos, sobre alguna materialidad natural; 3º y puede recibirse un mensaje desde esas mismas estructuras significativas, lo que quiere decir que cualquier obra de las artes o de las industrias humanas *puede cumplir una función doblemente significativa: la función simbólica.*

Los hombres utilizamos aquellos resultados ni útiles ni inmediatos, aquellos efectos secundarios desprendidos de nuestras conductas primarias, los que gustaríamos decir: “ecos” de nuestras acciones primitivas y elementales; los usamos como mediadores entre los comportamientos de unos y otros.

Brotan así las palabras, los pensamientos transmitidos por esas palabras, el Logos racional de los teóricos, los lenguajes articulados, la gramática, los mensajes escritos y los lenguajes simbólicos, ademanes, gestos, mímicas e imágenes en general, los sistemas de símbolos que hacen la otra faz imprescindible de la Vida social, esto es: *las comunicaciones* entre los hombres.

Si permaneciéramos en el primer punto de vista, estaríamos en un realismo ingenuo y pre-científico. En los dos siguientes numerales, por supuesto que se exige examinar las funciones de comunicación inteligente entre los hombres, el conocimiento en todas sus formas: significantes y simbólicas.

Utilizaremos la imagen que en el mencionado siglo XVII servía para la discusión entre dos sabios de la misma cultura: Descartes y Gassendi. Respondía el primero de esta manera a las “Objeciones” del segundo: “Pero yo os pregunto, de pasada, por cuál argumento vos podéis probar que nada actúa sobre sí mismo... Vos probáis esto por el ejemplo... del ojo que no se puede ver a sí mismo, a no ser en un espejo, a lo que es muy fácil responder que no es de ninguna manera el ojo el que se ve, ni el espejo, sino más bien el espíritu, el cual conoce al espejo, al ojo y a sí mismo”.

Aprovechemos de la riqueza sugerente en cuanto a los niveles de realidad y de sus interconexiones, en esta imagen tan adecuada para la meditación.

El ojo aparente (cosa sensible); el ojo fisiológico (recientemente estudiado por la medicina); el espejo material (mejor conocido por el artesano constructor y el científico que estudió la Dióptrica); el espejo sensible y visible (tan incapaz de conocer como el ojo) y el espíritu que es el único que efectúa las *funciones de conocimiento*, entre todos esos objetos y uno de los cuales es el espíritu mismo. Espíritu que cumple las funciones de las luces que transitan entre los dos polos objetivos, reflejando las imágenes visibles de los objetos-cosas, y energías lumínicas que comunican los signos de las estructuras más profundas de lo real (físicas y biológicas). Hoy diríamos, energías que son las transportadoras significativas de mensajes informativos para la inteligencia de los hombres.

Si ahora transcribiéramos esos elementos en una descripción más desarrollada y genética, diríamos así.

Los hombres artesanos y científicos, atentos a lo que hacían y a lo que se daba fenoménicamente en los campos de su percepción e intelección, pasaron del reflejo natural (por ejemplo, de sus ojos en las quietas aguas de los lagos) a construir sus artificios, mediante los cuales ampliaron su saber y a los que también les pusieron nombres y los “cosificaron” (como por ejemplo, sus espejos y sus ojos).

Modelaron sus piedras, sus metales, sus vidrios y sus cristales; por reflejo

mediato también modelaron sus manos, sus ojos y sus pensamientos.

En verdad, ahora estamos analizando una serie de marchas del espíritu, de cursos de los pensamientos que en la historia brotaron como chispas luminosas desde la fragua de los trabajos ordinarios.

En estas nuevas estructuras de relaciones (significativas y pensadas) aparecen los vacíos, las distancias temporales y espaciales, y saltan los eslabones de lo que antes parecía ser una cadena continua, plegada sobre sí misma y sin fin; la cadena forzosa del imperio de las cosas.

Emergen entonces las discontinuidades en medio de los determinismos naturales, y se construye el mundo de los objetos conocidos y de las acciones premeditadas por los sujetos hacedores de la síntesis. Es el mundo del espíritu objetivo, el de nuestra realidad *cultivada y cultivante*.

Síntesis sobre las realidades

Las realidades serían algo así como: estructuras micro y macroscópicas, configuraciones de acciones y reacciones entre sentidos que se vinculan y se desvinculan.

Tendremos que admitir que entre “las cosas” reales se hallan los parámetros, las relaciones, las dimensiones que dan lugar a la presencia de las continuidades y discontinuidades, las cuales serán medidas posteriormente mediante las reglas que aplican los humanos.

Puesto que no podemos saber nada sobre si serán medidas las cosas por algún ojo extramundano.

La totalidad ilimitada y envolvente de los “sentidos-cualidades” es mucho más vasta que el conjunto de las cualidades sensibles y de los significados, humanamente perceptibles. Estos últimos son escasamente los que llegan a cons-

tituir el campo de las vivencias y de las experiencias posibles.

Las realidades no humanas, por su parte, nunca esperaron ni esperan, no dependieron ni dependerán del nacimiento histórico de los seres pensantes.

Ellas se dan tal cual, sin consultar a nadie.

Ya hemos descrito suficientemente a esas realidades, tal como hubieran sido sin introducir entre ellas la presencia viva y laboriosa de los hombres.

Un primer modelo de Concepción del mundo sería el siguiente: se supone a las realidades, en su totalización cósmica, como un gran campo pluridimensional y continuo, como una gran esfera latente, con el pulso de la energía, de la luz, del tiempo.

Sus procesos admiten ser observados, descritos, computados y explicados bajo el punto de vista determinista de las ciencias, sea con las relaciones de causa-efecto, sea mediante las funciones Cuánticas, sea por las relaciones fisiológicas-orgánicas.

Pero ese modelo monista es demasiado simple, y tendremos que complicarlo integrándolo con la irrupción del mundo cultural humano. En medio de esa homogeneidad tendremos que admitir la emergencia de discontinuidades; entre las sucesiones de los sentidos reales surgirán fracturas, saltos cualitativos y heterogeneidades; en las cadenas deterministas de las cosas se romperán algunos eslabones y se construirán nuevas relaciones, gracias a la enérgica acción cultural de los hombres sobre la naturaleza.

En pocas palabras: las realidades son intrincadamente realidades naturales y culturales.

Los pensamientos realizados por los trabajadores que han efectuado esa acción cultivadora sobre la naturaleza, también integran las múltiples realidades cultivadas (Si dejamos atrás al monismo realista, no será para recaer en el dualismo de las sustancias cartesianas: cuerpo y almas).

Las múltiples energías intencionadas, desplegadas en las laboriosas intervenciones de los hombres en el seno de la naturaleza, estaban dirigidas por el pensamiento, eran pensamientos. *Gracias a esas funciones psíquicas*, conscientes y espirituales de la humanidad, es que *han resultado dirigidos teleológicamente sus propios trabajos* y que han quedado creados los objetos culturales.

Estos objetos ostentan la huella de los pensamientos que los determinaron. Mientras los frutos naturales y silvestres representan la maduración botánica, mientras las crías animales representan la maduración zoológica, los productos culturales humanos muestran la interferencia premeditada e instrumentada de los grupos de trabajo sobre las leyes causales naturales.

Por ello, caracterizaremos inicialmente al pensar humano, así: el pensamiento es un manipuleo de sentidos-cualidades.

Esos sentidos-cualidades, componentes de las cosas reales “recortadas” y solidificadas como cosas en medio del “océano de lo real”, acarrear consigo la huella de las acciones intencionales, y es por ello que cualquier hombre consciente puede percibir el signo, los signos de los agentes trabajadores, signos compartibles entre los hombres por ser igualmente capaces de semejantes producciones.

Las estructuras significativas, elaboradas por los hombres y que tienen esas significaciones, intersubjetivamente, van componiendo el mundo intrincado de la Naturaleza y la Cultura, el cual es el real y verdadero mundo de la vida de los hombres, que es siempre vida cultural.

El cosmos de la vida espiritual objetiva, no alcanza a ser explicado ni comprendido si se lo concibe en sus meros aspectos formales e ideales, y sólo como eso: esfera de las ideas, ideas representativas de aquellas distantes realidades de las cuales sólo nos resta una noción abstracta e indirecta, sistema de ideas deformadas, ideologías.

El *cosmos de la vida cultural íntegra, a la vez material y espiritual*, solamente se entiende si interpretamos su genética histórica, más que con los métodos de las historias de las ideas, sobrepasándolos, con el esfuerzo omnicomprensivo de la Historia total.

- Este trabajo tiene varias versiones con ligeras variantes. Hay elementos y frases del mismo en otros trabajos (por ejemplo las referencias a Spinoza y Descartes). Aquí expone su proyecto de escribir en forma amplia sobre una concepción del mundo, tarea que no llegó a hacer.

[REFLEXIONES - V]

Somos realistas porque no se puede ser otra cosa. Realistas de segundo grado, en medio del océano de lo real, existimos; y nada más.

Cuando crédula y... discurseamos, vivimos la confiada descripción de la realidad que nos rodea.

Después nos sorprende el fracaso de nuestros dichos y sentimos la urgencia de revisar al logos, el cual había sido como sino hubiera existido hasta ahora, porque lo usábamos sin pensar en él.

Vivíamos en medio de la prosa, sin saberlo.

Claro esta que, entonces, el mundo de las palabras se nos hace realidad.

Y aparece la cuestión dudosa, esencia del espíritu crítico. Sobre ella debemos estimar qué es lo verdadero y lo falso, cuál es el juicio verdadero o no.

En este mundo reflexivo del logos, que pretende fundar la aseveración afirmativa primigenia del enunciado espontáneo, es donde aparece la alternativa de la Verdad o el Error. Pero es necesario tener presente que dicha alternativa no estaba incrustada en la realidad. En lo real no pre-existían ni el Error ni la Verdad. En el ser no hay alternativas. Es lo necesario y contingente, a la vez. Pero no hay realidad actual posible o problemática. (Raíces prácticas)

El ser es asertórico y apodíctico. O si se quiere, asertórico, nada más, es decir, "de hecho". El juicio reflexivo o meramente estimativo, para ser más tarde reflexivo y estimativo (todo juicio es elegido por quien lo enuncia) es quien enfrenta las posibilidades y las opciones. Aquí recién aparecen las cuestiones "de derecho". Estimar valores significa jugar posibles positivities o negatividades, tanto lo verdadero o falso de las proposiciones, como lo bueno o lo malo, lo útil o inútil, y cualesquiera otros términos axiológicos.

En aquel momento pasado en el cual nos asaltó la presencia del fracaso, decidimos dudar. Esto es: sustituir la realidad de nuestra acción primera, por la irrealdad del pensar. Dejamos provisoriamente de atender a las cosas para flotar en la agonía de la duda que ahogaba a Descartes entre dos aguas, sin poder afirmar su pie en el fondo ni alcanzar la superficie; era esa irrealdad asfixiante. Bien conocido es que elegir no actual es también elegir.

Por tanto, habíamos optado por abandonar la realidad y cosificar al logos a manera de sucedáneo, para jugar allí la partida irreal del error posible o el acierto problemático.

Lo que, bien entendido, suponía nuestra promesa de regresar a la acción real, una vez dirimida la cuestión sobre la verdad de las proposiciones.

En caso de omitir esta condición imprescindible, comenzaríamos a arriesgarnos en el viaje sin regreso de la locura abstracta.

Es correcto analizar exhaustivamente el plano lógico, y el segundo plano reflexivo lógico, y el subsiguiente tercero o cuarto o enésimo plano; hasta aquellos niveles que se estila llamar metalógicos y metateóricos.

Pero la lección del sano pensar nos ha enseñado que siempre se medita para algo; y por ello, siempre hay regreso a las zonas densas de la realidad. Y se medita para los demás. Porque las opciones vividas en los planos de la reflexión estaban dirigidas a una adecuación ante (o en medio de) la realidad presente. Si no fuera así, la decisión reflexiva estaría dirigida: o bien a la realidad futura o bien a la acción elegida por el sujeto que juzga y piensa el deber ser desde decisión. Es obvio. El respetable análisis microscópico de todos los puntos semánticos y todas las relaciones sintácticas de los niveles lógicos, debe dar paso a nuevas tareas de futuro más fértil; estas representan aplicaciones variadas de la judicación a los temas distintos, heterogéneos, del "ser", el "deber ser", las cosas, los procesos, los tiempos, la acción, el "aquí y ahora", lo concreto, las construcciones sintéticas. Bachelard indicó muy bien que las dudas múltiples de los científicos, las que deberían ser llamadas "pluralistas", eran mucho más

avanzadas que la duda total cartesiana.

Del mismo modo, el logos variado, plástico y pluralista debe ser la versión avanzada del racionalismo científico contemporáneo, pero merece ser recordado y subrayado, que la “realidad” futura y la acción que “debe ser”, tienen de común no ser nada presente y oponerse contradictoriamente a la única realidad actual en la cual estamos presentes nosotros ahora.

Los que usan las imágenes son materialistas (por analogía) y los que se especializan en los conceptos son idealistas (por deducción).

Los que entreveran ambas cosas son unos cuenteros.

Mejor sintético, y pluralista. Algo así como Bachelard.

* * *

[al costado como aclaración: “Dicho en otra forma, yectados ingenuamente en la realidad, desde Parménides a Espinoza”]

10 de diciembre

El saber racional ha sido por más de dos milenios 1º teoría del **ser** y 2º realismo de las **ideas**.

Los esquemas lógicos (lingüísticos) pro- [texto interrumpido]

Las dos afirmaciones son fundamentales por series de razones extensísimas (que omito aquí) tal como debe esperarse de acuerdo a la enorme generalidad de las conclusiones.

Desde hace 3 años vengo confirmando que recién con la cosmovisión del s. XVIII (con Kant) terminaron las inercias de las filosofías y las ciencias clásicas y se han iniciado nuevas eras. Pasan a primer plano, desde entonces, el modo **ser**

llamado existencia (que ya no está “estático”) sino que “es”... en el tiempo; la historia y la acción. El tema del tiempo y de la historia debería ser conmemorado por los historiadores quienes sólo pueden justificar su nacimiento como científicos a partir de allí.

El principio de la “acción” magníficamente elegido por Goethe, significa la translación y el desarrollo de la función práctica de la razón pura.

Habitualmente se olvida que la razón pura es teórica y práctica, y que entre las dos funciones no hay ventaja de la primera sobre la segunda, sino que hay síntesis; yo agregaría: síntesis práctica. Respecto a Kant, no se ha querido comprender ni recordar que su “idealismo trascendental es el realismo empírico” como él mismo lo advirtió.

Tanto los historiadores como los literatos compartirán la denuncia del verbo **ser**, remachado por su complementario: estar; sujetos lingüísticos ambos culpables de abusos de funciones por el cual llegaron a ocupar todos los lugares del esquema judicativo y obliga a Parménides a decir: el Ser, es.

Cómo llamaremos entonces a esta nueva forma del saber racional, la cual no tiene más de dos siglos? Propongo denominarla Filosofía del **Ir** (en lugar del ser).

Y en cuanto a suplantarse el Realismo de las ideas, Bachelard ha propuesto una filosofía de las ciencias que confiesa su legítimo: Realismo, pero de segundo grado, lo que supone su esfuerzo siempre crítico y su ex-racionalista y su materialismo racional.

Podríamos resumir diciendo que cualquier esfuerzo filosófico de hoy debe atender cabalmente esta tarea sintetizadora de la razón teórica y práctica, y del realismo crítico e histórico.

Pues bien, yo estoy en una investigación más específica, desarrollo particular dentro de esas coordenadas, cuyos temas son:

Filosofía del Ir (presentación)

Esquema (interpretativo y fundamentador) **de la historia de la Filosofía** (tratamiento de los grandes temas clásicos para extraer de su análisis interno los preámbulos de la nueva filosofía)

Teoría del logos (lógica y lingüística); en especial, la alteridad.

Teoría de la realidad; por ej.: la realidad pre-judicativa y lo poco que se puede decir del resto.

Teoría del conocimiento; lo más destacable: síntesis de los principios de determinismo e indeterminación.

Teoría de la conciencia: intencionalidad, función irrealizante, actos conscientes, “conciencia” crítica y “conciencia” teórica.

Teoría de la acción (de la que existe una síntesis en la ponencia del Congreso Mundial)

Teoría de la creación: el **tiempo**, la producción, la gramática (diría Derrida), las imágenes, los conceptos, la producción racionalizadora, la emergencia de lo-por-venir y de la novedad.

La vida está en el tiempo.

La acción es construcción del presente.

El verbo es pasado que se legal al futuro.

El saber es conciencia compartida con los otros.

- El original es manuscrito en un cuadernito de notas. Tiene dos partes, pero los temas son conexos. Al final de la segunda parte hay un esbozo de su sistema con ideas que se repiten en otros escritos suyos. Su interés por Bachelard comenzó alrededor de 1980; este trabajo es posterior a 1984, aunque probablemente las ideas sean anteriores.

[REFLEXIONES - VI]

9-III-85

Hoy llueve de manera muy hermosa (tal como debería ser) desde la madrugada de este sábado montevideano hasta la tarde silenciosa.

He oído que la sequía del campo comienza a ser atacada por esta lluvia buena. Si no tengo obligación de salir, mejor volveré a escribir; con calor húmedo, pasando del verano al otoño, las plantas, los animales y nosotros.

No sabemos de ningún otoño que se agoste en decadencia, nuestros otoños son templados y maduros, y este promete ser uno donde los retoños superen al invierno, hasta llegar a su abierta primavera.

En las manos de los hombres y mujeres de este país, estarán los deshechos de la plaga estéril, y sobre el barbecho podrán hacer la nueva siembra quienes conserven sus potencias constructivas, altruistas y solidarias, por encima de tantos comprensibles resentimientos y reproches.

Ni con el mayor buen deseo se vislumbra un futuro asegurado para esta sociedad golpeada antes de estar erguida plenamente; por quedar reducida a su aislamiento, hoy comprende que no hay libertad solitaria, tampoco para las pequeñas naciones, y que corremos la suerte de los pobres de Latinoamérica y del mundo, finalmente.

Lo poco que habíamos tenido en nuestra corta historia se perdió o quedó sumergido bajo la ola de dictaduras del Cono Sur; y ahora comienza la tarea de recuperarlo, en la dura prueba de su reconversión a la actualidad, al reto que nos exige una definición sobre: quiénes somos Nosotros y cuál es nuestra voluntad política.

• Fechado y situado por el propio autor en Montevideo, 9 de marzo de 1985. Son dos hojas sueltas manuscritas, de la misma carpeta e igual birome y tipo de escritura. El título es de los editores.

[REFLEXIONES - VII]

En la fragua del hacer común moldeamos los actos más plenos, los sentidos más valiosos -en una palabra- los valores. La vida es un alto valor que se aprecia mejor al cotejarlo con la muerte, y dentro de ese marco encontraremos más lúcidamente **los sentidos de nuestra vida** y mi vida singular y **mi muerte personal**.

Obsérvese los fundamentos colectivos, tanto por coparticipación, cuanto por herencia, y más aún, por voluntad creadora, que son los fundamentos de toda la vida axiológica.

Las vivencias del tipo de la simpatía, el amor y la solidaridad, consisten en algo así como la inquietud inducida, la vibración al unísono, y ponen de relieve el carácter esencialmente social y comunicativo de lo que vale.

* * *

Las novedades que vienen a continuación:

Relativismo totalizador
síntesis genética (modelo biológico)
herencia cultural (función selectiva pre-reflexiva)
inflexión del pasado-presente hacia la prospectiva

- Escrito perteneciente a su última etapa. Es una hoja suelta, la parte de atrás escrita con otra birome, la separación se marca con los asteriscos. El título es de los editores.

DEFENSA DE LA FILOSOFÍA•

Si bien esta defensa de la Filosofía se presupone limitada a la concreta presencia de los Profesores de Filosofía en la docencia intra o extra aula de la Enseñanza Media y dado que el tema de quien me sucederá está enunciado así: *La razón de ser de la filosofía en la Enseñanza Media*, yo proyectaré mi planteo al ámbito propiamente filosófico del **deber ser**.

Aprender a pensar, tarea de todos

Mi intención es colaborar y participar en el intercambio de pensamientos y realizaciones creativas impulsado por nuestra, esta Asociación Filosófica del Uruguay. La saludo con el más fuerte deseo de que se proyecte al mundo y al futuro.

Nuestra comunidad deberá superar esa inveterada ausencia del pensamiento uruguayo en los foros internacionales; para la superación de esas carencias estamos bregando y construyendo desde aquí, desde hoy en adelante. Así debemos esperarlo y comprometernos con ello.

He aceptado esta invitación y, asimismo, el tema inicial de la Defensa de la Filosofía. Dado que no hay mejor defensa que un buen ataque, responderé avanzando hacia lo que sea positivamente bueno y con posibilidades de trascender el mero “aquí y ahora”. En estos asuntos de la cultura en la cual estamos inmersos, las personas no deben defenderse encerrándose y dejándose sitiar, sino que han de contra-atacar abiertos a lo nuevo que habrá de venir, proponiendo algo mejor.

Estoy en medio de los amantes de Sofía o de la Filosofía.

Todos compiten por sus favores y, sin embargo, son magramente recompensados con un insuficiente lote de horas de trabajo en el aula.

Yo también soy aspirante como ustedes, pretendiente y afanoso buscador de mejor sabiduría; tuve mi momento del Instituto de Profesores y mis Concursos de Oposición y en razón de ello fui designado Profesor de Filosofía, correctamente, puesto que ésta es la denominación uruguaya mediante la cual se reconoce a este tipo de hurgadores asalariados.

Retirado actualmente del escalafón de la enseñanza secundaria, ya no corresponde que me entrometa en las cuestiones derivadas de la distribución de horas de esta asignatura. Puedo sí, proponer otras formas de trabajo apropiadas para las calidades más valiosas que debe desarrollar cualquier profesor de filosofía y más especialmente, quien tenga el perfil de la formación cultural uruguaya (las propuestas de realización práctica irán al final).

Objetivamente, o dicho en otra forma, legible y entendible para todos puesto que así está presentado en el Mundo 3 de Popper y en la Noosfera de Teilhard de Chardin, de Ardao, de Morin y tantos otros, el sustantivo **filosofía** clasifica y califica textos de filósofos que se han sucedido en la Historia de la Filosofía. Nosotros somos un poco filósofos y un poco profesores de filosofía. Nuestra prudencia no tiene por qué inhibirnos en cuanto proponemos mejorar nuestro filosofar de futuro.

Sobre este modestísimo fondo común del pensar personal de cada uno de los presentes, quienes están participando activamente, se desarrollarán los argumentos para hacernos entender mejor entre nosotros mismos y también, por cualesquiera otras personas interesadas en los frutos de la cultura uruguaya, y en las demás culturas de expresión filosófica. Nadie podrá descalificar nuestro deseo por el cual aspiramos a aproximarnos a la historia de la filosofía, por más que algún mandamás logre retacearnos las horas de clase y su remuneración.

Nadie podrá obligarnos a dejar de valorar lo que para una persona, de por sí estimable, valga como su mejor filosofía y su más auténtica superación en el filosofar.

Solamente argumentaremos de manera afirmativa y positiva, para la ampliación de las redes de entendimiento que vamos tejiendo; puesto que no nos alcanza ni nos ofende ningún nihilismo agresivo, ni tampoco dejaremos que nos distraigan en el esfuerzo enérgico concentrado hacia el horizonte siempre renovado de aprender y enseñar a pensar.

Nunca intentaremos negar a nadie ni a su sombra; simplemente, no estaremos en onda, no habrá comunicación filosófica.

Compartamos ahora el título elegido: **aprender a pensar: tarea** (o asunto o interés) **de todos**.

Me explicaré brevemente mediante “bloques” argumentales discontinuos.

Pensar, en su sentido más amplio, refiere a todas las manifestaciones de la conciencia de cada individuo humano, el cual madura como persona en un mundo de personas, con su **conciencia** psicológica y su **conciencia** moral, y su cultura comunitaria, social, nacional o mundial.

El animal individual crece y decrece biológicamente, las generaciones evolucionan (y también involucionan) en el marco de su especie; pero los individuos humanos ni crecen ni evolucionan porque aprenden y aprenden a pensar (sugiero consultar el diccionario y jugar la gama de significaciones que se abre entre **aprehender** y **aprender**).

De tanto pensar y mejorando su pensamiento por tanto aprender de los demás, terminan por hacerse personas singulares, autónomas, libres y responsables del valor de sus acciones en la convivencia; personas singulares por su exclusiva dignidad; personas en virtud de que actúan a “conciencia pura” y por el sólo ejercicio de su facultad de juzgar.

Nuestro pensamiento no crece ni menos aún madura, ni por desarrollo natural ni por aumento meramente fisiológico, sino por su aprendizaje con otros y diferentes seres humanos (un ejemplo de excepción que confirma lo dicho está

ilustrado por los “niños lobos”).

Aprender a pensar es siempre superación, aprender a pensar en niveles más altos, referidos a cualquier tipo de materias u objetos u objetivos prácticos; por **tanto: aprender a pensar superándonos** como seres (especialmente) humanos, es una exigencia compartida por los prójimos y está en el interés individual de todos y cada uno de los individuos o virtuales **personas**.

En resumen: creo haber dejado en claro este orden de prioridades: 1. Vale estar abiertos a recibir y aprender (esto hace mejor a cualquier persona); 2. Vale practicar la docencia, el magisterio, enseñar lo que sabemos para mejorar en medio de nuestro común aprender a aprender, dando lo que sabemos para prepararnos en común ante lo que no es posible saber; 3. Vale la pena ser Profesor de la asignatura filosofía, pero no alcanza.

• Conferencia dictada la Sala Alicia Goyena, en 1997, en el Ciclo “Actualización de la filosofía”.

ÍNDICE

Prólogo	5
Estudio Preliminar	9
ESCRITOS FILOSÓFICOS	19
De las ideas a las prácticas	21
Las rocas del Polonio	75
Génesis histórica de las estructuras significativas	81
Proposición de definición	91
La antropología filosófica	101
Pensamiento uruguayo y cultura con proyectos latinoamericanistas	111
El momento actual en nuestra América Latina	115
La filosofía en el Uruguay	123
La filosofía de la liberación en el Uruguay actual	129
Radiografía	139
[Reflexiones - I]	153
[Reflexiones - II]	157
	207

[Reflexiones - III]	161
Respeto al prójimo y a su libertad	163
[Reflexiones - IV]	169
La concepción del mundo	171
[Reflexiones - V]	193
[Reflexiones - VI]	199
[Reflexiones - VII]	201
Defensa de la Filosofía	203